



LA CALMA DE LAS ARAÑAS

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

LA CALMA DE LAS ARAÑAS

Consolación González Rico

***“La prisión me había robado la libertad
pero no los recuerdos”.***

Nelson Mandela

Una mentira blanca

Mañana cumplo cuarenta años. Mejor dicho, dentro de unas horas. Nunca pensé que mi cuarenta cumpleaños lo celebraría en la cárcel. Mi madre decía que me asomé al mundo antes de que el sol se avistara en el cielo, y que por eso necesitaba ponerme en movimiento con el amanecer. Lo que ella no sabía era que cuando los primeros rayos cosquilleaban entre los pliegues de las cortinas de mi cuarto, ya llevaba varias horas maquinando el plan del día que se avecinaba para hacerme con un sitio de privilegio ante sus ojos.

Éramos cinco hermanos y yo había nacido en tercer lugar. Nunca recibí el cariño en solitario que recibe el primer hijo, ni tampoco los mimos que se otorgan al más pequeño. Tal vez fuera ésa la causa por la que antes del uso

de razón tuviera claro que tenía que lograr a codazos mi sitio en aquella familia numerosa de clase media, donde había que ganarse la confianza y la fama para no ser vilmente aplastado por la presión del entorno.

A los cuatro años descubrí la mentira como un arma inocua que hacía más fáciles las pequeñas conquistas cotidianas, así que a los cuatro años empecé a mentir. La primera fue una mentira blanca. Mi madre preparaba a mis hermanos mayores para ir al colegio, y yo desayunaba en la mesa con Enrique, que a sus escasos tres años ocupaba todavía el sitio de honor del benjamín. No tengo claro si tiré mi vaso de leche sobre su cabeza por juego o por accidente; lo cierto es que empezó a verraquear como un condenado hasta que logró que mi madre se presentara en la cocina. Cuando reparó en el pelo de mi hermano, empapado como una galleta María, su cara se congestionó y sus manos se dispusieron a ejecutar justicia.

Mi madre era hermosa. Las manos de mi madre eran largas y hermosas también. Hechas para las caricias que, como ya he dicho, teníamos que repartirnos los cuatro (medio año más tarde, los cinco).

La vi venir hacia mí y me adelanté para evitar la tragedia que se avecinaba.

—Ha sido Enrique, mamá. No le gusta la leche. Él, mamá. Ha sido él — repetía yo señalando con el dedo al inocente, que no dejaba de hipar mientras el líquido blanco y pegajoso seguía mezclándose con los mocos que abrillantaban su cara mofletuda y rojiza.

No sé si mi madre me creyó porque la prisa le impedía hacer más indagaciones, porque mi cara le resultó convincente o porque se sentía cansada (me inclino por esto último), pero lo cierto es que me creyó.

“Siempre hay una primera vez, y después de esa primera vez los mecanismos que mueven nuestros actos inducen a la reiteración, siempre que la respuesta sea ventajosa o placentera”. Eso dijo el psicólogo al que me llevaron cuando tenía diez años, y en aquella primera y única consulta le explicó a mi madre la manida teoría de los refuerzos positivos y esas gilipolleces que tanto gustan a los invasores de conciencias.

Mi madre lo miraba con ojos de preocupación, pero él la tranquilizó y le dijo que la raíz de mi conducta era un problema de celos, que no le diera más importancia de la que tenía, y que ese pequeño juego, esa desviación inocente, desaparecería con la madurez lo mismo que desaparecen los granos o la costumbre de hurgarse la nariz.

El psicólogo y mi madre hablaban entre dientes, pero yo, aunque sólo

tuviera diez años, capté de inmediato el mensaje.

Mentir me interesaba. La mentira me elevaba sobre mis hermanos. Me colocaba en un pedestal de dios, cuando lograba capear los peligros en la escuela o en casa. Si no tenía hecha la tarea del colegio, me dolía tanto la cabeza que mis gritos atraían la atención preferente de mi madre, y sus dedos de ninfa eran sólo míos cuando el dorso de su mano rozaba con suavidad mi frente hasta cerciorarse de que no ardía de calentura.

Todavía soy capaz de desternillarme de risa cuando recuerdo mi octavo cumpleaños. Mi madre había preparado una enorme tarta de chocolate, que guardó con esmero en la nevera, sin darse cuenta de que unos ojos golosos, los míos, más por el placer de inculpar a mi hermano Jorge que por degustar la tarta, observaban cada uno de sus movimientos.

Cuando la vi entrar en el cuarto de baño supe que había llegado el momento de perpetrar el golpe.

Saciado mi apetito, dirigí mis pasos a la habitación de los dos mayores, y dejé las huellas marrones y pegajosas sobre la almohada de Jorge, que en esos momentos disfrutaba de los dibujos de la tele con el método y la paciencia que desde pequeño le han caracterizado. Pese a su empeño en defender su inocencia, no se libró de la regañina de mi madre, quien me consoló con el más tierno de los abrazos por no poder ofrecerme una tarta como Dios mandaba.

Pero las mentiras fraguadas para guardar mis espaldas en el entorno escolar eran las más elaboradas; las que me hicieron pasar de amateur a profesional. Si el profesor me sorprendía sin cuaderno, mis hermanos pequeños eran objeto de las acusaciones más peregrinas. Cuando me pillaban en blanco el día del examen, sacaba la misiva con la enrevesada firma de mi padre, en la que justificaba con pelos y señales las razones que me habían impedido estudiar. Tan lograda era la rúbrica, que ni su creador hubiera podido distinguirla de la original. Mucho menos el destinatario.

Sin embargo, donde puede decirse que alcancé el doctorado fue en la falsificación de las notas del bachiller. Con técnicas artesanales y sofisticadas me hicieron ponerme a la cabeza de los cinco Ayala, y por supuesto lograr plaza en la facultad de Derecho de la Complutense. Entonces tenía la certeza de que el campo de la abogacía era el más idóneo para desarrollar aquella condición mía que a esas alturas ya se había convertido en un arte...

Se acabó la calma. Ya estamos con los ruidos de cada noche. Los cerrojos y los golpes en las puertas son el aviso de que los colegas que trabajan en panadería se han puesto en marcha. Se jodió la escritura por hoy. Y yo que quería ser el primero en entregar mi biografía a la terapeuta ésa de *tratamiento*. Mira que es guapa, coño. Psicóloga, pero guapa. Desde que hace un par de meses la vi cruzar el patio por primera vez, no me la quito de la cabeza. Y el jueves, en la primera charla, se atreve a decir que ha elegido esto por vocación. Ya tiene ganas de meterse entre rejas con la gentuza que campa por aquí. Si al menos los otros fueran ladrones de guante blanco como yo... Me tocan los cojones las miradas que ya desde el primer día le lanza al drogata de mierda del *Madrileño*. Sí, es más joven que yo, y qué. Pero está hecho una piltrafa. Todos los días a la cola de la metadona con el síndrome de abstinencia escrito en la cara. Seguro que tiene SIDA. O hepatitis B. ¿Qué se puede esperar de ése en un vis a vis? Yo en cambio le iba a enseñar lo que es un tío de verdad. Cuando mira parece que se entrega, con esos ojos ámbar de gata en celo. *Si alguno quiere contarnos alguna cosa sobre su infancia, o hablar de las circunstancias que lo trajeron hasta aquí, en la sesión del próximo jueves podrá hacerlo...* Con esa voz que excita el deseo y esas manos que suben y bajan... Si no fuera porque está el funcionario delante, más de uno se la comería entera.

Tengo que idear un plan de ataque. Soy atractivo, inteligente y culto, tengo don de gentes y sé cómo embaucar a quien me salga de los cojones. Es cuestión de tiempo y de método. Aquí el tiempo sobra, y en cuanto al método, entrenamiento no me falta después de tantos años, de modo que a esperar.

De momento, lo que he escrito estoy seguro de que le va a impactar. Ya que tiene acceso a mi historial, que se empape bien de lo que soy capaz. Tengo que sorprenderla. Intrigarla. Hacerle ver que la realidad de mis andanzas supera las cuatro chuminadas que habrá leído en el nutrido dossier de mi expediente.

Si se me antoja, sólo con chasquear los dedos la someto a mis deseos. Pero iré con tiento. Mirando bien el terreno que piso. Primero le entrego la *tarea*, y luego observo la reacción que produce en ella. Si pica el anzuelo, le daré mi vida por entregas al estilo culto y caballeroso. De lo contrario, le enseñaré otras facetas de mi condición más primarias, pero nada desdeñables. Ahí fuera pueden atestiguarlo decenas de hembras que se dejaron embaucar por mi talento. Ella no va a ser una excepción.

De esos pobres diablos no tengo nada que temer. Cuatro analfabetos sin recursos que no saben mover la lengua si no es para escupir gargajos en el patio y decir estupideces. El único que me preocupa es *el Madrileño*. La mira como un cordero. Ya he visto mucho, y no puedo permitir que empiece despertando su instinto maternal y termine estimulando otros instintos menos elevados. Estas ilusas que aterrizan por aquí, con la intención de redimir a cuatro infelices, terminan enredándose con ellos como los auriculares en los bolsillos.

A ver si duermo unas horas y me levanto nuevo, y mañana antes de la sesión me paso por la escuela y le pido al maestro un sobre. *Para Paula*. Eso es. No pienso poner otra cosa. Su nombre escueto. Es más directo. Y cuando se lo entregue, un roce estudiado en los dedos y una mirada de las que desnudan; de esas que tanto les gustan a las tías. Todas son iguales, por mucho título que cuelguen en la pared. Me río yo de las ONGs andantes que eligen un sitio como éste para poner en práctica sus teorías de mierda.

Antes de tres semanas, Paula habrá tragado el anzuelo.

Cumpleaños en la cárcel

Lo que no queda escrito es como si nunca hubiera ocurrido. Por eso, y porque en la tarde de mi cumpleaños no tengo nada mejor que hacer, me apetece dejar constancia en papel de la primera cita con la psicóloga, mi único regalo, aunque tenga que esperar un tiempo para quitarle la envoltura.

Cuando entró por la puerta desnudé su cuerpo. Me gusta evocar la entrada de Paula. Su pantalón marrón ajustado que le dejaba al descubierto media pierna, y su blusa a juego por la que asomaban dos tetas apretadas bajo una camiseta naranja. Las tetas de Paula me gustan tanto como sus ojos. Lástima que tenga que esperar para decírselo.

Cierro los ojos y la veo caminar segura hacia la mesa con su cartera de piel marrón claro bajo el brazo, sus manoleínas del mismo color y ese olor a hembra camuflado entre efluvios de perfume.

Saludaba detrás de la mesa, daba explicaciones sobre la terapia que me daban igual, hablaba de la dinámica de grupos, incitaba a que las lenguas se desataran. *Estamos aquí de forma voluntaria. Si alguien se siente incómodo puede abandonar la sesión.* Y los siete, siguiendo el movimiento de sus labios y de sus manos que se movían al compás; de su pelo rubio, que brincaba como una provocación entre los hombros y la espalda. *¿Quién empieza?* Todos se quedaron mudos. Y sus ojos que buscan al *Madrileño*, y el *Madrileño* que mira al suelo, y yo que me levanto del silencio con movimientos estudiados. *Empiezo yo mismo*, le digo, desdoble el papel, y la miro como ella miraba al *Madrileño*.

Hoy cumplo cuarenta años (todos, también ella, me interrumpieron para felicitarme, y yo fingí un agradecimiento que estaba lejos de sentir; la felicidad no habita en sitios como éste). *Nunca pensé que mi cuarenta cumpleaños lo celebraría en la cárcel...*

Leía y leía sin parar; con entonación estudiada. Doce ojos observándome con envidia, y dos ojos melosos, los que me importaban, mirando con sorpresa. Pausas estudiadas también. Y los oídos abiertos, escuchándome sin perder ripio. Y la admiración pintada en la cara del reducido auditorio.

Pero yo leía para ella; sólo para Paula. Hasta que sonó el final, que no era más que el principio: (...) *tenía la certeza de que el campo de la abogacía era el más idóneo para desarrollar aquella condición mía, que a esas alturas ya*

se había convertido en un arte...

Hasta ahí. Sólo hasta ahí. Doblé los papeles y tomé asiento con el orgullo del torero que ha rematado la faena, entre los aplausos de los *colegas* y una media sonrisa de la psicóloga que terminó aplaudiendo también.

—Gracias, Juan Pablo. Te ha tocado romper el hielo. ¿Quién va a ser el próximo?

Yo esperaba algún comentario elogioso, una indicación al resto de que aquello era lo que ella pretendía; el paradigma del buen hacer, pero su objetivo se dirigió al *Madrileño*; como si no hubiese nadie más en la sala de terapia.

—¿Has preparado algo, Alberto?

El desgraciado ni levantó la cabeza.

—No te sientas presionado, de verdad. Si no quieres hablar, respetamos tu silencio.

Desde la posición de privilegio que me proporcionaba el ángulo derecho del pequeño recinto, podía observar sin tener que girar la cabeza a cada uno de los infelices con quienes, de momento, tenía que compartir a Paula. La arquitectura endeble del *Madrileño* se derrumbaba en la silla demolida por sus ojos. Imagino que en esos momentos el *hijoputa* hubiera querido desaparecer. Pero aguantó aquella mirada de gata, y hasta se atrevió a mascullar cuatro palabras apenas audibles.

—Disculpe... Hoy no puedo...

Paula abandonó la trinchera y se aventuró a un cuerpo a cuerpo en la línea de combate. Nunca le perdonaré que cuatro palabras escupidas entre temblores tuvieran más eco que tres folios robados al sueño. Se acercó a la mesa del *colgao* y con voz insinuante le dijo:

—No pasa nada, Alberto. Estas primeras sesiones son para conocernos; para perder el miedo al grupo. Es normal lo que te sucede. Piensa que nunca te vamos a obligar a decir lo que quieras callar. El momento apropiado llegará cuando tú te sientas seguro y necesites que te escuchemos. ¿Entiendes lo que te digo?

Asintió con la cabeza mientras ella se lo comía con los ojos. Yo apreté las mandíbulas y me tragué las ganas de pedir explicaciones; de reclamar mi derecho a unas palabras de ponderación, a una mirada floja, de ésas que tanto me gustan en sus ojos, y que ahora *el Madrileño* disfrutaba en exclusiva. Pero sabedor como ya he dicho de que la mentira bien urdida es más rentable que

la verdad, apuré mi dosis de rabia y apostillé su invitación.

—Paula tiene razón, Alberto. Habla cuando te salga de dentro. Cuando el grupo te inspire confianza. ¿Acaso piensas que a mí me ha resultado fácil? Pues no, amigo, pero ahora me siento mejor; como si me hubieran quitado toneladas de polvo de la conciencia.

Paula me dedicó la primera mirada, y yo la sujeté cuanto pude intentando hacer un nudo entre ella y mis intenciones. Entendí que había salido airoso ante sus ojos, y me dije que esperaría paciente el próximo asalto.

Volvió a ocupar su mesa y, con gesto expectante y silencio elocuente, fue recorriendo con los ojos las caras de los interfectos en espera de que alguien más se lanzara a la plaza.

Lo que vino después no ensombreció un ápice mi brillante discurso. Una mano, la de Lucas, se levantó retadora. *Te escuchamos*, le dijo Paula al espontáneo, y éste, entre vacilaciones y balbuceos, pintó con trazos torpes el cuadro patético de su miserable existencia.

—Yo no escribo como aquí, *el Abogao*. Casi no fui a la escuela. Siete bocas y un padre borracho no daban *pa* perder el tiempo, y lo principal era comer. Diez años tenía... Ésa era mi edad cuando me eché a la calle *pa* buscarme la vida... Mi padre bebía y nos pegaba, y yo me ponía en medio para proteger a mi madre, ¿sabe *usté*? Luego, en la calle, ya se sabe, te lo encuentras *to*; la droga, y los colegas y eso... hasta que la *pasma* te *fila* y te echa el guante. Y en esas casas donde te meten porque no *ties* la edad *pa* entrar al *maco*, te enganchas a lo que se ponga por delante... Creces en eso... y la droga, ya se sabe... necesitas *pasta* y te lías con cualquiera *pa* hacerte con ella... Y luego necesitas más, y más... Ya no reparas, y si *puees abucharar* al personal *pa* que te suelte la tela, no te andas con chiquitas... Con los puños o la *chaira*, que ya te da un poco lo mismo, no sé si *usté* me entiende...

Aquí hizo una pausa y lanzó una mirada retadora a los oyentes, mientras Paula asentía con la cabeza.

—Entrábamos en las casas y daba igual si había gente dentro o no... Esa mierda no te deja pensar, coño... ¿He dicho que a los doce probé el hachís? Bueno, pues eso. Luego, otras cosas, de esas que te llevan de viaje y te revientan la cabeza... Tenía dieciséis años cuando me *pinché* heroína... Un día, en un chulé, me pillaron con las manos en la masa y tuve que defenderme.

Apretó los puños y se quedó callado. No me pasó desapercibida la cara de muerto del *Madrileño*, que no paraba de moverse en la silla sin encontrar la

postura.

—La vida tuerce los caminos, *mijo* —lamentó *el Chileno* con la sensiblería de los de su *especie*.

—Mismamente. Pero ya no *m'acuerdo* de *na...*

Se escucharon risas malintencionadas.

—No me acuerdo, joder. Sí, ¡qué cojones pasa! He dicho que no me acuerdo. Tengo baches en la cabeza, me lo ha dicho la médica... Me cayeron treinta años, de eso sí que no me olvido... ¡La puta sociedad *tie* la culpa de que esté *metío* en esta mierda!

El cambio de tono puso en guardia a Paula. Se levantó de la silla, se acercó a él y le habló con esa voz que me traería cada noche a la celda si me la prestara.

—Gracias Lucas. Has sido valiente.

Luego se miró el reloj y concluyó:

—Otro día seguimos. Os espero aquí la próxima semana.

Sus ojos de gata, también en la despedida, buscaron al *Madrileño*.

Y allí nos quedamos los siete como cazadores acechando a una pieza prohibida hasta que, cartera en mano y contoneando las caderas, Paula salió por la puerta.

Infancia en La Legua

Las sesiones de terapia han despertado la memoria de Sebastián Valdés. Sus primeros recuerdos están unidos al barrio de La Legua, así llamado por encontrarse a una hora, caminando a pie, de la Plaza de Armas en Santiago de Chile.

Acababa de cumplir cinco años cuando en 1951 la familia se acoge a un plan de emergencia municipal, por el que recibe una de las viviendas provisionales que fueron construidas como ampliación de la barriada. De este modo, se pretendía paliar el grave problema de alojamiento en aquellos años de expansión de la ciudad.

Legua Emergencia, que así llegaría a denominarse la tercera fase del barrio, tenía la estructura de la esquina de un pez. Las callejas se alineaban perpendicularmente a la calle principal formando espigas de casas iguales en hileras de treinta que mantenían la misma línea de fachada. Mil viviendas en planta baja con techo de zinc, suelo de cemento y una pequeña ventana, que albergaban a otras tantas familias igualadas por la situación de pobreza que condicionaba sus vidas.

Así fue como la población de *Legua Emergencia* se unió a la primigenia, que había dado origen al barrio en la década de los años treinta con el asentamiento de obreros sin trabajo, venidos de la quiebra de las salitreras en el norte de Chile. Su intención fue entonces encontrar un hueco en las nuevas industrias o en las obras públicas que emprendía el Estado. A ellos, a su vez, se había unido poco más tarde un segundo asentamiento, colonos en su gran mayoría, que habían tomado para su explotación los campos cercanos del barrio Zañartu de Ñuñoa y necesitaban un lugar donde establecerse con sus familias.

Este marco, plural en cuanto al origen, y homogéneo en lo que respecta a la situación de necesidad de quienes compartían hábitat y suerte, modeló la infancia de Sebastián.

Su padre, carabinero sin más plata que un exiguo sueldo, sin más posesiones que el uniforme y la carabina, y con el lema *Orden y patria* grabado en la cabeza, trató de infundir al pequeño Bastián, desde antes de que éste pudiera usar la razón, los principios que formaban parte de su vida: el acatamiento de las normas del que manda sin hacer preguntas, el valor sin fisuras, y el lema de que siempre, *mejor “facho” que comunista*.

Lo peor del caso fue que la ratonera que le asignaron por vivienda, pese a que pudo adecentarla gracias a los pesos que le correspondieron por su condición de funcionario, formaba parte de un hervidero donde el caldo de cultivo no era el más propicio para tales doctrinas, ni ser hijo del único *ligüista* que representaba la autoridad en la calle ayudaba lo más mínimo a poner en práctica tales postulados.

Desde chico, Sebastián se dio cuenta de que su madre no aplaudía las ideas de su padre en lo tocante a él, aunque entonces no fuera capaz de entender el motivo, que no era otro que el instinto de protección desarrollado por la mujer en un ambiente tan poco favorable para la educación de quien, estaba segura, debido a las complicaciones que sufrió en el parto, iba a ser su único hijo.

Una noche de junio la discusión entre Diamela y Gabriel crecía por encima de la lluvia que descargaba con fuerza en los tejados de zinc de *Legua Emergencia*.

Bastián no quería escuchar; la voz de su padre, cuando se enfadaba, le producía tanto miedo como los golpes del agua en la endeble estructura de las cubiertas de la casa.

—No quiero que mi hijo se convierta en un *pato malo*. En la casa está seguro. Ya habrá tiempo de que se busque amigos cuando nos mudemos de barrio.

—Para eso falta mucho, mujer. Los que mandan tienen claro que mi puesto está aquí, en La Legua y por mucho tiempo.

—Estas callejas son un peligro. Nuestro *cabro* está mejor dentro que fuera. A tu hijo no le gusta jugar a lo que juegan los otros... No quiere correr detrás de un tren con vagones de latas ardiendo atados a la cola de un gato.

Sonó una carcajada que Bastián no entendió. Su padre respondía a su madre en tono cada vez más áspero.

—No me hagas perder el tiempo con tanta *huevonada*. Todos de chicos hemos hecho cosas parecidas.

—Y qué me dices ahora si te cuento que ayer en el vertedero los *cabros* más grandes despellejaron una rata, y que luego la asaron en las brasas de la fogata que prendieron. ¿Sabes a quién mandaron a buscar entre la basura las tablas para la lumbré? Pues sí... A tu hijo.

—No es malo que aprenda desde bien chico a trabajar y a obedecer al que manda —cortó su padre con sorna.

—No bromees con eso, que no he terminado. Luego, los más grandes se repartieron los trozos y se chuparon los dedos. Me lo dijo Bastián, que vino llorando y con ganas de arrojar. ¿Qué te parece?

—Me parece que tiene que saber cuanto antes con quién se juega la plata. Déjalo que crezca y se haga duro, o se lo merendarán como los tiburones a las sardinas. Si lo metes entre tus faldas, se *amaricon*a. El hijo de Gabriel Valdés tiene que ganarse el respeto *patiendo* el barro, lo mismo que su padre.

Sebastián se alegró de que la lluvia cayera con furia. Al día siguiente las calles estarían embarradas y él podría ensuciarse bien los zapatos. Así su padre dejaría de discutir.

Siguió escuchando la voz de su madre, pero no comprendió bien lo que quería decir.

—Hay *cabros* de muchas leches por estas calles, lo sabes mejor que yo, y algunos se han criado sin teta. No quiero que mi Bastián sea uno de ellos.

—No le cortes el nombre al muchacho. Deja crecer a Sebastián, que con tanto miramiento lo tienes *asopao*, huevos.

—Baja la voz o terminarás despertándolo.

—Ya me estás *empelotando*. Tú eres la que tiene que callarse. ¡*Al tiro!*

No quiso oír más. Tenía frío y se tapó la cabeza con la manta. Hasta que el sueño acalló las voces, Bastián pensó en la lluvia y en el barro. Por la mañana se pondría sus botas de goma; ésas que la abuela le había regalado el día que cumplió cinco años, y *patiaría* los charcos hasta ensuciarlas toditas. Así su padre se pondría contento y dejaría de gritarle a su madre.

Por distintos caminos

No puede decirse que la infancia de Alberto Aguirre tuviera parangón con la de Sebastián Valdés. La Moraleja y La Legua eran dos mundos lejanos y antagónicos, separados por el tiempo, por la distancia y por la idiosincrasia de sus moradores, sujetos a las servidumbres exigidas por la sociedad de consumo los unos, sobrevivientes a la miseria los otros.

El hecho es que ambos, Alberto y Sebastián, confluyeron en el mismo lugar, la cárcel, por caminos divergentes, motivo por el cual quizá no sea baladí el intento de encontrar la razón de ese punto de tangencia.

Santiago Aguirre, ingeniero de telecomunicaciones en la multinacional de la que era director, siempre tuvo claro que la mejor inversión del capital obtenido por su abultada jornada laboral, al que se sumaban las nada despreciables dietas que percibía por sus frecuentes vuelos a París y Frankfurt, era el cerebro de su hijo.

Desde muy pequeño, Alberto oyó decir a su padre, aunque tampoco entendiera muy bien lo que aquello podía significar, que él, su único hijo entonces, iba a ser la empresa más rentable de cuantas pudiera emprender en la vida.

A sus cuatro años recién cumplidos no sabía lo que significaba *empresa* ni *rentable*, pero daba igual; al ver la anticipada satisfacción que se traslucía en la rostro de su progenitor, y la sonrisa de su madre, quien, junto a la piscina de la casa, sentada a duras penas en el césped debido a su avanzado estado de gestación, se afanaba en borrar con crema solar las dos rayas verticales que el exceso de trabajo estaba esculpiendo entre las cejas de su padre, Alberto fue capaz de intuir que aquellas dos palabras eran muy importantes.

Extendió los brazos para que su padre le ajustara los manguitos, se lanzó al agua, y con piruetas y zambullidas no dejó de llamar la atención de los dos con gritos alborozados desde el bordillo.

En agosto nació Arantxa, y un día doce de septiembre, a las ocho de la mañana, Alberto Aguirre inició su formación en un colegio de élite.

—Ésta será la plataforma de tu lanzamiento hacia un futuro prometedor, hijo —decía su padre mientras lo miraba por el espejo retrovisor sin

preocuparse de si el pequeño lo entendía o no.

Como excepción, Santiago Aguirre se permitió el lujo de llegar tarde a la oficina esa mañana, a fin de acompañar a Alberto en su primer día de colegio. Para eso él era el jefe, y Alberto, su primer hijo.

—Este día, Alberto, lo recordarás como uno de los más importantes. Yo diría que el más importante en la vida de un niño —seguía monologando eufórico su padre, mientras aseguraba que no iba a escatimar esfuerzos para que su hijo se convirtiera en un hombre de provecho.

Pero el niño no comprendía las palabras de su padre ni por qué le hablaba de aquel modo. Lo que de verdad necesitaba en esos momentos era que alguien le arrancara ese temor a lo desconocido que le saltaba en la tripa. Esas hormigas que no le dejaban en paz el estómago y que, a buen seguro, estarían devorando ahí dentro el desayuno, edulcorado con nervios y prisas, que había ingerido hacía tan sólo unos minutos.

Si su madre estuviese con él se sentiría más tranquilo. Pero su madre, desde hacía muchos días, sólo se ocupaba de una bolita de carne sonrosada que lloraba y lloraba sin parar. Y además era fea, olía mal y se estaba quedando calva.

De nada valía que echara de menos a su madre. Cuando tenía miedo, las manos y la voz de madre lo tranquilizaban, pero las manos de su padre estaban muy ocupadas con el volante como para suplir su falta, y su voz no dejaba de repetir esa retahíla incomprensible de los *esfuerzos* y el *dinero* para que él recibiera la mejor educación en el mejor colegio de Madrid.

Y fue entonces cuando lamentó el nacimiento de su hermana Arantxa, que le había robado a su madre en su primer día de colegio.

Desde aquel día, aparte de la instrucción en las disciplinas básicas, Alberto Aguirre llenó su infancia y su tiempo, de crepúsculo a crepúsculo, con un desayuno de cereales, dos besos apresurados, una mochila que le doblaba la columna, el transporte en autobús, las clases multidisciplinarias propias de cada curso, los juegos vigilados en el patio, y un aluvión de actividades complementarias, que le cayeron encima como una tormenta de granizo, y trocaron los divertidos juegos libres de las tardes, con los niños en los jardines de aquella urbanización de La Moraleja, por el laboratorio de idiomas, las clases de violonchelo o la cancha de tenis.

Naturalmente, y siempre en aras a la rentabilidad absoluta del tiempo, todo ello sin moverse del colegio, que para eso y para más alcanzaban las suculentas mensualidades abonadas por los Aguirre a aquel *cuasi internado*

que se llevaba un buen pellizco del sueldo de su padre. Aunque, la verdad, Alberto no podía saber entonces que el recibo del mes le hacía menos daño a la economía familiar que una pulga a la epidermis de un elefante.

Lo que más le hacía sufrir eran las clases de violonchelo. Cuando colocaba la pica en el suelo, y separaba las piernas para disponerse a sacar al instrumento algunas notas afinadas que merecieran la aprobación (nunca el elogio) de la señorita Alejandra, una rubia cursi que habría nacido pegada al instrumento, siempre pensaba Alberto que en lugar de coger el arco preferiría empuñar las bridas de un caballo. Abrir las piernas para montar en un corcel alado que lo rescatara de aquel suplicio. Pero no le quedaba más remedio que resignarse y desgranar aquellas notas que sonaban a tristeza y se descolgaban como lágrimas.

La bolita sonrosada creció y a los cuatro años empezó a compartir con su hermano Alberto una infancia vestida de uniforme y cargada de obligaciones, en la que sólo había tiempo para los juegos los fines de semana, siempre que se lo permitieran las abultadas tareas que el ideario del colegio y la disciplina estricta de sus padres imponían.

La normalidad acabaría por instalarse en la familia Aguirre de forma absoluta cuando Isabel Vila, su madre, decidió volver a su actividad laboral como dentista, interrumpida antes del nacimiento de su hermana Arantxa.

Tras algunas discusiones con su marido, que no veía con buenos ojos que se instalara por cuenta propia, argumentando que para jornada laboral dilatada ya estaba la suya, Isabel logró imponer su criterio y abrió una clínica dental en la Avenida de América, acondicionada con aparatología y mobiliario de última generación, hilo musical y monitores de TV en las salas de espera.

Dos jefes y dos horarios, con dedicación exclusiva, trajeron aparejada la consecuencia de que era preciso contar con una persona interna que asumiera las ausencias con la entrega y responsabilidad que la situación exigía.

Así fue como llegó al chalé de La Moraleja Dolores, una mujer de mediana edad y estatura mediana, comedida también en las palabras y en los gestos, con una mirada azul que inspiraba confianza, una sonrisa ancha, una trenza en la que empezaban a blanquear los años y, lo más importante, una presencia pausada y cariñosa que se movía por la casa sin los agobios del reloj.

Y los calendarios de la infancia de Alberto y Arantxa se fueron sucediendo sin novedades. Colegio, deberes, notas, premios, mejores notas, mejores premios. Noches de reyes cargadas de ilusiones y juguetes. Ausencias en la casa preñadas de soledades. Vacaciones apresuradas. Celebraciones. Cenas. Congresos. Llamadas que prometían besos y regalos. Ansiados retornos. Palabras de Dolores; dulces palabras de azúcar y cobijo.

Cuando Alberto cumplió doce años, su padre llegó a casa con una cámara de vídeo que casi cabía en el hueco de su mano, y su madre, con otra del mismo tamaño y marca. Lamentaron la coincidencia, y se excusaron diciendo que era lo último en el mercado, lo mejor que habían encontrado, y que no habían tenido tiempo para ponerse de acuerdo, ni siquiera por teléfono.

Él la había comprado en París, donde había marchado una semana por razones de trabajo. Ella, en Montreal, donde había acudido a un congreso sobre implantes dentales.

Aquellos dos artilugios le sirvieron a Alberto para inmortalizar la comida por partida doble junto a la piscina, y sobre todo para darse cuenta después, a la vista de las imágenes rescatadas a la prisa, de que su madre ya no tenía tiempo para poner crema protectora en las rayas, cada vez más profundas, que arrugaban la frente de su padre.

Y ese día, a sus doce años recién estrenados, decidió que hablaría con Dolores, para que ésta, a su vez, hablase con su madre y le pidiese que convenciera a su padre para que le permitiera dejar el violonchelo.

Las notas tristes del aquel instrumento le arrugaban el corazón.

Pastores y ovejas

Manda huevos. Tercer jueves de septiembre y me han jodido la cita semanal con Paula. Son las doce menos cuarto y aquí estoy, como un gilipollas, entre la fila de presos a punto de entrar en el salón de actos. Ahí está Alberto. Es imposible que pase desapercibido; su cabeza sobresale entre las demás.

Esta avalancha de *pastores y ovejas* hacia las dos puertas me causa tanta risa como repulsión. Están todos. Por la derecha tenemos a los jefes con sus trajes de fiesta, claro, tienen que hacer los honores a esa tal Subdirectora General del Ministerio (mira que suena rimbombante para tan poca hembra). Y por la izquierda, a los profesores de la escuela y de los talleres. Esta tropa no se cansa de repartir palmadas y sonrisas, siempre con esa pose que marca según sus códigos deontológicos la línea entre los *buenos* y los *malos*.

Aquí llegan empujando los protagonistas de la fiesta: el grupo musical de internos acompañados del mariposeo solidario y salvador de Abigail. Hay que joderse con la profesora de pintura; la fe en la condición humana la ha convertido de un plumazo en solista del grupo.

Y cómo no, los funcionarios casi en pleno vestidos de uniforme nuevo. Por más que intenten suavizar sus ademanes, es evidente que no bajan la guardia, no vaya a ser que alguno de los presentes tenga la ocurrencia de hacer méritos que provoquen su apetito.

Y entre tantas caras, la de Paula. Ha visto a Alberto y no disimula su entusiasmo. Cualquiera podría darse cuenta del gesto con el que acoge la presencia del *Madrileño*. Apostaría la libertad, y la ganaría, a que he interpretado con fidelidad absoluta el mensaje de esa mirada dorada y caliente que tanto me pone: *Me alegro de que estés aquí, Alberto* (a estas *husmeaconciencias* les gusta llamarte por tu nombre, y repetirlo, como si te conocieran de toda la vida). *Es bueno que salgas de tu encierro. Ya estás en el camino, Alberto. Ánimo chico. Eres muy joven. No hay nada que no pueda superarse con ganas y tiempo.*

Si dirijo mis pensamientos y mis ojos a la nuca de la psicóloga, lo mismo doy con el resorte que mueve su cabeza... Ahí está. Lo conseguí. Aunque me revienta aceptar como respuesta esa mirada breve y confusa que hace más evidente el capricho de las apetencias. Pero no me preocupa. Sólo es cuestión

de tiempo.

Ahora, cumplida la espera, y recogida la exigua y desproporcionada recompensa, no me queda más remedio que entrar en el salón y buscar el lugar estratégico que me permita realizar con comodidad mis funciones de vigía. Para eso estoy aquí.

Este redil de base pentagonal tendrá un aforo de unas quinientas butacas más o menos. Ahora está de moda tocar a arrebató y reunir al personal cuando a los jefes les sale de las pelotas. Da igual si se trata de una exposición de maquetas, de cuadros, o del Belén por Navidad. Cualquier momento es bueno.

La institución está convencida de que estas actividades son saludables y necesarias. Sobre todo para los que ejercen el control, claro. Así, las mentes de artistas frustrados como *el Chileno* se ocupan durante meses con los placeres del arte, y eso impide que aniden en ellas ideas más aviesas. Y no lo digo precisamente por *el Chileno*, pobre diablo (los años han apaciguado hasta los torcidos instintos de su naturaleza), sino por otros más peligrosos, difíciles de domeñar en este submundo.

Toca sentarse de inmediato y voy a hacerlo, pero antes quiero reconocer al público con una mirada. Mucha gente. Demasiada chusma. Supongo que la visita de la autoridad de Madrid es razón de sobra para levantar la mano; los de *régimen* han sido buenos con la fauna carcelaria. Aquí cabemos todos, sí señor. Drogadictos, terroristas, ladrones, violadores y asesinos. Quien más y quien menos ha sacado del culo de la bolsa sus mejores galas. Me encanta. Jungla salvaje en las camisas y en los ojos luciendo en una amplia gama de pieles; del rosa pantera de los oriundos del Este, al negro betún de los africanos.

Y entre la multitud, los compañeros de las sesiones de terapia. Me revienta utilizar la palabra *compañeros* para referirme a los integrantes de semejante banda, pero de alguna forma tengo que llamarlos, digo yo, aunque ni de lejos me considere uno de ellos.

No falta nadie. *El Chileno*, vestido de flores verdes y naranjas haciendo honor a su *pluma*; Lucas, mirando retador a los que representan la autoridad con los mismos ojos que el puma que ostenta en el dorso de su camiseta negra; Adolfo, guardando las formas con la rigidez hitleriana que lo caracteriza, sin perder de vista al anterior en su afán de controlarlo; *el Nene*, asimilando la dosis de antidepresivos para enterrar por un rato sus paranoias, y *el Gitano* dando el coñazo a quien le preste oídos con la eterna cantinela del

arrepentimiento y su niña.

Tampoco faltan las cámaras de TV, ni los micrófonos de la radio local. ¡Cómo iban los de fuera a perderse la pantomima de los de dentro! Hay que rentabilizar en votos los euros que cuesta la política penitenciaria. Eso sí, muy respetuosos ellos, tienen la deferencia de cogerte de espaldas, por eso de preservar tu derecho a la intimidad. Todo un detalle.

No puedo soportar este olor espeso y acre a fluidos corporales. El calor dispara los efluvios pestilentes a los que no logro acostumbrarme, pese a los años de entrenamiento. Nunca entenderé cómo puede haber gente que elige este ecosistema putrefacto para desarrollar su trabajo. Siempre he dicho que la naturaleza es caprichosa y cuenta con especies tan poco escrupulosas como los escarabajos peloteros.

Ahí tengo a Paula. Se acaba de sentar con los de *tratamiento*: el subdirector, la médico, la socióloga y ella. Perfecto. La tengo a dos filas de distancia por delante en un ángulo de 30°.

Si se tratara de una cacería, no tendría más que apuntarle a la cabeza y disparar por debajo de ese recogido sensual y provocativo que a ella tanto le gusta. Pero no se trata de una cacería convencional. Ni Paula, por lo poco que he visto hasta ahora, se dejaría cazar con métodos convencionales.

Por el momento tendré que conformarme con mirar ese cuerpo que me incita por las noches a más de una fantasía. Cuando todo está oscuro empieza el ritual. Primero le quito el prendedor, luego le suelto el pelo, la beso en el cuello... Sigo bajando... y ella abre las piernas y grita de placer...

Qué fastidio. Los aplausos han cortado mis divagaciones en el punto más tórrido.

Ya empiezan con la retransmisión del sainete los de la radio local. Daría cualquier cosa por hacer de cronista, micrófono en mano.

Voy a intentarlo, aunque me temo que mi crónica no va a ser políticamente correcta.

Aquí llega la tiparraca de Madrid. Alta, flaca y con pelo de estropajo. Yo diría que está en esa edad en la que la falta de atractivo de las mujeres las convierte a todas en marimachos. ¡Lástima que no puedan verla!

Toma asiento detrás de la mesa situada en el proscenio seguida del director de la cárcel. Unas breves palabras de él para presentarla, y ella,

tras agradecerlas, se dispone a arengar al auditorio. Para eso ha venido.

Oigan los aplausos, señoras y señores. Su saludo es coreado por los presos. Seguro que se escucharán también algunos silbidos de “bienvenida”, o al menos así quieren entenderlo las autoridades penitenciarias, que se apresuran a aplaudir con más fuerza para borrar la duda.

No faltan los agradecimientos ni las “flores” a la institución. Como podrán comprobar, trae bien aprendido el discurso. Siempre queda de puta madre elogiar las instalaciones, el trabajo de los talleres, las obras de los artistas...

Metida de lleno en la prédica, nuestra invitada sigue con la perorata, y se atreve a decir (no se lo pierdan) que la inserción nos convertirá (palabras textuales) “en eslabones productivos de la recuperación económica en esta época de crisis en la que todos contamos”.

Qué bonito, señores radioyentes. En este punto, alguien inicia los obligados aplausos, y a la funcionaria asexuada con pelo de estropajo se le infla el ego como un pez globo, ya que no puede inflársele otra cosa.

Acto seguido, como no podía ser de otro modo, se deshace en elogios hacia el gran equipo de profesionales, que se miran los unos a los otros encantados de haberse conocido. Y felicita a los artistas, que han deleitado sus ojos y esponjado su sensibilidad, mientras se paseaba, dice, por la exposición y las instalaciones...

Al carajo la crónica y la subdirectora. A mí qué cojones me importa lo que diga o deje de decir. Ella ha venido a eso porque para eso le pagan, y yo he venido por Paula, y sólo por *Ella* soy capaz de aguantar el discurso infumable y vomitivo de esta tipa. No veo el momento de que se calle de una puñetera vez. Qué afán tienen los políticos de sacar tajada hasta de la escoria que campa por estos lares.

Hombre, eso está mejor; parece que me ha leído el pensamiento. Por fin cierra la boca. ¡Qué buenos estos chicos! Casi todos aplauden, algunos silban, otros se levantan, y alguien, también como siempre, le entrega el consabido ramo de flores.

Qué guapa está la condenada. Paula, claro. Los aplausos y el calor le han soltado un mechón de pelo que le cae por el cuello. Ahora mismo me cambiaría por esa greña indiscreta. Le está diciendo *no sé qué* a Abigail, que ya está de pie y se dirige al escenario. Detrás, los lobos con piel de corderillos.

Vaya mérito el de esta chica; ya los tiene a cada uno en su sitio. El belga y el argentino, guitarra eléctrica en mano; el paraguayo delante del teclado, y el negro al mando de la batería. Menuda tropa...

Muy bien ese saludo de roquera, sí señor. Y no pidas disculpas al auditorio, mujer; de sobra sabemos todos que habéis ensayado poco, y que vais a poner ganas y bla, bla, bla...

A afinar de una vez y que comience el show.

Soldadito marineero conociste a una sireena/de ésas que dicen “te quiero” si ven la carteira lleenaa.

La verdad es que las formas de la pintora no se parecen a las de Paula.

Escogiste a la más guapa y a la menos buenaa...

Me suena la percha de esta chica. Tiene la misma estructura corpórea de mi ex, aunque la lleve camuflada entre los pliegues de ese pantalón floreado con la entrepierna hasta las rodillas.

No está mal esa camiseta negra; le deja al descubierto el hombro izquierdo. Un poco anguloso para mi gusto, pero aquí nadie está en condiciones de elegir.

Y sabe moverse, la condenada (no como Elena; un palo hasta en la cama), así que no me sorprenden los gritos y los aplausos con los que el vulgo corea el estribillo.

Sieempre seraaás bienvenido a este lugaaaar...

Una frase poco afortunada, mujer. ¿No lo dirás por la cárcel?

... a mi liista de obsesioonees que no vas a olviidaaar...

No te cansas, Abigail. Cantas y cantas sin parar, mientras el hampa sigue gritando y aplaudiendo. La letra es lo de menos.

Pelo corto. Ni fea ni guapa. Nada que ver con Paula.

Paula. Tú eres mi obsesión. Empujo con el pensamiento a la pintora y

coloco tu figura en el escenario. Como Ulises, oigo tu voz de sirena... Si quieres, hago un esfuerzo y me convierto en tu soldado marino. Y hago un jardín junto al mar y me meto a jardinero. Y alimento tus brotes con mi lengua. Y riego las grietas de tu cuerpo.

Bienvenida a mi lista de obsesiones, Paula.

Tu nuca está a dos filas y 30°. Voy a atravesarte la cabeza. No te me escapes como un pez.

El primer asalto

Hoy comienza el plan de ataque. Voy a empezar por Sebastián Valdés. Es el más infeliz del grupo, y este atributo lo convierte en un peón fácil de manejar.

El Abuelo, como algunos lo llaman también, tiene más pluma que la cola de un pavo real. Por decirlo con palabras más al uso en estos ambientes, es un *bujarrón* como la copa de un pino. Aunque si se quiere suavizar el concepto, hay palabras como *homosexual* o *gay* que a Paula le sonarían mejor. Qué coño, a tomar por saco los oídos de Paula. Es un *fleto* sin remedio pero inofensivo, como dijo un compatriota chileno que pasó una temporada en este *cincoestrellas*.

Estoy seguro de que a Valdés no le va a resultar difícil acercarse al *Madrileño*. El niño lo respeta. Lo he visto hablar con él algunas veces y bien dirigido podría sacarle la información que necesito. Yo sé que con *ése* no tengo nada que hacer. Al menos de momento. Curiosamente es de los pocos que nunca se me han acercado en el patio con la monserga de *abogado* esto, *abogado* lo otro; siempre revoloteando como moscas para pedirme asesoramiento o contarme por enésima vez por qué cayeron en este agujero. Pero él, nada. Se parapeta en el silencio, con esa distancia orgullosa que percibo como el peor de los insultos.

Creo que mi presencia le suelta los depósitos de adrenalina. Puedo olerlo a distancia, y eso provoca mis peores instintos como les ocurre a los perros. Y cuando huelo su miedo siento el imperioso deseo de morder. Eso sí, sutilmente. En la sombra. Como me gusta hacerlo. Tejeré la tela con la calma de las arañas y Alberto quedará atrapado en ella. Trabajaré con cabeza y sin prisas. Un buen método conduce siempre a unos buenos resultados.

Si yo fuera un Doberman le clavaría los colmillos en el cuello sólo porque mis genes me dictarían las pautas de comportamiento a seguir. Miedo-debilidad-ataque. Así de simple. Afortunadamente, el desarrollo cerebral alcanzado por el *homo sapiens* permite a la especie humana el empleo de técnicas más sofisticadas: estudio del problema, planificación minuciosa, diseño de estrategias y ejecución pausada del proyecto.

¿Qué nos hace distintos de las demás especies animales? Sin duda el poder de crear; de romper moldes a través de la imaginación y el ingenio. Las interacciones del *homo sapiens* con la naturaleza, con el entorno social, no

están escritas. En los seres superiores esas relaciones pueden estar sujetas a técnicas comportamentales de alto diseño. Ahí voy. El Doberman no crea, y eso es lo que define la diferencia entre el perro y yo: el descubrimiento del hecho creativo y, sobre todo, la manifestación reveladora del arte. Y el arte puede manifestarse tanto en la plasmación de un paisaje, como en la composición de una melodía, o en el movimiento de la conducta humana a las órdenes de un buen director de orquesta.

Eso es lo que soy yo, un director de orquesta, no un vulgar asesino como *el Madrileño*; no hay que perder de vista ese grueso detalle. Él está aquí por homicidio, y el muy capullo tiene buen cuidado de que no salgan a la luz los pormenores.

Pero sólo hay que mover bien la batuta para que *la historia* que tanto lo traumatiza vuelva con la fuerza de las primeras horas. El cadáver caliente, la culpa, los remordimientos que hacen presa en pusilánimes como él. Y ese pelele, lo que quedará de semejante monigote, será el premio a un plan bien tejido.

Y se lo ofreceré a Paula decapitado. Con la cabeza en una bandeja, como Judit hizo con Holofernes. Pero no seré yo quien mueva la daga. A ver si a *Doña Solidaridad* le quedan ganas de perder su tiempo en las sesiones de terapia con los pedazos de un muñeco de trapo.

No soporto esa cara de inocente. Ni esos ojos que le pone a la psicóloga. Me sacan de quicio esos aires de niño bueno que, a juzgar por el evidente feedback, han tocado la fibra sensible de Paula. Pero a mí no me engaña esa comeccocos. A la vista está que tiene *otras fibras sensibles*, aunque de momento sólo pueda percibir las a través de un pantalón marrón a media pierna y de una camiseta naranja.

A ver qué modelito nos presenta el jueves, que con la visita de la *pelo estropajo* llevo dos semanas de abstinencia. Se me salta la cremallera sólo de pensar en esas curvas que me vuelven loco, y que en cuanto entre por la puerta me apresuraré a desnudar.

Cómo está el patio, ahora en el verdadero sentido de la palabra. Pasar por aquí es todo un desafío. Lo mismo tropiezas con miradas torcidas, que te ves obligado a hacer verdaderos equilibrios para esquivar los esputos lanzados al suelo, o las jeringuillas que vuelan de una mano a otra.

Algunos no se enteran, y se lo encuentran todo mientras pasean las culpas con los ojos en el suelo como zombis ciegos. Caminantes perdidos, entre

pensamientos negros que pesan en el aire como los relojes en la muñeca.

Nunca, hasta que vine a esta prisión, me habían pesado tanto los relojes, pero he aprendido a esperar. A mí mismo me asombra la paciencia que he desarrollado en la cárcel. Si algo debo a estos años, es precisamente saber esperar. Cuestión de entrenamiento. Aquí todo está marcado en sus manecillas y todo tarda en llegar: la diana, el aseo, el recuento, el desayuno, el gimnasio, la consulta médica, los talleres, la metadona, las clases, la comida, la limpieza, la siesta... La necesaria siesta para dormir la droga o el tiempo. Ese tiempo que crece; que sobra para no hacer nada; que falta para salir a la libertad. A las irremediables cadenas que aguardan fuera; ésas que volverán a amarrarnos al menor descuido. Pero yo no me voy a permitir el más mínimo error.

Emplearé a fondo la inteligencia y la experiencia.

Bueno, las disquisiciones filosóficas ayudan a soportar la lentitud del reloj, pero me temo que deberé dejarlas para más tarde. Valdés acaba de salir del taller y yo he de disponerme a perpetrar el primer asalto. A por él.

—Qué pasa, Valdés. Te esperaba desde hace rato. Quiero felicitarte por ese monumento que tantos elogios mereció en la exposición del otro día. La de Madrid se quedó boquiabierta. Te diste cuenta ¿no?

—Gracias *Doctor*. Yo creo que había maquetas mejores que la mía.

Siempre se empeña en cambiarme el apodo, pero eso ahora es lo de menos.

—No seas modesto. Eres un artista, colega.

Mira que me cuesta llamarlo *colega*, pero he aprendido que es mejor contemporizar con el vocabulario de esta gentuza aunque me horrorice. Me divierten los ojos incrédulos con los que me está mirando. Parecen todavía más pequeños cuando me enfoca con sus objetivos cercados de arrugas.

—Otra vez, gracias, pero de verdad que el mérito no es de un servidor. Es de la señorita Abigail, que me trajo muchas fotos para que yo escogiera una. Yo le dije, eso sí, que tenían que ser del Palacio de la Moneda, y ella buscó y buscó. Lo demás fue ponerse a ello.

Ahora toca ponderar para despertar su patriotismo.

—Un gran monumento, el Palacio de la Moneda.

—Lo es, sí señor. Y no sólo por lo grande, que también, sino por lo que significa para Chile. Ocurrieron cosas muy feas en el 73. Las más graves de la historia reciente de mi país. Yo era joven entonces. Veintitantos. Pero no

pude luchar contra el dictador. Recién salimos a la calle, los golpistas *nos metieron en cana*. Quiero decir que nos cogieron presos. De un centro en otro, sabe usted... Los militares tenían las armas. Una lástima que no pudiera hacerse nada...

Veo que tiene ganas de hablar el viejo. Tengo que reconducirlo, o se me escapa por derroteros políticos que ahora me importan un carajo. Tuvo que pasarlas canutas en aquellos años. Imagino que Pinochet no miraría con buenos ojos a la fauna en la que *el Chileno* milita. Aunque me tiene el tema, tengo mis prioridades. Mejor lo dejo para otra ocasión y corto con un aplazamiento.

—Un día en la terapia nos cuentas. Ya sabes que a Paula le interesa que aireemos lo que cada uno guarda en su armario. Dice que es bueno sacar los demonios. Ya sabes... esos que se vinieron con nosotros a la cárcel y que forman parte de la vida que dejamos atrás. Los que nos asaltan de noche en la *chabola* cuando abrimos los ojos en la oscuridad tras el recuento.

—Grandes verdades, señor. Usted siempre acierta con las palabras. El jueves me toca a mí parlamentar, si no me *arratono* en el último minuto. El asunto es que cuesta, vaya si cuesta hablar de uno. Uno no es un *malandra* y está en el *talego*, como dicen ustedes acá, lo mismo que el *pior* asesino. Cinco años por un mal viaje a Madrid. Por soñar con un puñado de plata. El maldito dinero... La maldita miseria.

—Lo mismo digo, Valdés, pero no te preocupes. Cosas peores escuchará la terapeuta de la gente que campa a su alrededor. Porque tú y yo no tenemos sangre en las manos ni en la conciencia, que quede claro. La necesidad fue tú tentación, y la mía, el amor al arte de la estafa. Porque la estafa es un arte. Lo mismo que tus maquetas.

Un golpe de efecto, sin duda, emparejar su arte y el mío, pero intuyo que no ha digerido el símil. Tengo que dejar claro el mensaje para centrar el tema y evitar confusiones.

—Nosotros no hemos delinquido en serio, Valdés. No como *otros*... A propósito de otros, ¿qué opinas de Alberto?

La pregunta lo ha cogido por sorpresa. No hay más que ver esos ojos arrugados con los que me mira.

—La metadona hace su trabajo. El chico está saliendo. *Custión* de tiempo, *Doctor*. Eso dice la de terapia.

—Sí, sí... pero no me refiero a eso, sino a su silencio. Nadie sabe exactamente lo que hizo. Si conociéramos los detalles podríamos ayudarlo.

Parece un alma en pena, el pobre chaval. Tal vez puedas hacer algo tú. A ti te aprecia, *el Madrileño*.

—Veré lo que puedo hacer; Alberto es casi un niño. Un *lolo*, como decimos allá en Chile. El camino lo tiene todito por delante. No es bueno que tan pronto se le hundan los pies.

Vaya cara que ha puesto *el Chileno*. Para no perdérsela. Su expresión ha hecho que se me enciendan todas las bombillas. Siempre digo que el arte es un fogonazo de luz que alumbra ideas brillantes. Y ahora tengo una idea brillante; la maduraré esta noche en la celda.

—Tenme informado, Valdés. Y ya sabes, el jueves, el do de pecho. Tengo ganas de oírte cantar.

—Yo no canto, *Doctor*. Cometo errores y hago maquetas no más.

—Contigo me río con ganas. Es una metáfora, viejo. Quiero saber cuál es tu sinfonía. Qué escondes de la vida en esas arrugas.

Una mirada fija a los ojos para desarmarlo y asunto concluido. Estos maricas es lo que tienen. Se deshacen como el hielo ante el encanto masculino. A mis cuarenta, me congratula saberme un hombre de buen ver; de esos que despiertan pasiones hasta en un *Centro de Cumplimiento de Hombres*.

Ahora a esperar. Un cuerpo a cuerpo entre *el Madrileño* y *el Chileno*, además de tener su morbo, es un germen que desde hoy tendré que cuidar hasta que florezca.

Y el mejor capullo será para Paula.

Un millón de pesos

Ustedes perdonen... Me ha servido de poco darle vueltas a la cabeza anoche. Yo no sé hablar si no es con las manos. Si tiene materiales, *doctora*, y alguien me presta una foto, podría hacer algo, pero las buenas palabras no se aprendían en el barrio de Santiago donde me crié.

Se llamaba La Legua, y así se sigue llamando hasta hoy. O eso creo, que desde hace cuatro años ando por acá entre rejas.

Allá, en mi barrio, las manos no hacían maquetas; servían para otras cosas. Cuando eras un *cabro* (ustedes disculpen la palabra, pero así se les dice a los chiquillos en el país de donde vengo), todas las manos más grandes que las tuyas te pegaban buenos *guascazos*. En la casa, las de tu padre, y en la calle, las de cualquiera. Las de mi madre no; las de mi madre sólo me hacían cariño, aunque mi padre pronto empezó a enojarse si se ponía cariñosa delante de él, y tenía la pobre mujer que aprovechar cuando el viejo se iba de casa para darme esos besos que suenan, y que a las madres tanto les gusta dar a sus hijos.

Así creció Sebastián Valdés, un servidor, el hijo de Gabriel *el Carabinero*. Más bien *asopao*, como decía mi padre, a todos temía y nadie le tenía miedo a él. Quiero aclararlo para que ustedes no piensen mal. No crean que era un cobarde, pero mi madre, que era persona honesta y buena onda, como decimos allá, me repetía antes de salir de casa: Bastián, hijo, *buena es la pelea ganada, pero es mejor la evitada*.

No sé si fueron las palabras de mi madre o mi condición natural, el caso es que en un barrio de *malandras* y camorristas tenía más bien poco que hacer un *cabro* que había mamado de buena teta, y al que no le gustaban los encontronazos.

Bueno, como no quiero cansar al auditorio, voy a dejar para otro día lo de *entre medio* y les cuento *al tiro* lo del final.

Por las vueltas que da la vida, después de haber vivido con mi familia en una casita decente de un barrio digno (aunque no lo crean, en el pasado tuve mujer y una hija, y la hija me sigue teniendo a mí, pero yo no la tengo a ella porque ella no quiere un padre como el que le ha tocado), pues digo que a mis sesenta años estaba en un agujero en el barrio de La Chimba, un cuchitril de cinco metros, cerca de la avenida El Guanaco.

Por allí *patiperriaban* muchos tipos de *huevo*nes, y la droga se consumía

más rápido de lo que entraba. Yo nunca consumí, si ustedes quieren saberlo; a lo más, cuatro pitos cuando andaba con el Benja (otro día tocará hablar del Benja), pero estando en el ambiente, y viviendo casi como las ratas que compartían alguna vez conmigo el agujero (sí, sí, ratas como gatos de grandes, y no se rían ustedes que es verdad lo que les digo), bueno, pues eso, que una noche llamaron a la puerta y yo salí. Era un hombre alto, iba *empaquetao* con un traje negro y portaba un maletín también negro. Lo abrió y estaba todo lleno de plata, billetes de mil y de cinco mil pesos, ¿saben? Un *guatón*, me dijo el hombre que había; para que ustedes lo entiendan, un millón de pesos chilenos.

Aunque yo la moneda de acá la he manejado bien poco (qué necesidad tengo, digo yo, si aquí la pensión es gratis), mi conocimiento me lleva a saber que el millón de nosotros es más o menos los mil trescientos euros de ustedes, pero con la diferencia de que allá se compran más cosas por la misma plata, ya me entienden.

¡Ah! Se me olvidaba decirles que en el maletín negro también había un pasaje de avión. Ida y vuelta Santiago-Madrid en tan sólo tres días. Se ve que el del traje estaba apurado por hacer llegar la mierda ésa a España, y si no era yo, ya habría otro que lo llevara.

El hombre de negro me explicó que al llegar al aeropuerto de Barajas me estaría esperando un *gallo* vestido con una camiseta roja, azul y blanca, como los colores de “la estrella solitaria”, por si no lo saben, la bandera chilena, y que llevaría en las manos una bolsa de deportes y una raqueta. Yo en cuanto lo viera no tenía ni que mirarlo. Era él quien no me perdería de vista hasta que hiciéramos la operación. Mi trabajo era buscar el *guater* y dejarla allí, que el otro se ocuparía del resto. Luego, que me perdiera dos días por Madrid hasta el regreso, eso *justitamente* me dijo.

Como andaba yo sin plata, me preocupé por mi supervivencia en la capital de España, y él me aseguró que llevaría los bolsillos bien repletos para la comida de esos tres días. Así de fácil, y el *guatón* de pesos sería mío a mi vuelta a Santiago y se acabaría por un tiempo la miseria.

Me dio dos días para pensarlo y tengo que decir que lo pensé mucho. No quería hacer de correo de esa basura, pero el hombre de negro me repitió que si yo no lo hacía, el *guatón* iría a parar a otras garras y no estaba un servidor en condiciones de elegir, que el hambre es mala consejera. Pero, qué *huevas*, y disculpen ustedes las malas palabras, no fue sólo por el hambre, hoy no es día de andar con mentiras. Quiero que sepan que si me arriesgué en aquél

avión fue porque nunca tuve el coraje de enfrentarme a nadie. Bueno, una vez sí, sólo una vez en el 74 a mi padre, cuando cayó Allende y vino la dictadura, pero eso fue otra cosa. A lo que iba: de chico no daba cachuchazos ni al aire, y luego cuando me hice grande, me harté de oír a mi padre que nunca sería un hombre; que un hijo como yo, pueden imaginar a lo que se refería, era la vergüenza de un carabinero. Así es que ya lo saben ustedes, *colegas*, mientras el avión volaba sobre el océano, Sebastián Valdés se enfrentó por segunda vez a Gabriel Valdés. Al fantasma de un muerto.

Pero vuelvo para atrás y sigo contando. El hombre de negro se ocupó del pasaporte y de la ropa que debía ponerme: un pantalón café de los que llevan los señores, una camisa celeste nueva también, y unos zapatos de cuero macanudos. Así que en vez de un *lanza*, cuando pusiera los pies en Barajas me confundirían con un caballero.

Ustedes se preguntarán que por qué me eligieron a mí, pues eso mismo le pregunté yo al de negro, y la explicación fue que con mi cara de huevón y mis años nadie podría sospechar lo que llevaba encima, y como en Madrid era invierno, me prepararon una buena parka acolchada, que era donde iba la droga bien escondida.

El 20 de diciembre a las ocho de la tarde, dos horas antes de que volara el avión con rumbo hacia España, estaba yo en Pudahuel, el Aeropuerto de Santiago. El hombre de negro ya me había enseñado los lugares y sabía que el embarque era por el tercer piso, así que allí dirigí mis pasos.

Me paseaba yo con mi bolso de mano en la izquierda, apretado bien fuerte, que allí dentro iba bien doblada la parka, con el pasaporte y el pasaje en la derecha, y tuve que hacer cola y esperar hasta que me dieron la tarjeta ésa para poder subir al avión. Después mostré los papeles a los de la Policía Internacional y a sus preguntas de para qué iba a España, les dije que a conocer a mi nieto. Con mi cara de huevón y mis años, nadie dudó de que el pobre hombre que tenían delante fuera un abuelo *urgío*.

Tocó pasar por el control de seguridad luego, y se preguntarán ustedes que si no me hicieron abrir el bolso. Pues claro que sí, pero cuando les dije que en España era invierno y que había que ir preparado, no miraron más y me dejaron pasar.

Hasta aquí todo salió *a toda raja*, pero lo *pior* fue lo que vino más tarde. El viaje duró horas, y como no podía cerrar el ojo, por si a alguno se le antojaba tocar el bolso y encontrar la parka, ésa fue la noche más larga de toda mi vida, y tuve buen tiempo de darle vueltas a la cabeza.

Sepan ustedes que una cosa tenía clara esa noche, y era que si mi madre hubiera estado en el mundo, nunca habría subido yo en aquel avión, y ese pensamiento hizo que la culpa y los remordimientos no me dejaran tranquilo.

Pero ya no valía arrepentirse, ni podía decir al avión que se volviera, así que lo que más deseaba era acabar de una vez con aquello que no debía haber empezado.

Ya en Barajas me coloqué la parka, que en Madrid era invierno y había que abrigarse, pero al pasar por el control el policía empezó a cachearme una vez, y otra, y otra, hasta que agarró el transmisor y le trajeron un pastor alemán que me olió todito y se puso a ladrar como loco.

Lo demás pueden ustedes imaginarlo, que ya pasaron por ello (y no lo digo por usted, doctora, disculpe la torpeza de esta lengua mía) y antes de que pudiera darme cuenta tenía las esposas en las manos, y entre las muchas personas que me miraban, unos con caras de curiosidad y otros como apoyando a los policías españoles que me echaron las garras, pude ver al gallo con la camiseta de “*la estrella solitaria*”, con la bolsa de deportes y la raqueta, que *apretaba cachete* para poner distancia.

Y yo sentí una carcajada entonces, la de mi padre, y se reía de que esa Navidad el *Viejo Pascuero*, como allá se le nombra a Papá Noel, a mis sesenta años, por ser malo me había traído unas esposas.

Estuvieron todos muy callados mientras les hablé y ahora todos aplauden; también Alberto.

Paula me da las gracias y a mí me parece que tiene los ojos mojados. También a mí me pican los ojos. Y tengo un nudo que me aprieta la garganta.

Me preguntan cosas, y yo no puedo responderlas porque no tengo ganas de contar más nada.

Otro día, dice la doctora, y yo se lo agradezco sin palabras y digo que sí con la cabeza.

Ayala tiene razón. Me he fijado en lo que me dijo de Alberto. Los ojos de Alberto guardan muchas penas.

A ver cuando lo pillo bien dispuesto y hablo con él.

Tejiendo en la sombra

Valdés y *el Madrileño* no han hablado todavía, y si lo han hecho ha escapado a mi control. Desde su confesión del jueves en terapia creo que *el Abuelo* ha ganado puntos entre el grupo y eso me beneficia.

Una historia gris, la de *el Chileno*, de ésas que hacen menos sombra que la umbrela de una seta en un desierto, pero tengo que admitir que con sus balbuceos sentimentales, y esas gilipolleces sobre la infancia y sus padres, supo llegar al personal, así que a los puntos obtenidos por su arte como *maquetero*, acaba de sumar los de ese arranque post mortem contra la autoridad paterna. Lo escuchaban con la boca abierta. Sin decir palabra. Qué fáciles de contentar, los cretinos sin cerebro.

El gesto de Adolfo y Lucas hace unos minutos, cuando se han acercado a Valdés a la entrada del consultorio, me ha parecido de lo más amigable. Y hasta ahora lo habían ignorado, no sé si por su insignificancia o por la inmunidad que le confieren los años.

Lucas es agresivo y camorrista, pero le falta la autoridad que a Adolfo le sobra. Si Valdés se gana el respeto de Adolfo, el patio lo mirará con interés y el marchamo de popularidad del pobre diablo subirá como la espuma.

Se fijarán en él y en sus movimientos. Eso es lo que pretendo, ponerlo en el punto de mira. Que imaginen, que especulen y luego que larguen. Que se extienda la mancha de la sospecha.

Lo demás vendrá solo.

Ahora sale Valdés y entra *el Madrileño*. Perfecto. Parece que Adolfo tiene intención de continuar la charla que dejaron pendiente. Mejor que no descubran mi atalaya; no seré yo quien interrumpa esa intimidad incipiente tan saludable para mis fines.

Un sujeto peligroso, Adolfo; todos lo saben. La verdad es que cuando llegué aquí tuve suerte con él, aunque prefiero hablar de estrategia más que de suerte. Como en tantas ocasiones, fui midiendo el terreno con la parsimonia del cazador. Y el depredador se convirtió en presa fácil.

A Adolfo le encanta hablar del *crimen* y murió por la boca como el pez. Cuando descubrí la obsesión que sentía hacia su víctima, no tuve más que prestar oídos a sus paranoias. Odiaba a su mujer, yo también a la mía. No se arrepentía lo más mínimo de haber acabado con su vida, yo tampoco de haber

acabado con su cuenta corriente. Su mujer estaba loca, la mía, más aún. Soñaba muchas noches con ella, yo no podía librarme de mi ex ni una sola noche desde que llegué a la prisión.

Hasta que un buen día empezamos a hablar de *ellas* como *Elena* y *la Paca*. Fue entonces cuando empezó a fraguarse una relación imprescindible en aquellos primeros meses de aterrizaje, donde lo importante era labrarme una posición en la sociedad carcelaria para que me dejaran en paz y, lo más importante, que el resto de la *tribu* supiera que si alguien se propasaba conmigo tendría que vérselas con Adolfo en los servicios. Y de todos es sabido que cuando Adolfo convoca a alguien en semejante lugar no es para que le acompañe a hacer aguas mayores. Al desgraciado de turno no le libra ni Dios de pasar por la enfermería.

A su manera, Adolfo también sabe mover los hilos con habilidad, y sus avisos nunca llegan a oídos de los funcionarios. Claro, que ellos están aquí para que nada funcione.

El muy capullo no se ha lanzado todavía a la arena en las sesiones de terapia, y no me sorprende en absoluto. Paula es mujer, y lo que Adolfo tiene que contar no va a hacerle ninguna gracia. Mucho menos los detalles; por eso se mantiene callado, el muy cabrón. Hasta que un día le explote la neura en la cabeza y se le suelte la lengua con la crudeza que lo caracteriza. Entonces será cuando la psicóloga tendrá que taparse los oídos y yo tendré que salir al quite. Una de cal y otra de arena. Me moveré en esa ambigüedad del abogado sutil que complace a ambas partes, porque ambas también, sin que el juez llegue nunca a descubrirlo, le están llenando la bolsa.

Mientras Valdés confesaba el otro día, no quité ojo al niñato de Madrid. No dejaba de morderse las uñas y tenía la cara más blanca que un fiambre, el *hijoputa*. *Ya van quedando menos, pronto me toca a mí*, pensaría. Tenía los ojos vidriosos; ignoro si por la emoción, porque le faltaba un chute de metadona o por las dos cosas.

A Paula también la impresionó el pobre diablo de Valdés. Lo miraba con cara de lástima. *El Chileno* no puede inspirar otro sentimiento en una mujer como ella. Mira que dejarse echar el guante a la primera de cambio. A quién pudo ocurrírsele la idea de convertir en *correo* a un maricón torpe y viejo sin ciencia ni experiencia. El hombre de negro debía de estar más bien falto de sustancia gris. A estrategias imprevisibles, resultados previsibles. Un mal paso, y el calamidad de Valdés trocó el *guatón* por unas esposas, y eso que no se entendía ni con la suya.

Un día de estos me tiene que contar algunos episodios sobre el asunto. Sus devaneos con ese tal Benja, por ejemplo. Tengo que descubrir sus zonas erróneas; eso siempre es un cheque en blanco al portador, y el portador aquí puede ser cualquiera.

Y salir de donde menos te lo esperes.

Lleva un buen rato en la consulta. Más de veinte minutos. Con ese aspecto de cadáver no me extrañaría que saliera con alguna *patología asociada al perfil del toxicómano*, como dice la doctora Rivas. Otra ONG con patas, Ángela Rivas. ¿Por qué será que en la sanidad penitenciaria abundan las tías en una desproporción porcentual tan ostensible?

Da igual si se trata de la salud del cuerpo o de la conducta. Médicas, psicólogas, enfermeras... Y si nos vamos a la escuela, *ídem eadem*. ¿Qué tienen los de dentro que no tengan los de fuera? La mayoría, noches con cerrojos obligados y hambre de cama atrasada, episodios de violencia con sangre en las uñas, modos rudimentarios parejos a los del peor depredador, drogadicciones destructivas... y, los más refinados como yo, los que saben pensar, conductas camaleónicas de alto voltaje para derretir a quien se tercié.

Me pregunto qué es lo que buscan esas inocentes. Sin duda juegan a redentoras. Eso es; lo que quieren es salvarnos. Dar la vida por nosotros. Por esa clase de hombres rudos y fuertes, de instintos prisioneros. Por esos machos primarios, bien dotados para la lucha, que han perdido las astas embistiendo contra una sociedad que reprimía las manifestaciones de su naturaleza indómita, salvaje en muchos casos.

O tal vez el presidiario sea para ellas el Clint Eastwood de la película que las salva de una vida anodina, de un matrimonio convencional enmarcado en los patrones trazados por la sociedad para las de su clase. Ellas son las redimidas, las rescatadas de la mediocridad, del hastío, de la rutina; ésa que han alcanzado después de quemarse las pestañas durante años para colgar un título en la pared.

Pero la hipótesis de las redenciones, ya sea de unas a otros o de otros a unas, sería demasiado simplista como para generar ese alboroto hormonal. Me inclino a creer que el cuento de la salvación del preso no es más que la máscara donde esconden su hambre de macho.

El Madrileño acaba de salir de la consulta; ya era hora. Vaya pose. Mira a todos lados sin dirigirse a ninguno. Siempre he dicho que el patio le viene grande; nunca sabe a dónde ir. Con ese paso vacilante es como si su estructura ósea se fuese a desmoronar. Desde luego que lo de “bien dotado

para la lucha” no va por él. Paula necesita otra cosa. Un binomio perfecto de cuerpo y cabeza. Alguien que le encienda la entrepierna y sepa convertir el musgo en ceniza.

Por fin Valdés le sale al paso. Ya puedo retirarme de la escena. Todo está donde tiene que estar.

La tela de araña ha empezado a urdirse con los primeros hilos.

De violines y ratas

Ayala tiene razón; Alberto guarda por adentro muchas cosas que le hacen mal.

Con la intención de platicar con él un rato, me pongo en su camino en la mañana al salir de la consulta, a ver si con un poco de suerte empieza a hablar de los pensamientos negros que le llenan la cabeza y, de esa manera, como dice Ayala, consigo que arroje afuera lo que no le deja vivir, para que el pobre *lolo* pueda aguantar con más ánimo el tiempo que le queda entre estos cerros que te consumen la vida.

Y con ese pensamiento en la cabeza voy y me llevo al muchacho a un rincón del patio, a esa hora libre de *patiperros* que sólo van a sacar la cresta a quien se cruce por el medio, y empiezo a probar suerte con la plática.

Lo primero que le digo es que estuvo muy callado cuando el jueves contaba yo mi vida, y él me contesta que, aunque me parezca mentira, no se perdió una palabra de lo que dije, y además, que me comprendía muy bien, que algunas cosas que dije no le resultaban tan ajenas por haberlas vivido él de otra manera; algo así fue lo que me dijo.

Entiendo yo que es éste un buen comienzo, y aprovecho entonces la ocasión para guiar la charla hacia donde me interesa con una pregunta: que en qué podía parecerse la vida de un viejo solitario, que está preso fuera de su tierra, a la de un joven como él que, cuando menos, tiene familia que lo visita una vez al mes, y muchos calendarios por delante para enmendar los errores. Los de la vida y los de nosotros mismos, que sin querer caemos en las *piores* trampas.

Entonces va y me mira como si no me viera y me dice que en una cosa somos iguales, y es en lo de estar solos, que los que vienen a verlo cada mes llegan muchos años tarde. Yo me quedo pegado un rato a la contestación del *lolo*, y no entiendo bien qué quiere decir con tales palabras.

Luego empieza a contarme y ya lo voy entendiendo mejor.

Se crió en un barrio de ricos que, por las explicaciones que me da, no se parecía en nada a La Legua.

En ese barrio, el más lujoso de la capital de España, me cuenta que las casas tenían jardines casi tan grandes como el Parque Forestal de Santiago, y una piscina dentro *rodiada* de yerba fresca para tumbarse al sol.

Las manos de los muchachos no despellejaban ratas ni daban *guascazos*,

pero tenían que *pelearse* desde bien tiernas con las cuerdas de un jodido instrumento, a veces más grande que ellos mismos, que les quitaba las horas de jugar y la alegría. Y que cada día, después de leer y escribir, y de hacer las tareas que les mandaban los maestros en la escuela, las endiabladas cuerdas se convertían en *mansa* tortura; eso sí, con buenas palabras y mano de hierro. En el colegio las de la profesora, y en la casa las de su padre, tan duras con las exigencias que le arrancaron su infancia también.

Así que con lo que va diciendo ya voy cogiendo onda, y empiezo a entender eso de que nos parecíamos en algo. A los dos nos habían obligado a que fuéramos lo que no queríamos ser: él músico, yo valiente. Y a los dos nos habían *cagao* los primeros años de nuestra vida.

Aquí le digo, por decir algo, que un punto de razón sí tiene, pero que no es lo mismo andar entre basura que verse *rodiado* de lujo y con la tripa llena, que siempre se ha dicho eso de que *los duelos con pan son menos*, y él me responde que la plata, como digo yo, no le traía a su madre de la consulta, donde ella se pasaba el día sacando o poniendo muelas a la gente de dinero, hasta que en la noche la oscuridad hacía grande el silencio, en una casa tan grande que el miedo siempre encontraba sitio donde esconderse y salía de donde menos lo esperabas, sin que los cariños de su madre pudieran espantarlo.

Es en este instante cuando se queda callado, y yo lo miro a los ojos y se le ven húmedos. Como los de mi madre cuando las penas se le querían salir por las lágrimas. Y pienso entonces que, con esa mirada, el muchacho no puede esconder en la conciencia asuntos tan feos como los que se cuentan por acá. Pero no digo nada. Mejor que siga hablando él, que es quien tiene que hablar.

Luego me dice también que cuando tenía pesadillas, por el miedo o por la calentura, sólo la voz de Dolores acudía a calmarlo. Desde bien chico, a poco de nacer su hermana, que fue cuando su madre empezó a trabajar duro y sin descanso, aprendió la lección de que su padre y su madre tenían que levantarse antes de que saliera el sol por el horizonte, y no era *custión* de enojarlos.

Aquí le pregunto yo por Dolores, y él me dice que ella fue su padre y su madre. La mujer que se ocupaba de todo cuando ellos estaban afuera de la casa. A la que pagaban por cuidar a la niñita desde que nació; por limpiar, hacer la comida, planchar las camisas de su padre y las batas blancas de su madre; por acompañarlos al autobús a su hermana y a él, por esperarlos al

volver del colegio; por darles la medicina cuando estaban enfermos...

Hasta tenía la pobre mujer, por mandato del padre, un cuaderno donde iba apuntando el tiempo que cada día empleaban él y su hermana en las tareas del colegio y en el *jodido* instrumento.

Pero las lágrimas que se le escapaban de los ojos algunas veces, y que mojaban el suelo mientras tocaba, conseguían más que las palabras, y entonces Dolores se ponía tierna, le daba un beso y faltaba a sus obligaciones rellenando al tuntún aquel maldito cuaderno.

Me cuenta luego que los besos de Dolores también sonaban, igual que los de mi madre, y yo veo que le cambia la cara al *lolo* cuando me habla de Dolores, por eso entiendo que las manos de la mujer debieron de ser las únicas que le hacían cariño como a él le gustaba.

Se queda callado y yo hago lo mismo. Y cuando empieza de nuevo a hablar, la voz le tiembla cuando me confiesa que lo que recuerda de Dolores con más cariño es que nunca se miraba al reloj porque no tenía. Dolores no tenía ni reloj ni prisa. Nunca, que él recordara.

Aquí tengo la curiosidad de saber cómo eran en realidad su padre y su madre, y le hubiera preguntado más cosas, pero no quiero parecer imprudente, de modo que *achanto la muy*, como se dice acá, y me callo.

Entonces Alberto, como si mi cabeza fuera de cristal y me hubiera visto los pensamientos, me dice que no es que sus padres no los quisieran a su hermana y a él, que está seguro de que sí, pero que lo hacían a su manera. Trabajando y ganando dinero. Siempre les decían que trabajaban tanto por ellos, para que no les faltara de nada, pero no se daban cuenta de que les faltaba lo principal: su presencia en la casa cuando la inquietud o la curiosidad, tan propias de los chiquillos, necesitaba de oídos atentos y de palabras seguras que borrarán las dudas o el miedo a la vida; ese miedo que acecha lo mismo en las casas de lujo de Madrid que en las chabolas de Santiago.

Viéndolo tan triste, y oyendo las cosas que dice, siento que su pena se me contagia como si fuera un catarro, y las lágrimas me pinchan en los ojos, pero no quiero que salgan. Y menos en el patio, donde el gallinero empieza a *revolotiar* alrededor de nosotros, y luego ya se sabe, los *gallos* cantan las canciones de siempre. Aunque a mis años, que me llamen maricón, la verdad es que me viene dando un poco lo mismo.

Esta vez el silencio dura más rato y pesa en el pecho como plomo.

Mi madre murió pronto, le digo. Me faltaban dos meses para los quince, así que yo tampoco pude acudir a ella cuando los pensamientos malos entraban en la noche por mi cabeza y se metían debajo de la almohada.

Como veo que otra vez me pinchan los ojos y no quiero dar el espectáculo, le digo bueno, ya está bien por hoy, otro día hablamos y te cuento, que hay muchas cosas que no pueden decirse en la terapia y hay que dejarlas para estas ocasiones.

Y él dice que sí con la cabeza.

Le doy una *palmetada* en el hombro con la intención de procurarle el ánimo que no tengo, y le pregunto que cómo va de salud, y él me dice que hoy la doctora le ha dado una buena noticia: los análisis están mejor que nunca y en dos semanas dejará la metadona.

Yo le digo riendo que eso es macanudo.

Me mira de frente y me doy cuenta de que es la primera vez que no veo sombras en los ojos del muchacho, y yo me alegro de que la charla le haya hecho bien.

Tiene razón la doctora en eso de que hay que sacar afuera los demonios. Desde hoy será más fácil pillarlo bien dispuesto. Habrá más días para seguir sacando más demonios; el chico parece que me tiene confianza.

En cuanto encuentre el momento, le doy cuentas a Ayala de la conversación.

Aquí y Ahora

Otra vez jueves. Otra vez Paula. Hoy ha cambiado de indumentaria. No me gusta su camisa negra y blanca, tres tallas mayor de lo que yo quisiera; ni tampoco ese pantalón negro más ancho que de costumbre donde oculta esas curvas que me vuelven loco.

Parece más joven, eso sí. A alguien se le ha escapado la palabra *chavala* al verla aparecer. No sé si con intención o sin ella, pero el tono ha sido suficiente para que todos oigamos el comentario. Carcajada general. Empieza bien la sesión. Paula también se ríe. Se ve que quiere agradecer al espontáneo el piropo. A mí se me estrangula la risa al ver que se detiene delante del *Madrileño*. No puedo soportar que le ofrezca el brillo de sus dientes entre esa sonrisa de *anuncio de signal*.

Otra vez *el Madrileño* y otra vez Paula. Pero ya queda poco para que su idolatrado alfeñique se desplome como una estatua de arena.

Ahí está *el Chileno* sentado a la izquierda del *niñato*. Y no le quita los ojos de encima. Eso me gusta; los peones empiezan a moverse por el tablero.

Está claro que hoy Paula ha querido esconderse. Le gusta rodearse de misterio. Quizá quiera jugar con nosotros y por eso oculta sus encantos entre pliegues de tela para hacerse más apetecible. Da igual lo que se ponga. Catorce ojos la van a desnudar como cada jueves antes de que llegue a la mesa.

Sigue sonriendo con picardía. Tal vez piensa que nos ha ganado la partida, pero no es así. Imaginar también tiene su encanto. Qué importa si lleva camufladas las tetas y el culo. Quizá no sabe que al macho de verdad le gusta la resistencia en la hembra; esculpir con la imaginación, por más pliegues que escondan el objeto de deseo; fantasear en la celda, cuando todo está oscuro y aprietan las ganas...

Genuina, ella. Cómo disfruta hablando despacio antes de llegar a la mesa. Mis obsesiones y el cuchicheo subido de tono de los colegas sucumben a su voz.

—... A ver, a ver... Silencio, chicos. Hoy voy a proponeros una actividad alternativa. Si os parece, aparcamos las intervenciones individuales, cambiamos el chip y empezamos por una pregunta. A ver qué tal ésta: ¿Cómo me siento *Aquí y Ahora*? Y vosotros me vais respondiendo, ¿de acuerdo? Pero, cuidado: no vale decir “bien”, no vale decir “mal”, ni tampoco,

regular”. Estas palabras son simples comodines que no expresan nada. Quiero que utilizéis otras diferentes; más precisas. Las que mejor definan lo que sentís por dentro. Quiero que aprendáis a reconocer vuestras emociones. En vosotros y en los demás. Vamos a ello. Nos pronunciamos a mano alzada. Los que estéis de acuerdo levantad la mano, ¿vale?

Una introducción vehemente e informal, Paula. Y si además la acompañas con esas manos que vuelan cuando hablas, quién podría negarte nada, encanto. A todos nos están creciendo brazos en el aire como a niños buenos. Ay Paula, Paula... Los perros hambrientos que huelen la comida, aunque esté encerrada con llave en la despensa, no se mueven del sitio, mujer. Esperan pacientes a que se abra la puerta. Una pena que no puedan abalanzarse sobre la cerradura. Algún día te lo explicaré de forma práctica.

No sabes leerme el pensamiento; por eso sigues hablando.

—(...) sí, de acuerdo, chicos. El ejercicio pretende, ya os lo he dicho, que toméis conciencia de vuestras emociones presentes.

Yo diría que te ha crecido la voz. Es por la contundente mayoría absoluta ¿verdad? Qué bien estás así. La cartera negra en el centro de la mesa y tú delante; de pie frente al grupo para que podamos *mirarte mejor*, como lobos a su caperucita.

—A ver, Lucas, tú vas a ser el primero. Dime cómo te sientes.

Lo sabes bien; si no le das protagonismo la neura se apodera de la cabeza de Lucas. Pero ahora se aturde porque lo has pillado desprevenido. Mira cómo vacila; cómo nos mira pidiendo socorro.

Parece que al fin se ha decidido y va a obsequiarnos con sus balbuceos.

—¿Yo? Pues... cómo me voy a sentir... *Pa* mí que... que esto que hacemos... que es bueno *pa* nosotros, claro que sí, ¿o no?

No es él si no interpela al grupo, con ese aire retador que siempre lo acompaña.

—...bien, eso es lo que piensas, Lucas, pero a nosotros lo que nos interesa es *cómo te sientes*.

Así me gusta. Qué persuasiva eres, Paula. *Demóstenes* se lo está pensando. Se ha puesto en pie y nos encañona con el dedo índice. Ya es tuyo. A ver por dónde sale ahora.

—No, no... A nadie de aquí... a ninguno de estos le importa un carajo lo que... eso es, una mierda le importa a nadie lo que a mí me pase... o lo que me deje de pasar. No *s’engañ’usté*.

Lo tengo comprobado. Nadie controla a Lucas mejor que Adolfo, y nada mejor que una mirada de filo de navaja para acabar con su resistencia.

—*Cagao* de miedo. Eso es lo que estoy. Sí. Aunque no lo diga nunca, tengo mucho miedo a la *jodía* enfermedad... La que *m' acarreao* la puta droga. Unas veces pienso que... eso es, pienso que... como me voy a morir de *toas* maneras, da igual lo que haga... o lo que no. Y me *cabreo* con cualquiera... ya lo sabéis. Pero *to* es por *qu'estoy ciscao* de miedo; ya lo he dicho.

Me ha parecido oír la palabra *cobarde*. Pero ahí estás tú, Paula, siempre al quite negando con la cabeza.

—No... No... Expresar un sentimiento de miedo no es de cobardes. Has sido valiente, Lucas. Mucho. Y lo has explicado muy bien. Todos te hemos entendido. Pero yo quisiera quedarme con una frase tuya que me ha parecido interesante. Has dicho: *unas veces pienso que...* Creo, Lucas, que no has pronunciado esas palabras por casualidad. Si dices que unas veces piensas que da igual lo que hagas, eso significa que no siempre piensas así, ¿no es verdad?

—A ver, a ver... no me líe *usté* ... que por mucho que he abierto las *mislas m' he quedao a dos velas*. Es por mi cabeza, sabe...

Vaya cara que pone Lucas. Los comentarios jocosos y las carcajadas no van con él.

—¡Que no *m' enterao*, cojones! He dicho ya mil veces que... eso... que tengo lagunas... que en la mollera no me entra tanta palabra. A ver qué va a pasar, joder... ¿Hay mucho ministro por aquí suelto o qué?

Muy bien, Paula. Acércate a Lucas con cara de ángel bueno, a ver si consigues evitar la tormenta.

—Ha sido mi culpa, Lucas. Yo he complicado lo fácil. La pregunta es muy sencilla: ¿siempre te sientes así?

—¡Ah...! Bueno... es eso... Ahora la he *comprendío*... Pues no; siempre no... Tengo colegas fuera ¿sabe?... De los de *verdá*... Y una hermana que me viene a ver por *nochebuena* y me trae cosas. Quiero... eso es, lo que quiero es curarme y salir, joder... Una tía y un *curro*... *qu' aquí* estoy perdiendo la vida.

Magnífico. Casi me dan ganas de aplaudir. Pero para eso estás tú, preciosa. Te lo ha dejado *a huevo*. Vamos. Deja de mirarlo con cara de lástima. Es el momento de que redondees la faena con un pase de pecho.

—...claro. Ahí quería llegar, Lucas. Aunque a veces tengas miedo, lo más importante es que tienes esperanza. Y la esperanza ayuda a resistir. La

medicina avanza deprisa, y en tu enfermedad se están dando pasos de gigante; lo habrás visto en la televisión los últimos días. Hay que pensar en positivo. Creer en el futuro. Vendrán tiempos mejores, ya lo verás. Muchas gracias por tu sinceridad. Puedes sentarte.

Previsible. Pero el show no ha terminado, ¿verdad? Por la forma de mirarnos, buscas un nuevo peón para tu juego.

—Haremos la ronda de intervenciones siguiendo el orden en el que estáis sentados. Es tu turno, Elías, ¿cuál es la palabra que mejor explica lo que sientes?

Un disparo a bocajarro para *el Gitano*. Dale tiempo. Sabes que tarda en arrancar; lo mismo que los coches viejos.

—*De'quisiao*.

Silencio, silencio... Tú siempre tan disciplinada. Deja que se ríen, mujer.

—¿Por qué?

—Me *quean* tres años en el *maco* y no veo *er* día de salir *d'aquí pa* ver a mi niña. Pero *e'to* de la terapia *m'ayua muchio*.

—Así me gusta, Elías. Pensamientos positivos... Ya sabes que eso te va a ayudar a...

No pares de hablar, Paula. Te tengo a menos de dos metros. Dime qué hago contigo. Me tienes colgado de tus tetas. Me pone cachondo ese recogido a medio deshacer (mataría por deshacerlo del todo). Quiero ver lo que hay detrás de tu ropa, olerte, comerte entera...

—Te toca, Ismael. ¿Qué palabra has elegido?

No me hagas esto, Paula. Te tenía desnuda y me has cambiado por *el Nene*, como todos lo llaman aquí. Un cuerpazo de más de 1,85 con muchas horas de gimnasio pero sin cabeza. Fíjate en sus ojos. Parece que no mira a fuerza de no ver. Te va a costar sacarle una palabra, te lo advierto. Más que a él levantar su humanidad de la silla. Tanto barbitúrico ralentiza su cerebro.

—Muerto.

Y algunos se animan a la burla.

—No me jodas. ¿A tu edad?

—¿Y con ese cuerpo?

—Míralo, Bastián, ¿a que no *tie* derecho a quejarse, el muy mamón?

Qué fácil es reírse de Ismael. *El Chileno*, por alusiones. Los demás, por diversión. Tú no te ríes, Paula. Tú tienes la cara contraída; como si Ismael te hubiera abofeteado con su respuesta. Quizá te haya impactado más el tono y el gesto que la palabra misma. A que no me equivoco. Míralos. Todos se han

tragado la risa al reparar en tu cara. Este jugador te lo ha puesto difícil. A ver qué ficha mueves ahora, bonita.

—Me impresiona tu respuesta, Ismael, y, si me lo permites, me gustaría hacerte una segunda pregunta. ¿Este sentimiento negativo sobre ti mismo lo experimentas de forma puntual o es habitual en ti?

Vuelves a liarle, Paula. Con quién crees que estás hablando, guapa. Te faltan todavía muchas horas de cátedra carcelaria. ¿No estás viendo cómo te mira?

—Disculpa, Ismael. Lo que quería saber es si te sientes así muchas veces, o sólo cuando tienes un mal día.

Por mucho que le busques la respuesta en los ojos, no la vas a encontrar. Pero tú busca sin miedo. Viniendo de ése no creas que me importa; yo sé distinguir las miradas.

—Son muchos días malos... Y muchas noches.

—Creo que necesitas hablar. Si no tienes inconveniente, uno de estos días nos cuentas. ¿Te parece, Ismael?

Me fascina ese gesto de asentimiento. Claro que sí, hombre. Ya has cumplido. Vuelve a acoplar tu envergadura a la silla.

Paula, te lo he dicho antes. Te tengo demasiado cerca y no respondo de mí. Puedo olerte, ver cómo tus pezones se marcan cuando respiras, muy a pesar de la camisa blanca y negra. Pero tú vas a lo tuyo. Has llegado a tu meta. *El Madrileño*, Paula. Vamos, dispáralo ya.

—Es tu turno, Alberto. Me gustaría que me dijeras cuál es la palabra que mejor te define por dentro; la más ajustada a tu estado anímico actual.

Así, así. Pregunta indirecta para mostrar que a los sentimientos del *Madrileño* hay que acceder con guante blanco. Y bien elegida. Con los de su clase (no hay más que verlo para darse cuenta de que pasó por algún colegio de pago) puedes ser más sofisticada y lo sabes. Él entiende tu lenguaje. Lo que no es seguro es que obtengas la respuesta que deseas.

No esperabas un silencio tan largo ¿eh? Cuidado. Te estás acercando peligrosamente al *Madrileño*. Veo cómo se enciende tu cara. Y no controlas las manos. Te gustaría acariciarlo ¿verdad? No insistas. ¿No te das cuenta de que no quiere hablar? Pero tú sigues hurgando en los ojos del efebo con tus pupilas brillantes de gata. Te han bastado unos segundos. Suficientes para que estalle el rubor en su cara.

—Avergonzado... avergonzado siempre.

El mequetrefe con voz de fuelle te ha dicho que siente vergüenza. Y al

añadir *siempre* te ha desmontado tu segunda pregunta.

—No voy a indagar en los porqués, Alberto. Espero que seas tú quien hable de ello. Sin prisas, ya sabes... Un jueves cualquiera, al principio de la sesión, nos dices que quieres hablar y nosotros te escuchamos.

Y él te responde con un ligero movimiento de cabeza, y tus dedos, Paula, deshacen el nudo que los amarra para rozar su brazo derecho. ¿No te das cuenta de que Sebastián está haciendo lo mismo que tú? Míralo, se le escapa por detrás de tu adonis una mano impaciente, salpicada de vejez y ansiosa de piel fresca, que le acaricia la espalda.

Vamos, ya queda poco... No puedes negar que has perdido fuste. Repites como un zombi las mismas preguntas y ellos te responden obedientes, mientras yo espero la mía tragándome la rabia.

Y es que a estas alturas de la sesión, no tengo más interés que sentir en mi cara el olor de tu cuerpo. Aunque, no creas; tampoco tú has mostrado mayor interés por un *Chileno* que se confiesa *botao* de la suerte; ni por un Adolfo que se muestra *orgulloso* de haber hecho *lo que tenía que hacer*.

Ahora, Paula, cuando por fin llegue mi turno, te miraré a los ojos y te diré que me siento encantado (prolongaré la pausa hasta el abismo)... Que me encanta todo lo que haces.

Y tú aguantarás la mirada y me darás las gracias.

Luego te acercarás a la mesa, recogerás tu cartera negra y te dirigirás a la puerta, mientras catorce ojos se prenderán como peces al anzuelo de tus caderas.

La casa de cartón y hojalata

Sebastián Valdés creció La Legua, pero no se endureció. Ciertamente es que Gabriel *el Carabinero* puso en práctica desde muy temprano su férrea pedagogía, obligando a su hijo a patear el barro cada día aunque no lloviera, pero esta circunstancia no propició el desarrollo de los puños del muchacho en relación directamente proporcional a su edad, ni mucho menos a las horas de aprendizaje callejero que, en contra de los deseos de su madre, le venían impuestas por su progenitor.

Podría decirse que su infancia en la calle fue una guerra de batallas perdidas. Diamela no tenía manos para reparar los jirones de la ropa, curarle las heridas, o buscar los zapatos de su hijo entre los montones de basura, lugar donde, tras pacientes interrogatorios, la conducían las pistas encontradas, que luego, en su casa y en ausencia de su marido, habría de pagar al delator con una buena porción de pan y chocolate.

Cuando llegaba la hora de recogimiento, Diamela se convertía para Bastián en el descanso del guerrero. Hasta que su padre volvía a la casa, el niño relataba a su madre las peripecias de la jornada, y no se cansaba de preguntarle el tiempo que faltaba para que los dos pudieran salir de aquel agujero. Pero después de tanto tiempo, Diamela había aprendido que aquellas callejas en forma de esquena de pez se habían convertido para ella y para su hijo en una prisión.

Una tarde de finales de marzo, cuando le faltaban tres meses para cumplir los once años, Bastián regresó más tarde de lo que era costumbre, con la cabeza baja y las ropas sucias y desaliñadas. Su madre quiso saber; él dijo que tenía sueño sin levantar los ojos del cemento gris que cubría el piso. Su madre siguió preguntando y le buscó la mirada; él siguió guardando los ojos y la respuesta entre las grietas del suelo.

Diamela le puso la cena en la mesa. Aquella noche *el Carabinero* no acudiría a la casa; las revueltas estudiantiles habían alcanzado gran virulencia y debía vigilar la Biblioteca Nacional y la sede de la Fech, que se habían convertido en un hervidero de estudiantes a los que ya empezaban a unirse los obreros. La huelga general parecía inevitable.

Esta circunstancia supuso un alivio para madre e hijo. La ausencia de Gabriel evitaba la tortura que para ambos suponían sus miradas inquisidoras,

su pérdida de control ante la falta de progresos de Bastián en el doctorado callejero y, sobre todo, sus voces, que sacudían la vivienda como un terremoto, aceleraban el pulso del muchacho y empequeñecían su carácter, ya sensible y frágil de por sí.

Todo ello ahondaba el desencanto de Diamela, que ya había dejado de creer en días mejores.

Bastián miraba sin ver el plato de sopas *criatureras* que su madre le había puesto sobre la mesa. No era éste un manjar para comer frío, por lo que la mujer no cejaba en su insistencia.

El chico, con el mentón en el pecho y la cuchara en la mano, hizo unos cuantos viajes del plato a la boca y de la boca al plato, hasta que el estómago le devolvió lo ingerido en una arcada sonora que terminó de decorar el desastre de su indumentaria.

Diamela temió por la salud del chico, y le hizo mil preguntas con la intención de descubrir el origen de su mal. Tras comprobar que no tenía fiebre, preparó una palangana con agua para asearlo debidamente, sacó una camiseta y un calzón limpio, y lo acompañó al camastro que llenaba las dimensiones del pequeño cuarto.

Mientras le dejaba la muda en la cama, lo miró de frente y le dijo con firmeza:

—Yo sé que algo te pasa, y tú sabes, Bastián, que a una madre no se la engaña. Mañana me contarás.

Y con dos besos sonoros y un puñado de caricias en la cabeza, salió del cuarto lamentando, una vez más, que su hijo no pudiera desarrollar espinas para adaptarse a un medio en el que sólo los fuertes podían vivir sin el temor constante a ser devorados.

Sebastián se quedó solo, y las imágenes de lo acontecido aquel día lo zarandearon en la oscuridad entre el desconcierto y el sabor de la culpa.

Todo empezó cuando los dos se le acercaron. *El Chuncho* y *el Guanaco* le salieron por detrás mientras jugaba al trompo. El apodo del primero se debía a la redondez de unos ojos que, como el ave nocturna de quien tomaba nombre, gustaban de la noche. No en vano era el último que acudía a recogimiento, mucho después de que el sol se hundiera entre los montones de basura y devolviera a las sombras la sordidez de La Legua. El sobrenombre del segundo era igualmente un reconocimiento a sus cualidades físicas; si tocaba darse a la fuga nadie corría como él.

Siempre andaban juntos. Formaban un binomio indivisible y curioso, para el que no debían de resultar atractivos los juegos en los que ocupaban su tiempo el resto de los chavales de La Legua. Eso sí; gustaban de construir refugios de cartón y hojalata a los que sólo tenían acceso unos pocos; los elegidos entre las pandillas de los más chicos, que a cualquier hora pululaban sin control por las inmediaciones del barrio.

A Bastián, como a tantos otros, *el Chuncho* y *el Guanaco* le tenían prohibido bajo serias amenazas el acceso a la caseta, la última de sus construcciones, situada estratégicamente entre dos montículos que preservaban su intimidad. Por eso, cuando *el Guanaco* pronunció su nombre, volvió la cabeza y no pudo evitar un golpe de adrenalina. Si no se atrevía con sus iguales, mal podría hacerlo con quienes, como era el caso, le sacaban al menos un par de años.

Bastián no sabía que, hasta entonces, el ser hijo de quien era lo había alejado del punto de mira de la pareja, como tampoco sabía que los años habían envalentonado a los dos amigos; la autoridad, y todo lo que con ella pudiera relacionarse, se convertía ahora en un objetivo de lo más apetecible. Lo que hicieran con el vástago de Gabriel *el Carabinero*, sería lo mismo que si lo hicieran con él.

Bastó un gesto elocuente, acompañado del chasquear de los dedos, para que Bastián entendiera que esta vez el invitado era él. Sabía por experiencia que de nada serviría *apretar cachete*. Bueno era *el Guanaco*. Terminaría echándosele encima en dos zancadas. Recogió su trompo, metió la cuerda en el bolsillo, y escoltado por los dos muchachos se dejó conducir a la caseta entre miradas en las que se mezclaban la curiosidad y la envidia; no en vano, lo que acontecía entre las cuatro paredes de cartón y hojalata era privativo de sus constructores y de quienes tenían el privilegio de ser elegidos. Claro que estos últimos, nadie sabía bien por qué, envolvían el misterio en un silencio férreo jamás quebrantado.

Habían llegado. La puerta, oculta por una cortina remendada hecha de sacos de nitrato, cedió al primer empujón y, sin perder la escolta y el miedo, Sebastián Valdés se vio forzado a invadir la propiedad privada de sus acompañantes.

—Aquí no manda tu padre, *cabro*. Nosotros somos los amos y te toca obedecer —dijo *el Chuncho*.

—Y mucho ojo con irte de la lengua —añadió *el Guanaco*.

—Ni una palabra al *Carabinero* —siguió diciendo el primero agarrándolo

con las dos manos por el cuello de la camisa.

—Ni al *Carabinero* ni a nadie, o serás el primero en La Legua que sepa lo que les pasa a los traidores —concluyó el *Guanaco* en tono amenazante.

Bastián sentía en la sangre los golpes del miedo. No sabía lo que le esperaba, aunque intuía que no podía ser nada bueno. De todos modos, su instinto de supervivencia hizo que le pasara por la cabeza una idea tranquilizadora: todos los que habían entrado allí habían vuelto sin un rasguño. Tenía que ser valiente. Y acatar las normas de los que mandaban sin hacer preguntas; eso era lo que siempre le decía su padre.

Miró a los dos muchachos y aguardó.

A los pocos minutos, los prolegómenos le dejaron claro lo que se avecinaba; *el Chuncho* y *el Guanaco*, tras sentarlo en una silla desvencijada, se habían bajado los pantalones delante de él y comenzaban a exhibir sus atributos. En movimientos perfectamente sincronizados, doblaban las rodillas, levantaban la pelvis hacia delante y hacia detrás, y con la mano derecha, en rápido vaivén, le ofrecían el trofeo de una erección tan rápida como cumplida.

—Te gusta mi *pico*, ¿eh?

—Yo creo que prefiere éste —dijo *el Guanaco* rozándole las piernas—. Tranquilo, y no disimules, que eres *pata de chancho*; lo llevas en la cara. O si no ¿por qué crees que te hemos traído, huevón?

—Y no tengas miedo. Ya lo ves... No te vamos a dar un mangazo —le decía *el Chuncho* acercándose más a él.

—Sólo con *esto* y *suavito*. Si te dejas llevar por la calentura tendrás *manso* gusto.

Lo que vino después quedó grabado a fuego en la piel de Bastián. Ni el agua de la palangana, ni la ropa limpia que le había puesto su madre, ni la negrura del cuartucho, pudieron borrar aquellas sensaciones. Sentía en los muslos, en las manos y en el pensamiento, la huella de roces hasta entonces desconocidos, el miedo que dio paso a la turbación cuando sus ropas cayeron al suelo, la sorpresa ante un miembro que le crecía entre las piernas más allá de su voluntad.

La madre de Sebastián trajinaba con los cacharros en la cocina. Y esa noche, el muchacho supo que nunca volvería a contarle sus andanzas, como supo también (el tiempo terminaría confirmándolo) que volvería a visitar la

casa de cartones y hojalata.

Con las rodillas en la tierra

No sabría decir si fueron las ocurrencias de la psicóloga, en eso de ahondar en el sentir de cada uno, o la conversación que luego por la tarde tuve con Alberto, pero la verdad es que, en sueños y despierto, ando *machucado* por dentro y por fuera, y me vienen a la cabeza las cosas del pasado que más daño me hicieron.

Por más que le ponga empeño, no puedo apartar del recuerdo el día en que Gabriel Valdés, *el Carabintero* (me gusta más llamarlo así que con la palabra padre, que nunca lo fue para mí, aunque una vez quisiera comportarse como tal) se enteró de que su único hijo, Sebastián Valdés, Bastián para mi madre (ella sí que se ganó el nombre, aunque no pudiera llamarla muchos años) estaba siendo *culiao* desde hacía tiempo por dos *maracos* de La Legua; dos sinvergüenzas sin ocupación a los que siempre tuvo ganas de echar la garra, eso fue lo que dijo, y nunca hasta ese día encontró causa para que acabaran presos, tras los golpes que les propinó a voluntad, y que les dejaron jirones de piel desprendidos de la carne... A mí también.

A esas alturas, yo ya había oído decir muchas veces a los dos *cabros* con los que me veía a solas que me tiraban más los *picos* que las *chuchas*, y ya me había hecho a la idea de que, bien fuera por la naturaleza o por el gusto, así tenía que ser, y como el *asunteque* era placentero y no costaba plata, a más de que en ello nada tenía que ver la fuerza de los puños, llevaba ya tres años con el *Chuncho* y el *Guanaco*, y me iba allá donde ellos quisieran llevarme, que con un guiño de los ojos llegábamos a entendernos.

Para alguien como yo, poco diestro en *custiones* de defensa callejera, el hecho de contar con el aprecio y la compañía de quienes tenían el respeto de la calle era algo grande; lo primero de lo que podía sentirme orgulloso. Bueno... Orgulloso a medias, lo reconozco; de sobra sabía yo que de aquello no debía decir palabra, bien claro me lo dejaron los dos el primer día, y luego no se cansaban de repetirlo, que si alguien llegaba enterarse se nos echaría encima La Legua entera, y que me metiera en la cabeza que no iban a perdonarnos, que estaba *pior visto morder la almohada* que rajar a alguien con un machete. Yo me aprendí la lección y mantuve la boca cerrada.

Por la seguridad de mi pellejo y por la tranquilidad de mi madre, sabía que aquello debía quedarse entre *el Chuncho*, *el Guanaco* y yo, y que, así me

mataran, lo que hiciera o dejara de hacer con ellos, y ellos conmigo, no debía traspasar nunca la puerta de mi casa.

Pero hubo a quien no le gustó mi amistad con los dos *cabros*, y en cuanto me veía seguir su rastro, se ocupaba en *sapiar* a distancia, con buen cuidado de no ser visto, que esto lo llegué a saber cuando ya no había remedio.

Aquella tarde, la ventisca derribó el refugio que nos guardaba, y la urgencia hizo que *el Chunchu* y *el Guanaco* dieran por bueno el abrigo natural de unos montones de tierra. Así fue como nos descubrió *el Loro*, que con este apodo era conocido aquel huevón, y le faltó tiempo para correr la noticia por el barrio, que en los días venideros voló como el viento entre las callejas oscuras y entró en las casas. En todas. También en la mía.

Enterado mi padre, buscó al testigo de tan *mansa* vergüenza, y carabina en mano le ordenó que lo condujera hasta el lugar de los hechos; eso sería cuando el muchacho tuviera cierto que eran buenos el momento y la ocasión. Y así llegó hasta nosotros una tarde, cuando andábamos en el asunto.

Luego, los tiros al aire de la carabina y las voces del *Carabinero* nos dejaron quietos como estatuas a ellos y a mí, y así, en pelota como andábamos, entre insultos y gritos nos obligó a arrodillarnos en la tierra. *Maracos de mierda ¿qué habéis hecho con mi hijo?*, decía como loco. *El Guanaco* intentó *apretar cueva*, pero un disparo en los talones le obligó a volver sobre sus pasos. Nos hizo una pelota de carne en el suelo sin dejar de encañonarnos, y no se cansaba de darnos *cachutazos* con la carabina. *Tú no eres hijo mío, mariconazo. ¡Guacho cabrón! Mejor verte muerto*, seguía diciendo sin dejar de *golpiarme*.

Siempre me había asustado la voz de mi padre; desde que yo era bien chico y me mandaba a gritos a *patiar* el barro, aunque yo no pudiera ni imaginar entonces lo que aquellas palabras querían decir. No me importaban los golpes de la carabina, ni las patadas, ni los *guascazos* de la correa. Sólo quería que su boca se quedara muda de una vez.

Entre el dolor y la vergüenza sentí que el miedo me mojaba las piernas y caía al suelo hasta emparar la tierra, haciendo más grande la humillación y la ira de mi padre. *¡Te meas de miedo como un marica, hijo de puta!*

Quise decirle que no ensuciara el nombre de mi mamá para insultarme a mí, pero las palabras no me salían de la boca. Ni siquiera, casi el aliento. Si hubiera podido elegir mi destino, aquella misma tarde me hubiera muerto allí mismo, lo juro. Y quitar de ese modo la ocasión de ver la pena en los ojos de mi madre, pero todavía me quedaba lo *pior*: pasear la vergüenza por La

Legua entera. Y así iba yo, en pelota, lleno de verdugones, con la tierra pegada al orín, los ojos en el suelo y las manos delante, intentando que me taparan el sitio de la culpa. Y eso entre burlas, improperios y blasfemias. Con los *cabros* detrás, y las madres medio ocultas tras las puertas de las chabolas celebrando que el escándalo cayera en casa ajena.

Aguanté como pude, hasta que Gabriel *el Carabinero* entendió que debía terminar el público escarmiento, y a mí, el hijo maldito del que había renegado esa tarde, me echó a empujones en la puerta de la casa, donde mi madre me esperaba con los ojos llorosos y temblando de miedo. *Aquí tienes el fruto de lo que has sembrado, Diamela. Enciérralo hasta que yo venga, que esta noche tengo trabajo con estos dos “desgraciaos”,* dijo mi padre y se fue.

Muchos años han pasado, y yo sigo viendo la cara de mi madre, que no paraba de llorar. Y siento todavía el dolor de sus ojos cuando me miraba, y hasta el roce de sus dedos sobre las heridas, cuando intentaba curarlas despacio, con el mismo cuidado que cuando de pequeño me *hacían cariño*, antes de que el sueño viniera a por mí. *Que te han hecho, Bastián. Fue esa tarde, ¿verdad? Sabía que me ocultabas cosas. ¿Por qué no dijiste nada, hijo? Te lo dije y te lo digo ahora. A una madre no se la engaña.*

Fui un cobarde también esa noche, y no supe contestar a mi madre. No me atreví a decirle que yo no era como los otros, y que de eso no tenía la culpa ella, ni mi padre (quizá él sí), ni el *Chuncho* ni el *Guanaco*, que estarían encerrados esa noche pagando por una culpa que no era culpa.

Ojalá aquella noche tan larga yo hubiera tenido palabras para decírselo así, sin más rodeos, que ella me hubiera entendido de sobra.

No sé si fui un cobarde, o si era demasiado joven todavía para poder explicarle a mi madre las cosas que sentía en el cuerpo. El asunto es que me abracé a ella y empecé a llorar como cuando era chico y ella guapa y joven. Como cuando me cogía en los brazos y me decía que los dos íbamos a salir un día de aquel asqueroso agujero.

Mi padre volvió después de dos días y le dijo a mi madre que me llevara la comida a la habitación por un tiempo, que tenía que pensar antes de verme la cara. Y a mi madre y a mí nos daba miedo esa tregua llena de malos presagios. Tanto ella como yo, sabíamos que viniendo de mi padre nada

bueno podía esperarse.

Y así fueron viniendo las noches y las mañanas. En cuanto los pasos del *Carabinero* dejaban de escucharse en el callejón, mi madre me sacaba del cuarto y me decía que aquello no iba a durar siempre, y que vendrían días mejores. Yo, con el ánimo cada vez más bajo, esperaba su vuelta con tanto miedo como vergüenza, y con ella el castigo que tardaba en llegar. Me parecía a mí que cuanto más se hiciera esperar, más duro habría de ser.

Una noche (recuerdo que antes de dormirme diluviaba sobre el tejado de zinc) sentí un zarpazo que me arrancó de la cama. La luz era escasa y volvía yo del primer sueño, pero eso no fue impedimento para que viera la cara de mi padre roja de furia, y a mi madre detrás, en silencio como siempre y con el miedo pintado en unos ojos cada vez más tristes y más huecos. Entendí que había tomado el acuerdo de dejar la tregua y atacar de frente.

No estaba yo en condiciones de poner resistencia, así que brinqué en la cama como si sus manos me dieran corriente.

—Es hora de que escuches lo que tengo que decir —gruñó en un tono que no anunciaba nada bueno—; lo que les tengo que decir a los dos —aclaró por si quedaban dudas—, así que, las orejas bien abiertas, que no voy a repetirlo.

Yo me puse firme como el soldado delante de la autoridad que le manda, y mi madre se acercó más a mí, como si de ese modo la infeliz pudiera protegerme.

—Desde mañana, llueva o truene, haga calor o frío, escuches mofas o insultos, te cagues de miedo o te mueras de vergüenza, vas a vivir en la calle. Hasta que aprendas a comportarte como un hombre. Porque eso es lo que quiero que seas: *UN-HOM-BRE* —me decía acompañando sus gritos de fuertes empujones en el pecho que a punto estuvieron de dar con mi endeble humanidad en el suelo—. Y tú —le decía ahora a mi madre zarandeándola por los hombros—, nada de ponerte en medio con mariconadas, que mucha culpa tienes de la desgracia que ha caído en esta casa por meterlo entre tus faldas. ¿Lo habéis oído los dos?

Mi madre y yo hicimos un gesto con la cabeza y él se dio prisa en terminar lo que había empezado.

—Hasta que te llegue la hora de ganarte el pan con un trabajo, y sin contar las horas de las lecciones que te da el maestro, te lo vas a ganar en la calle. Tu trabajo (¡mírame cuando te hablo, huevón!) va a ser ése precisamente, limpiar con tu conducta y con tus puños la mancha que por tus

malos pasos has vertido sobre esta familia. Vendrás a la hora de la comida y a la de recogimiento no más. Pero, óyelo bien, si un día vuelves a los malos pasos, con mi propia carabina te juro por *la patria y el orden* que te vuelvo los sesos.

Pensé que, para alguien como yo, mi padre había elegido el *pior* de los castigos, y que si me hubieran preguntado, hubiera dicho mil veces que mi deseo era justo el contrario: no volver a pisar las calles de La Legua en lo que me quedara de vida. Pero no podía poner en duda la autoridad del *Carabinero*, de manera que esa misma mañana empecé a cumplir sentencia. ¡Y qué sentencia! Del peor *flaite* al *buena leche*, todos me recibieron con miradas más duras que las piedras, y a mi paso se hacía un silencio tan grande que cortaba como el más afilado de los cuchillos, y que a mí me causaba más daño que los *piores* insultos.

Yo entonces no me podía imaginar por qué callaban, hasta que un día me dijo *el Loro*, que era el único en toda La Legua que no sabía tener el pico cerrado, que eso era porque todos conocían lo que pasó aquella noche en el prefectura, y nadie quería tener un encontronazo con *el Carabinero* por el mismo asunto, y añadió que bien caro les había costado a las familias del *Chuncho* y *el Guanaco*, que a saber adónde habrían ido a parar después de lo que pasó.

El tiempo, que todo lo cura, fue haciendo llevadera la costumbre de un vacío tan grande, y como hasta el mal, que ya lo decía mi madre, tiene siempre una cara buena, me pareció un alivio que dejaran de mofarse de mi condición, al menos en mi presencia. Y si no era por respeto, pues igual me daba, que el resultado venía a ser el mismo.

A poco de aquello, los disgustos hicieron mella en la salud de mi madre, que por momentos perdía peso y se le iba la vida. Esta circunstancia hizo que mi padre me levantara el castigo de *callejear*, y me quedé con ella hasta su último suspiro. *Bastián*, me dijo un día mi madre, *prométeme que vas a ser juicioso, y que, llegada la hora, vas a buscarte una buena mujer que te quiera bien*. Yo por respuesta le cogí la mano y se la apreté fuerte. Ella esperaba, pero yo seguía sin decir palabra, así que insistió con la voz cada vez más débil. *No puedes vivir con tu padre, hijo, pero me voy más tranquila si me prometes que vas a cumplir mi última voluntad*.

Me miró con esos ojos vacíos en los que se ve la cara de la muerte cuando

llega, y, muy despacio, repitió cerca de mi cara: *Dame tu palabra*. Y yo le dije al oído, también muy despacio, “*vos tenís*” *mi palabra madre*, y entonces cerró los ojos y se fue tranquila.

Al día siguiente, cuando la tierra guardó el cuerpo de mi madre, sin ropas ni dinero anduve deprisa la legua que separaba el barrio de la Plaza de Armas.

Tenía tantas ganas de alejarme de allí, que ni una sola vez me paré para volver la cabeza.

El mejor filamento de la urdimbre

Aunque no sea jueves tengo un excelente motivo para sentirme eufórico. La relación entre *el Madrileño* y Valdés se estrecha por momentos. Y no son conjeturas fraguadas por mi deseo; se han encontrado en el patio después del desayuno. Lástima que en las cárceles no dispongamos de un servicio de habitaciones con derecho a champán para celebrarlo como es debido.

¡Qué silencio en el corredor! Pero esta noche, en contra de la costumbre, no me abrumba esta quietud. La calma ayuda a inspirarse. Para crear hay que recrear. El escritor vuelve sobre el folio escrito, el pintor sobre su boceto, el músico sobre los borrones de la partitura que le dará la gloria, y yo, sobre esa tela de araña sin errores ni fisuras que, como al pacienzudo arácnido, me permitirá degustar el mejor bocado.

Me asombra la capacidad del ser humano para la supervivencia. Si hace tiempo me hubieran dicho que podía vivir encerrado durante años entre la chusma carcelaria, con los bolsillos vacíos y las manos atadas para la distracción de capitales ajenos, no lo hubiera creído. Hoy tengo que admitir que además de posible es soportable, siempre que el individuo sometido a tan severa experiencia sea capaz de controlar y proyectar sus energías creadoras. Sólo en ese caso el resultado puede ser de lo más satisfactorio, y así es como valoro mi conversación de hoy con *el Chileno*.

Ay Valdés, Valdés... Has picado el anzuelo como un majadero y, ya ves, no me ha hecho falta vestirme de traje negro ni llevar maletín, como al mafioso aquel que te buscó la ruina. Pero esto no es lo mismo, ¿verdad? ¿O me vas a decir que no te pone cachondo revolotear alrededor del imbécil de Alberto?

A mí no me importa, ¿sabes? Creo que es lo mejor del plan. Si *el Madrileño* despierta tus partes bajas, y este hecho es observado por quienes comparten tu gusto por el *pescado fresco* (sabes que aquí abundan los de tu condición), es muy probable que alguno se acerque al banquete con la caña en la mano...

Me encanta esa mirada arrugada y tierna que le regalas al *Madrileño* antes y después del animado parlamento. El comedor, las duchas o el patio se han convertido en el marco donde tienen lugar tan tiernas escenas. Lo que tú no

sabes es que la obra completa está siendo sutilmente gobernada por un director, probado experto en las artes de Talía, que trabaja en la sombra sin que los actores conozcan su papel.

Lo estás haciendo muy bien, Valdés. Además, eres muy considerado. Primero compruebas que *el Madrileño* entra al comedor en el segundo turno, y luego te me acercas para darme el parte de las dos entrevistas.

¿Sabes? El principio de la historia me parece de lo más vulgar. Papá amasando billetes en el despacho y mamá poniendo dientes a precio de oro. Una infancia sobrada de caprichos materiales y falta de presencia familiar. *Cosecha propia de la fallida sociedad de consumo*, sería el diagnóstico del comecocos de turno. De la misma Paula, si me apuras. Puede que ella esté al corriente de los traumas del gilipollas y por eso lo trata como si fuera de cristal.

Tú, Valdés, también te derrites cuando empiezas a hablarme de la infancia de Alberto; no puedes evitar la sensiblería propia de tu *especie*. Si no te reconduzco, a la primera de cambio te me pierdes en detalles sobre no sé qué gaitas de juguetes y violines. Menos mal que te empujé a otro capítulo; las emociones prefiero que las guardes para ti y las cultives en la celda.

Lo mejor, la cara que pusiste cuando te pregunté si *el Madrileño* te habló del crimen, y lo peor, que tuve que aguantar tu jodida dialéctica hasta que logré sacarte los pormenores de la tragedia que terminó con el *pájaro* en la jaula.

¡Vaya con Alberto Aguirre! Tan reservado él y al primer intento por tu parte te cuenta que cambió el *cole* por un tugurio del centro de Madrid, y que se inició a los dieciséis en el hachís y la *maría*. Y sus padres sin enterarse. Luego, claro, para pagar a los acreedores había que pillar pasta como fuera y donde fuera. Al principio, con los bolsillos de la chaqueta de papá y el billetero abultado de la sacamuelas, no debió de resultarle difícil, ¿no te parece? Pero como bien dices, *los marihuaneros le pedían cada vez más plata, y Alberto tenía que cumplir*.

Vaya si cumplió.

Pero fíjate bien en un detalle: no se conformó con las primeras hierbas que cayeron en sus manos. De los *pitos de maría* pasó pronto a *jalar* por la nariz, y de ahí, a pincharse. El muy cabrón en poco tiempo se metió hasta el cuello. No me extraña que pasara lo que pasó.

Lo que no entiendo es que su padre, siendo como era, le dejara suelta la cuerda, y menos que tardara en percatarse de que Alberto se pasaba sus

consignas por el forro de los cojones. Pero lo que más me sorprende es que alguien como el mosquito muerta del *Madrileño* fuera capaz de distraer las cartas de los profesores, las que denunciaban sus ausencias, antes de que llegaran a manos de sus atareados progenitores. ¡Para que luego digan que el tramposo soy yo!

¿Sabes qué te digo, viejo? Hubiera dado un mes de libertad por ver la cara del *Madrileño* mientras *cantaba*. Así son las cosas; tú sufriste lo que yo hubiera gozado, pero para eso está la imaginación. Mientras vas hablando veo la facha del infeliz dando vueltas a la idea de buscar el dinero en casa ajena. Imagino su guerra particular, antes de coger la llave del chalé de la vieja, contra los principios morales de esa educación elitista de mierda; sus manos temblando de miedo al introducir la llave en la cerradura, la ascensión sigilosa al piso de arriba, el tintineo de las perlas del vejestorio enredadas en sus dedos, los ojos incrédulos de la mujer ante aquella mano de ángel que, al saberse descubierto, la empuja en su huida... El impacto del cuerpo contra la escalera, el charco de sangre saltando de la nuca a los escalones... Y las voces de Alberto cuando empieza a llamarla por su nombre y a tomarle el pulso. Hasta que el desgraciado se da cuenta de que la vieja está muerta y él es su asesino... Pobre ingenua. Quién le iba a decir a ella el precio que habría de pagar por confiar la llave a sus honorables vecinos los Aguirre.

Pero tú Valdés, tienes el corazón más grande que la cabeza, y no dejas de lloriquear mientras me cuentas los últimos detalles. Créeme, si no me lo dices tú, jamás hubiera creído a Alberto capaz de marcar el teléfono de papá para confesarle lo ocurrido. Lo que sí me cuadra es ese arranque de coherencia del señor Aguirre, tan presto para entregar a la policía al hijo del oprobio.

No, viejo, no... Espero que no vuelvas con la música de que fue una historia de mala suerte lo mismo que la tuya. No voy a tolerar que iguales en tu conciencia un viaje a Madrid para huir de la miseria con un atraco con resultado de muerte. Yo soy un embaucador, tú un pobre diablo y *el Madrileño* un asesino. No me extraña que por las noches venga la vieja a pedirle cuentas y a quitarle el sueño.

Y no me vale tampoco que culpes a los que lo metieron en el vicio. Cada uno es responsable de sus actos, y si la caga, la culpa es suya. Y las culpas más graves son las de ingenuidad y torpeza, así que no vuelvas a repetir que tu efebo, *si no es por aquellos "malandras", a estas horas sería un*

“hombresito” respetable, no estaría preso, y tendría un título y un buró. Porque yo podría decirte: claro, viejo, y luego se casaría con la sacamuelas de turno, y tendría dos querubines encerrados en un chalé con piscina de un barrio aún más chic que el que compartió con su adorable familia. Y esos angelitos, envueltos en sedas y juguetes, crecerían más solos que él, mientras que sus ejemplares papás engordaban sus cuentas corrientes. Pero me callo, ya ves. Soy precavido y no me salgo del guión.

Cuando llegas al final del relato, te digo que para resolver un problema hay que conocer todos los datos, y te aconsejo que sigas hablando con él, que tu compañía y tus palabras son bálsamo para la tortura a la que se está sometiendo a sí mismo. Y tus ojos me dicen que soy convincente.

Qué puedo comentar de tus últimas palabras. Me confirman el éxito de mi plan. *Mientras platicábamos —me dices—, la chusma, como usted la llama, no dejaba de “hueviar” alrededor con la canción de siempre, ¿te lo has “tirao” ya, vieja marica? Y aunque a mis años esas cosas ya no importan, me jode que quieran torcer mis intenciones con el “cabro”; Dios sabe que lo que hago es “pa” ayudarlo no más.*

Y yo te respondo: ni caso, viejo. Lo sabemos los dos, y con eso basta. Y lo sabe también Alberto. Se acabó por hoy la conversación, que está a punto de salir del comedor.

Te alejas renqueando. Como si el rato que llevamos de pie hubiera resentido tu gastada estructura.

Quién te iba decir que, gracias a mis sabios movimientos, ibas a tener semejante protagonismo en el patio, y quién me iba a decir a mí que de una forma tan simple un *julandrón* como tú iba a proporcionarme el mejor filamento de la urdimbre.

Es noche de celebraciones, pero no llegan con el champán.

Tengo que pensar cuál de los hilos moveré mañana para seguir tejiendo la red.

Sombras del recuerdo

Alberto me cuenta que la vieja viene a buscarlo por las noches para robarle el sueño. También a mi vienen a buscarme, no más cierro los ojos, los pensamientos negros que me achican el corazón.

Desde que hace unos meses vi por la tele cómo temblaba Chile, y las casas que se caían al suelo, y los coches *voltiados*, y la gente gritando entre el polvo, y más luego, cuando dieron por las noticias que los muertos se contaban por cientos, me pregunto cada noche dónde estaría mi *guachita* entonces, que así es como llamo a mi hijita desde que Amanda, la que fue mi mujer sin que yo llegara a ser de verdad su hombre nunca, me botó de la casa con razón, y la pobre *cabra* se quedó sin padre sin haber *cumplío* los cinco.

A lo primero, me las arreglaba para esperarla medio escondido a la salida del colegio, sin que la mamá me viera, y me acuerdo de que algunos días, aprovechando el retraso de Amanda, la llamaba por su nombre, *Camila*, *Camilita*, y se acercaba a mí y yo le daba un beso *urgío*, y ella me acariciaba la cara y me besaba también.

Mientras fue chiquita, yo creo que no le importaba que le hiciera cariño, pero en cuanto se hizo grande, alguien le enseñó la lección, y un día, después de besarla, se limpió la cara y me dijo que me fuera con el Benja, que era maricón como yo.

No tenía los catorce Camilita cuando me *golpió* con aquellas palabras tan feas que no le cabían en la boca, igual que a mí no me cabía en el alma el dolor que me causaron, que yo ya por aquel tiempo llevaba un buen puñado de años aguardando al Benja, sin saber qué habían hecho con él los malnacidos que se lo llevaron.

Todavía me acuerdo de que la tierra también tembló aquel día bajo mis pies, y yo no supe si tenía que callar o decirle a mi hija esas cosas que llevaba de siempre guardadas en el pozo de la conciencia, que quizás ella me hubiera *entendió*.

Cuando pude darme cuenta, la Camila salió arrancando, y el pelo, que lo llevaba atado con una cinta, le saltaba en el aire de un lado al otro diciéndome adiós. Así fue como perdí a mi *guachita*.

Por maricón, me decía la voz del *Carabinero* en la cabeza. *Corre detrás de ella*, “*mijito*”, que no se te vaya, me decía la voz de mi mamá en la

sangre. Pero yo me quedé sin aliento, con las manos en el pecho como si quisiera parar los golpes del corazón. Y Camila, mi única hija, *voltió* la esquina y se fue de mi vida no más.

Lástima que las personas nos hagamos tan difícil el tiempo que andamos por este mundo. Y no lo digo por Amanda, que bastante tuvo que aguantarme desde el momento en que puso los ojos en mí, y yo me dejé querer por cumplir lo que le prometí a mi madre aquella tarde en La Legua, cuando me apretó la mano y se fue tranquila. Y creo yo que una promesa se hace para cumplirla, y si es a una madre en su último suspiro, pues más todavía. Tampoco lo digo por Camilita, que también tuvo que sufrir lo suyo con la historia de un padre que no más le trajo vergüenza, y a Dios le pido que nunca llegue a saber adónde me llevó la miseria. La verdad es que mi único consuelo es haber *tenío* el valor de apartarme de su camino por no hacerle la vida más difícil; Diosito sabe bien que no fue otra la causa.

Pasó mucho tiempo desde el día en que tuve que dejar a mi mamá debajo de la tierra hasta que me encontré con Amanda, y la enredé en mi compromiso como el zapato al cordón sin que ella supiera nunca por qué.

Como andaba yo sin casa, los primeros días me fui con mi abuela a la comuna de Barrancas, donde la mujer tenía una chabola con grietas por las que se veía la noche, y allí me hubiera quedado para compartir con ella la pena por la muerte de mi mamá, pero tuve que salir arrancando cuando *el Carabinero* descubrió mi escondite, de manera que desde los quince años no paré de dar vueltas por las calles de Santiago en busca de techo y comida.

La verdad es que no sé si fue por mi cara de huevón, por suerte o por lástima, pero en aquellos años nunca pasé dos días *seguíos* sin llevarme algo a la boca. El techo era otra cosa, que noche sí, noche también, tenía por manta las estrellas y si arreciaba la lluvia o el frío, buscaba abrigo en los portales. O entre la ropa o lo cartones que pillaba en la basura. Y si no, me las arreglaba para colarme en algún taller por debajo de la puerta o trepando hasta los ventanucos si había, y allí, después de dormir unas horas, agachado detrás de los materiales, esperaba a que saliera el sol, y cuando abrían el negocio echaba a correr hasta que les *daba boleta*, y entonces me paraba a respirar tranquilo. Creo que aprendí a correr como una liebre huyendo de las carabinas, que no quería yo toparme con ninguna, y menos con la de Gabriel Valdés.

Me cuesta creer cómo pudo alguien como yo, el *agilao* que en La Legua se llevaba más *cachuchazos* que nadie, atreverse al fin a *patiar* el barro, como decía *el Carabinero*, sin importarme la lluvia ni la sequía. No hay quien me quite de la cabeza que era mi padre quien me tenía *asopao* entonces, y que en cuanto puse una legua por medio entre él y yo, empecé a ser persona.

Todavía guardo en memoria el día en que conocí a Amanda. Fue en la comuna de Conchalí, al norte de Santiago, donde su padre tuvo el mal acuerdo de montar un taller de carpintero, y yo, que entonces andaba por el barrio buscándome la vida, el antojo de fijarme en el negocio del buen hombre como dormitorio, aunque sienta aún las maderas en las costillas de tan duras como estaban.

Me acuerdo de que esa mañana, maestro y aprendiz se pusieron garlopa en mano a cepillar tablas delante de la puerta, sin dejarla un momento libre, así que yo me quedé en el escondite detrás de la pila de tablas, y las tripas me hacían tanto ruido que tenía que apretarme el estómago con las dos manos para que no me delatara cuando el muchacho iba y venía con el material, que ni el aire podía tomarlo ni echarlo a gusto, ni por arriba ni por abajo.

Entonces llegó ella. Amanda. Llevaba una bolsa llena de viandas para el almuerzo y yo pude contemplarla sin que ella llegara a percatarse. Al viejo le dijo papá, y el joven a ella le dijo Amandita sin dejar de mirarla, mientras Amandita soltaba la comida en unos tablones que hacían de mesa y se acercaba a mi escondite, como si su olfato la hubiera avisado de mi presencia (a mi sí que el mío me avisaba de la cercanía de los manjares). Y así no más, igual que si me estuviera buscando desde hacía mucho, se metió tras el hueco que las tablas formaban con la pared y se encontró conmigo, el hombre que su mala suerte le tenía preparado como un regalo falso envuelto en virutas.

Ya yo no sé si fue la mirada de unos ojos que tenían miedo, o la cara de inocente que le puse, o quizás el buen fondo de la chiquilla que entonces era Amanda, pero lo cierto es que no hizo lo que se esperaba que hiciera: ponerse a gritar como una loca denunciando ante su padre mi presencia. Y mientras que los otros dos se afanaban en alisar aquella tabla, antes de dar cuenta del almuerzo, ella se dio buena prisa en acercarme un *sánguche*, todo relleno de viandas ricas que mi estómago no recordaba ya. Y luego, cuando los dos hombres quedaron satisfechos y volvieron al tajo, me pasó el vino que quedó en la botella y que yo apuré cerrando los ojos para *paladiar* con gusto el manjar.

Nos entendimos con la mirada y con el gesto, y así supe que en la tarde vendría con la llave para abrirme, de modo que aguanté las horas y el cuerpo, que en el rincón donde me hallaba preso sólo podía soltar líquidos, hasta que, no más hubieron cerrado el taller, allá fue Amandita con la llave y se dio buena prisa en sacarme de mi encierro.

Aunque yo no supiera apreciarlo (bueno apreciarlo sí, pero no disfrutarlo con la vista ni con el deseo), Amanda era un regalo para cualquiera menos para mí. Bella y buena onda, así tuve que reconocerlo cuando esa misma tarde me conducía a la casa del *padresito*, por ver si éste podía echarme una mano y así abandonar la calle y hacerme un hombre de provecho.

La escuchaba hablar y no me parecía a mí que palabras con tanto juicio salieran de una *cabesita* tan joven, así que antes de dejarme guiar a la parroquia, le hice parar en seco, y al abrigo de una esquina le conté sin parar mi vida, como si mi mamá me la *estuviera haciendo cortita* al dictado.

Así fue como en un rato Amanda supo que me crié en La Legua, que me quedé sin madre a los quince, y que me eché a la calle huyendo de mi padre, Gabriel Valdés *el Carabinero*, y de los correazos de la huasca con la que se ajustaba el uniforme.

Pero hubo algo que se quedó dentro: esa condición de mi naturaleza que desató los enojos de mi padre, que adelantó la muerte de mi madre (eso es lo que creo yo ahora), y que a mí me arrancó una promesa en su lecho de muerte muy difícil de cumplir.

Pero Amanda no podía leer mi secreto y así fue como sólo llegó a ver en mí a un muchacho con sentimientos y sin familia, a quien la vida le había *golpiado* sin piedad. Eso fue lo que le cantó al *padresito* cuando al rato entramos en la iglesia y el hombre al verme me dijo: *tú con esta facha no entras acá, que me asustas a los cristianos*.

De modo que al día siguiente disfruté de ropa limpia y comida, y en una semana empecé a ocuparme de algunos trabajos que la caridad de los feligreses me confiaba. Yo ponía buen empeño en sacarlos adelante por no defraudar a Amandita ni a don Matías, que así se llamaba el *padresito*, y más por amor propio, que quería yo ganarme la vida y el aprecio de los que me echaron una mano sin tener por qué.

Una tarde, cuando ayudaba yo a don Matías en lo de la misa, que esa era la última ocupación de la jornada, Amanda entró feliz en la iglesia, y las chispas verdes que tenía en los ojos parecía que le saltaban afuera de la alegría. Luego de terminar los rezos, vino a decirnos el motivo, que no era

otro que su papá había *botao* del taller al aprendiz por hacerle ojitos a ella, así que andaba procurando el recambio. Pero, claro, para que yo pudiera ocupar el puesto vacante, tenía que ser don Matías quien diera la cara por mí, que viniendo de él no iba a poner impedimento alguno su papá.

Y así se fueron encarrilando las cosas para terminar donde terminaron. Yo trabajando la madera con un buen maestro (de ahí me viene lo de las maquetas), y ganando de día en día la plata suficiente para pagarme la ropa y la comida, además del prestigio para hacerme también con el cariño de Amanda. No tuvieron que pasar muchos meses sin que Joaquín Jara, el carpintero, diera el consentimiento para que me pusiera en relaciones con su única hija.

Era bella, Amandita, ya lo creo, y yo quise pensar que mi mamá desde arriba dispuso la *custión* para que mi camino se cruzara con el suyo. Siempre me decía Amanda que yo tenía los ojos de caramelo, por el color y por lo dulces, y que con ninguno antes de mí se había sentido tan tranquila para hablar de las cosas que sentía en lo hondo del pecho. Más que las palabras, era la manera en que las decía lo que me recordaba a mi madre, así que yo me dejé querer y le puse intención en quererla a ella, y para lograrlo encerré con llave los instintos de mi naturaleza, Dios sabe que con el propósito de dejarlos para siempre prisioneros.

Dos años se cumplían del encuentro, cuando don Matías celebró el casorio. Sólo recuerdo la trenza negra que le caía sobre el blanco del vestido, el brillo que se le salía por los ojos, y el nudo que se me hacía en las tripas cuando pensaba que en la noche iba a quedarme solo con la que ya era mi esposa. Y como todo llega, llegó la hora de cumplir como un hombre con quien me esperaba como una mujer. Pero aunque Amandita tuviera la piel como el terciopelo, los ojos más bellos que nunca había visto, y el alma más blanca que el vestido, *al tiro* supe que la novia iba a quedarse esperando, y es que los fantasmas de La Legua vinieron en tropel a arruinarme la noche, y sólo veía la chabola de cartón y hojalata, la silla rota y las caras del *Chuncho* y *el Guanaco* riéndose de mi torpeza. *Qué haces, marica. Bien sabes que no eres capaz de cumplir con una hembra. Nosotros lo sabemos bien, así que no nos vayas a decir que tu “mujersita” te enciende de calentura.*

Yo apagué la luz y me tapé los oídos, pero las voces allí seguían, más fuertes que antes, hasta que Amanda se dio cuenta de que en la noche de bodas iba a quedarse enterita, aunque la pobre lo achacara a la falta de

experiencia; la de ella y la mía.

A la tercera noche anduve atinado, y di por fin con la manera. Así fue como tras ponerle intención, al medio año me dijo que Camila estaba en la barriga, y yo miré al cielo y le dije a mi mamá: *promesa “cumplía”, ya puede descansar en paz, madre.*

Luego vinieron meses de sosiego criando a la *guachita*, que más la quería yo que a la luz de mis ojos, hasta que un día apareció en el taller el Benja, que estaba metido en el asunto de la política hasta los huesos, y venía a explicarnos las ocupaciones de tierras que se estaban haciendo en los campos en favor de la gente sin posibles, y que gracias a Allende muchos pobres podían comer.

Tan sólo me rozó la mano al entregarme los papeles, y a mí me sacudió la corriente y sentí que me crecía la calentura. En ese instante supe que aquel muchacho había ido para cambiarme la vida.

Pero esta noche no quiero pensar en lo que pasó después, aunque el Benja esté también en mi memoria, lo mismo que Amanda y Camilita, que aunque ya yo no tenga a ninguno de los tres, ellos a mí me siguen teniendo, que al cariño no lo mata la cárcel, ni las millas de agua que separan Santiago de estas rejas, ni tampoco los años. Ojalá pudiera alguien decirme cómo están Amanda y Camilita, que esto de vivir sin saber de tu familia te jode la vida... Y dónde se llevaron el cuerpo del Benja, para llorar sobre él las lágrimas que aún me quedan. Cuando salga de aquí y llegue a Santiago, *patiaré* la ciudad entera hasta dar con ellos.

Bien que la *embarré* con el maldito viaje a Barajas. Si no fuera por Alberto, aquí se secaría hasta el corazón, pero la plática con él me ayuda a resistir. Yo le hago de padre y él me hace a mí de hijo, y que los *gallos* canten la canción que más les guste, que no más hacen que *hinchar* con lo de siempre en cuanto nos ven juntos a él y a mí.

Recién lo vea mañana, le hablaré de Amanda y de Camila. Y también del Benja, que las penas hay que echarlas afuera para que no se pudran en los pozos de adentro.

En el amor y en la guerra

Hoy me importa un carajo como vayas vestida. Sólo me voy a fijar en tus ojos y en tus palabras. Sí, mujer; si quieres te refresco la memoria. Me debes una compensación por la indiferencia con que acogiste mi respuesta el último jueves. Yo pondero tu buen hacer, te digo que me encantas, y tú me respondes con una mueca indiferente y te largas sin una palabra. El último, Paula; eso es lo que soy para ti entre esta banda de babosas; de insignificantes insectos a los que tú encumbras cada jueves, elogiando sus gestos torpes cuando se mueven como escarabajos entre su propia mierda.

No sabes quién soy yo. No tienes ni idea de quién es Juan Pablo Ayala, encanto. Algún día se me acaba la paciencia y te interpelo de forma directa. ¿Qué coño te pasa, Paula? ¿Por qué cojones prefieres los balbuceos de cuatro gilipollas a mi brillante oratoria?

Decididamente, me obligas a pensar que has elegido la basura porque es donde mejor te mueves. Porque te pone cachonda la inmundicia. Es eso, ¿verdad?

Ay, Paula, Paula... Con tu comportamiento, me empujas a derribar el pedestal en el que te había colocado. Ya estás en el suelo. Como cualquiera de ellos. Como el *mataviejas* ese, que te enciende algo más que la mirada. A ver si hoy te atreves con él y de una vez por todas le obligas a que te cuente lo que prefiere callar.

Ni siquiera he oído lo que has dicho al entrar. Tampoco es que me importe. Ya los tienes a todos donde querías. Con los ojos anclados a tu cuerpo. ¡Vamos! ¡A por él! Que te cuente cómo acabó con el carcamal de su vecina. A ver si soportas la historia sin mudar el gesto.

Qué novedad. Tengo la impresión de que también este jueves le vas a perdonar el turno al *Madrileño*...

Por lo que veo, hoy tienes un espontáneo de lujo. De momento aparco mis intenciones de dejarte con la palabra en la boca. Eso es lo que me pide el cuerpo, levantarme y salir corriendo, pero por nada del mundo me perdería el macabro relato de Adolfo. Aunque lo conozca de sobra, siento curiosidad por escuchar la versión que viene a ofrecerte. Y más aún, cómo encajas tú los suculentos detalles.

Para ti sola. Escúchalo y no te pongas nerviosa. No pienso salir al quite, como he hecho en otras ocasiones.

—(...) ya digo que menos *usté*, cualquiera de estos lo sabe de sobra; estoy aquí por la Paca. Si hay que hablar se habla. Con dos cojones. *Usté* perdone, que *pa* eso venimos a esto de la terapia, y el que no quiera, que se quede en la *chabola* sobando y *achante la muy*.

Vaya por delante que estoy tranquilo. No me tembló el pulso entonces, así que no va a temblarme la lengua ahora; hice ni más ni menos lo que tenía que hacer. Y lo digo alto y claro, sin pesar ninguno. Lo mismo en el patio que donde se tercié. *Pa* que nadie se llame a engaño con el Adolfo.

Diecisiete años tenía cuando conocí a la Paca. Y ella veinte; tres años me sacaba y bien que supo engatusarme, la lagarta; no digo la palabra que estoy pensando por respeto a las normas que *usté* misma ha puesto en estas confesiones que nos traemos entre manos.

Que quede claro que no era mi intención preñarla, fue ella la que *me* se ponía boca arriba en cualquier *lao*. Y un macho no se hace atrás cuando la hembra le reclama, así que a los dieciocho me hizo padre y me llevó a la vicaría; *to* a un tiempo.

Luego, en poco más de seis años, llegaron otros tres. Varones *tos*, y eso ni más ni menos porque aquí el *menda tie* sangre de toro.

Que lo sepa *to'l* mundo; la Paca estaba loca. Solo sabía dar voces y quejarse, y *to* porque a mí me gustaba controlar lo que hacía y lo que no, las cosas que compraba y el parné que se gastaba en el *mercao*... O las horas que perdía de cháchara con cualquier fulana en la puerta de la calle... Era una incorregible, la Paca, y una cabezota. ¿De quién era el dinero? Mío. Pues si yo llevaba el jornal a mi casa, lo propio es que quisiera saber adónde iba. ¿O no? Ya me conocéis de sobra, y sabéis que al Adolfo no hay quien lo engañe ni con el pensamiento. Y ¡ay de aquél que se atreva siquiera a intentarlo!

Más de una vez me hizo poner tierra por medio *pa* aguantarme las ganas de ahogarla con estas manos, y cuando volvía, lo único que sabía era echarme en cara la guerra que le daban los muchachos, y hasta la *cuchará* de sopa que me ponía en el plato.

A lo primero, los encontronazos se arreglaban con un revolcón, pero con los años perdió fuelle... ya me entiende... *ahí mismo*, sí (otra vez pido disculpas).

Luego los hijos se fueron yendo, y sólo quedaron las paredes de la casa

pa parar los improperios y los cacharros que nos tirábamos el uno al otro sin miramiento alguno.

Un día me dijo que quería separarse, y yo le dije que bueno, que no me importaba, pero que de la casa no me echaba ni dios, que *pa* eso la había *ganao* con años de trabajo y sudor.

Desde entonces no me dejó en paz con la música de que me largara de su vida. Ni por la noche, ni por el día. Así que me convencí de que no me quedaba otra. Ella o yo.

Bravo, Adolfo. Está bien eso de que te limpies el sudor; hace calor aquí dentro. Y la pausa es de lo más oportuna. Si no lo estropeas al final, que lo harás (sé que te gusta regodearte en los detalles), Paula quedará convencida de que tu mujer te estaba pidiendo a gritos que perpetraras el macabro parricidio.

Qué silencio, ¿verdad? Nadie se atreve a poner en solfa tus afirmaciones. Ni risas, ni comentarios. Quien más y quien menos, sabe de lo que eres capaz cuando se te inflan los huevos. ¿Quién como el *Kie* para *convencer* a la chusma? Adelante colega, que aún falta lo mejor de la historia.

Mira, Paula se levanta. Se te acerca y quiere hablarte. Quizá le baste con el primer plato. La infeliz no sabe que siempre llegas al postre y te relames como los gatos golosos.

(...) esperé a que se durmiera. Me acuerdo de que esa noche echaban por la tele una de crímenes y me dieron la idea.

—Adolfo... no es necesario que...

—Me encaminé al jergón donde la Paca roncaba como un guarro. No me tembló el pulso cuando...

—Adolfo... Adolfo, por favor... Te agradecemos que... Quiero decir que en la vida a veces hacemos cosas que...

—No, no, no... No se equivoque conmigo. Repito que no me arrepiento de lo que hice. Le juro que aquí estoy mejor que cuando vivía con ella. Le di el castigo que se merecía. Ahí afuera, en la calle, la familia me desprecia, la de ella y la mía. Hasta los hijos, que bien que se ocuparon de cobrar la pasta por haber *matao* a su madre. ¿Y qué? Me da igual. En mi vida hay dos partes, ¿sabe? Y la que me interesa es ésta. Mi familia está aquí. Entre rejas. Que aquí tengo el respeto que no tenía fuera.

Lo aplauden, Paula, aunque le has cortado en lo mejor. Y él sonríe encantado de su actuación. Creo que te vas a librar de la disección anatómica que vino después. Es tu turno. Habla. Tu obligación es hablar. Soltar una de tus arengas cargadas de moralina barata. Falsas y huecas como tú misma.  O no te atreves tampoco con Adolfo? Todas sois iguales. Tembl is como corderitos cuando el lobo enseña los dientes. Al macho sólo le permit s la fuerza en la cama

Observa la cara que se le ha puesto a Alberto. Y no te pierdas la mano de Valdés en su espalda; pronto tendrás noticias y entenderás a qué me refiero.

 Por qué no le dices a Alberto que ponga el broche de oro con sus métodos criminales? Aunque menos *elaborados*, fueron tan eficaces como los de Adolfo, ya lo creo. Con el agravante de que la vieja no tenía más culpa que ser poseedora de ricos collares canjeables por cocaína.

Pero por hoy ya llevas tu dosis.  Qu  vas a hacer con lo que queda de sesión?  Recoger tu cartera y salir por la puerta, o inventarte uno de tus absurdos jueguecitos? Ahora no te apetece,  a que estoy en lo cierto? Te daría algunas ideas, pero no servirían de nada.

Vaya, has tenido suerte. *El Nene* se anima y levanta su corpulencia de la silla. Dale las gracias, mujer. Te ha resuelto el problema. Pobre diablo.  Va listo si quiere emular a Adolfo! Parece mentira que en un cuerpo tan grande, con esos músculos hercúleos y esas proporciones de infarto que a Valdés y a otros muchos les encant a gozar, se guarde tanta blandura.

Ya te está contando lo que sabemos todos: que vendió las alianzas de sus padres a los siete, que antes de los nueve consiguió el título de ratero del barrio, que pas  por una decena de centros de menores y que su madre no lo quiere. Conocemos de memoria la copla, pero él disfruta repitiéndola hasta rayar el disco. Con lágrimas y sollozos incluidos; no seas desconsiderada y ofr cele tu pañuelo.

 Por qué me has mirado al pasar, Paula?  Qu  quieres?  Acaso te extraña que hoy no siga tus movimientos con la pasión que desprecias? Esto es sólo el aperitivo; lo mejor est  por llegar. Prepárate para recoger el fruto. Mi cosecha madura despacio.  Sabes? He hablado con Lucas sobre la incipiente relación entre Valdés y Alberto. Y ya conoces a Lucas; es un jodido bocazas. Si fueras observadora, te darías cuenta de que hoy los ojos de Lucas están

más pendientes de la *nueva pareja* que de tus contoneos.

En estos ambientes vale todo. Lo mismo que en la guerra y en el amor. Y el *amor* en los servicios tiene manifestaciones poco deseables que desbordarían tu capacidad de asombro. Creo que debes ir comprando vaselina para proteger el culo de Alberto.

Pero aún hay más cosas que me exasperan y por las que debes pagar. Porque tú, Paula, nos sueltas el rollo salvador cada jueves y abandonas las rejas y los cerrojos. Respiras en la calle el aire de la libertad. Vuelves a tu casa y el espejo te dice que eres la más guapa; te miras en un charco de la calle, bajo tu paraguas los días de lluvia, y te asombras como Narciso de tu lindeza. Y sonríes complacida por haber sido capaz de aguantar durante más de una hora palabras que te importan un carajo; miradas de hambre que arrancan la ropa; esos modelitos en los que te camuflas o te insinúas, según el humor con el que te levantes por la mañana de tu lecho de rosas.

Y sientes que eres la más guay por no taparte la nariz cuando el olor a sudor, o a semen seco, impresiona tu delicado olfato, más habituado a las esencias de Loewe. Pero tú respiras, Paula. Respiras después el aire limpio de fuera y ventilas tus pulmones, y aquí nos quedamos los presos, asfixiados con este hedor infecto que produce náuseas.

Tú te largas, Paula, con el ego en las nubes, y aquí se quedan las cadenas, los años huecos, el resentimiento. El odio a la puta vida, a los que vivís sin barrotes, mientras los de dentro nos consumimos en la jaula como pájaros muertos.

La soledad es una piedra de molino que machaca cualquier resquicio de humanidad. El hombre y la bestia se igualan. Más aún, el hombre se comporta peor que la bestia. El sexo con hambre atrasada no distingue *delante* ni *detrás*, y Alberto será el chivo expiatorio.

Te lo has ganado, Paula. No tengo prisa; sé que un día conocerás las hieles del desencanto.

El anzuelo

No hay nada peor que el silencio. Ni la basura que sirven en el comedor, ni el hecho de que dos veces al día te cuenten como si fueras un animal; ni las broncas del patio, ni la mala leche de los putos funcionarios que te atraviesan con miradas más duras que las del peor asesino. No soporto el silencio. El sueño que debería seguir al recuento de cada noche, huye de mi celda y deja el campo libre a invasiones no deseadas. Personas, lugares, acontecimientos que tejieron las redes en las que fui atrapado. Errores con nombre y apellidos. Y el error con mayúscula: ELENA.

No sé si alguna vez deseé de ella algo que no fuera su cuenta corriente. Ya entonces, hace trece años, no era lo que se dice una *mujer diez*. Poco más de metro y medio de estatura, gesto de dolorosa, flaca, pusilánime y vulnerable, carente de esa chispa de hembra que despierta las partes bajas, Elena resultaba anodina. De la mediocridad de su conjunto, sólo se salvaban sus ojos. Unos ojos grises como peces redondos que se le salían de la cara.

Llegó al bufete una tarde de noviembre. Vestía un traje sastre de terciopelo gris y portaba un paraguas del mismo tono que, pese a sus treinta años, la convertía en un objeto otoñal. Como los regueros de lluvia en los cristales.

Todavía me acuerdo de la insulsa conversación que mantuvimos el día en que la conocí. A mis veintisiete años recién cumplidos dominaba las artes oratorias de los picapleitos; ésas que me ayudaron a abrirme camino en un despacho de la calle Leganitos, donde logré casi el estrellato hasta que el cabrón de Loarte me arrebató el dinero y me quedé sin estrella.

Cuando Elena se acercó a la mesa, su paso era vacilante.

—¿Don Pablo Ayala?

—El mismo. Pero entre, no tenga reparo —dije mientras alargaba la mano con gesto seguro.

Estrujé sus dedos, faltos de energía, que se deshicieron entre los míos como filamentos de hielo.

—Mi nombre es Elena... He visto la placa en la puerta y...

Creí que sus balbuceos eran una reacción natural ante la situación nueva a la que se enfrentaba. No tardaría en comprobar que no era ésa la causa. Elena era así. Siempre me tocó los cojones que dejara las frases incompletas; esa

timidez suya que hacía tropezar las palabras en su boca cuando algo le venía grande.

Separé la silla de la mesa y, con gesto galante (mi lema entonces era *nunca sabes con quién puedes estar gastándote los cuartos*), la invité a tomar asiento.

Ocupé mi sillón y esperé con fingida paciencia. Los ojos grises de Elena me ayudaron a soportar su precario discurso.

—Una amiga me habló de este despacho... de usted... precisamente...

—Me complace que mi trabajo sea conocido —dije subrayando las palabras—. Y bien, dígame qué le ha traído hasta aquí.

Aproveché para tasar su indumentaria. El corte de su traje, el pañuelo de seda anudado al cuello, el anillo de oro blanco que enmarcaba una discreta esmeralda, el diseño del paraguas... Enseguida conjeturé sobre el estrato social y la situación de la mujer que temblaba ante mí como las hojas de aquel atardecer de noviembre en el árbol que casi alcanzaba la ventana: o tenía a su disposición la tarjeta de crédito de un marido con dinero, o eran sus padres quienes pretendían ocultar con su cuenta corriente la parquedad de la naturaleza a la hora de regalarle sus dones. Deseché lo primero por absurdo (quién iba a perder la cabeza por alguien como ella, carente de cualquier encanto), y aposté por lo segundo.

Estaba a una conversación de distancia para verificar mi tesis.

—Quiero pedirle opinión... Hasta ahora... Todo fue fácil hasta que conocí a Jorge... Disculpe, no quiero decir que Jorge sea el problema... A ver, cómo se le explico... Vamos a casarnos y quiero tener claras algunas cosas... Tío Augusto...

Ay Elena, Elena... Contigo no había manera. Siempre me gustó rentabilizar el tiempo en el bufete, y más en esos comienzos tan arriesgados. Dadas las circunstancias, nunca podía tener la certeza de que alguna de las *operaciones* a las que empezaba a aficionarme pudieran precipitar el cierre del garito, así que tomé las riendas de la conversación en aras a la efectividad.

—Por partes, Elena. Déjeme seguir el protocolo —dije mientras buscaba con la mirada los dos peces redondos que nadaban entre los papeles de la mesa—. Me gusta aproximarme al problema. Unas cuantas preguntas y algunas notas, si no tiene inconveniente, claro —dije con la amabilidad de la que fui capaz.

—En absoluto, por favor... Lo que quiera... faltaría más.

Giré el sillón, me coloqué frente al ordenador y, ratón en mano, comencé

el interrogatorio y me dispuse a cumplimentar la ficha de aquella primera cita.

—Nombre completo...

—Elena... Loarte Prieto.

—Domicilio...

—Paseo del Prado, 25, 3º izquierda.

—¿Se ha emancipado o vive con la familia?

—Vivo sola...

—La respuesta entonces es afirmativa. ¿Cuánto tiempo hace que abandonó el domicilio familiar?

—No... no es que lo haya abandonado... Vivo donde siempre... Mis padres murieron hace diez años.

—Lo lamento. Hace diez años usted era una niña... —exageré en tono galante.

—Iba a cumplir veinte años... sí... Mi padre en su testamento quiso que tío Augusto... que él se ocupara de todo. Ha administrado la herencia hasta hace dos meses... hasta que cumplí los treinta; ésa era la voluntad de mi padre...

—¿Hermanos?

—Soy hija única. Tío Augusto, el hermano de mi padre, es el familiar más directo.

Un par de minutos y tenía casi todas las coordenadas de aquella mujer. *Tesis verificada*, pensé satisfecho. Me faltaba completar el estado de salud de sus bienes muebles e inmuebles. Fui discreto y, siempre atento a la psicología femenina, empecé por los sentimientos.

—Estado civil, soltera *de momento* —dije enfatizando las últimas palabras, mientras ella afirmaba con la cabeza sin atreverse a mirarme de frente—. Según me ha dicho, hasta febrero, ¿no es así?

—Así es. Jorge, mi novio, quiere que nos casemos en febrero.

—Perdone la pregunta, ¿y usted?

—No entiendo...

—Voy a ser directo. La forma de plantearlo me hace pensar que usted tiene alguna duda al respecto, ¿o me equivoco?

—Bueno... las dudas no son... quiero decir que son exclusivamente legales, por eso he venido...

—Sea directa usted también. No tema. En cierto modo los abogados somos como los curas. Como los médicos. Ya sabe, secreto profesional —

dije con la mano en el pecho, acompañando el gesto de una carcajada discreta, varias veces ensayada en otras citas.

—Sí... Quiero saber... Me gustaría que me explicase los *pros* y los *contras* de la sociedad de gananciales.

Suspiré con afectación intentando transmitir alivio. Hice rodar el sillón y me aproximé a la mesa inclinando el cuerpo hacia ella.

—Señorita Elena Loarte, la respuesta es fácil y la va a encontrar usted misma: la sociedad de gananciales hace común para ambos cónyuges las ganancias o beneficios obtenidos por cualquiera de ellos desde el momento de su constitución, ya sea por el trabajo, por las rentas e intereses de los bienes privativos de cada uno, o por aquéllos que generen los propios bienes gananciales, ¿me sigue?

Asintió con la cabeza y sus ojos grises de dolorosa por primera vez me miraron de frente y me animaron a proseguir mi perorata, seguro a esas alturas de la película de que el mensaje empezaba a calar en mi aburrida interlocutora.

—*Grosso modo*, dentro de la sociedad de gananciales desaparece el concepto de *tuyo* y *mío* para sustituirse por el dual *nuestro*.

—Eso quiere decir que... que los beneficios producidos por los bienes de mis padres... de la herencia, claro, las rentas de los pisos... todo lo que produce el capital, irían a parar a esa sociedad que usted ha llamado *dual*.

—Eso mismo, señorita Loarte. No es el caso si se opta por el régimen de *separación de bienes*, ya que garantizaría la pertenencia a cada cónyuge no sólo de los bienes que tenía antes del matrimonio, sino de los obtenidos a partir de ellos. De igual modo sucedería con su administración, disfrute y libre disposición.

Una palmada suave pero resolutiva en la mesa me ayudó a rematar la faena.

—Por eso es importante —proseguí— evaluar previamente los bienes privativos aportados por cada uno. No quisiera pecar de indiscreto, pero tal vez si conociera la situación al respecto, la respuesta que ha venido a buscar estaría necesariamente más fundamentada.

Bajó los ojos, y la muy inocente pronunció la frase esperada.

—Dígame qué desea saber.

—En esencia, los bienes muebles e inmuebles que aportaría usted y aquellos que aportaría su esposo a disposición de la sociedad *dual*, como parece ser que, de forma tácita, ambos hemos decidido llamarla.

—Mis padres eran dueños de los cuatro pisos de la finca donde vivían... en el Paseo del Prado. También... sí... también tenían un chalé en Somosaguas... y una casita de verano en la playa... en Lloret. Ahora, por la herencia, todo es mío...

—Para completar la ficha quedaría el capital mobiliario.

—Tío Augusto dice que tengo que empezar... que debo asumir responsabilidades en estas cosas. Pero es que yo... Reconozco que soy un desastre para las finanzas... Mi trabajo como enfermera me basta para mis gastos... Además, desde la muerte de mis padres, es él quien se ha ocupado de que no me faltara... de que tuviera lo necesario, sí...

Me dieron ganas de lanzarme en picado como el águila sobre el inocente conejo. De atusarme los bigotes, como el gato viejo antes de lanzarse sobre el insignificante ratoncillo. Pero me contuve. La paciencia, aun cuando fuera sólo una pose, acababa siempre siendo un buen medio para alcanzar los mejores fines. O los peores. Eso dependía siempre del punto de mira.

Concluí con una frase hueca pero efectiva, a juzgar por el inmediato resultado.

—Mis breves explicaciones y su buen juicio habrán bastado para que se lleve la respuesta que venía buscando.

—Sí, sí... Voy a pensar en lo que me ha dicho. Ahora lo veo más claro... Todo mucho más claro...

Eché mano al bolso de piel azul y preguntó:

—Dígame cuánto debo abonarle por... por esta consulta, por favor.

No tan pronto, pensé. Miré el reloj y añadí en un tono que no admitía réplica.

—Es la hora de comer. Abajo hay un restaurante con una excelente cocina. La invito a compartir mesa conmigo. Si se niega tendría que resignarme, pero no me apetece comer solo.

Elena Loarte me miró con desconcierto y, como un corderillo, se dejó conducir al matadero.

Ése fue el principio de mi gran error. Por ella estoy aquí. Pero ahora ese error ni suma ni resta condena. Elena quedó fuera de mi vida; como quedaron fuera sus cuentas corrientes y sus pisos del Paseo del Prado. Aquí no circula el dinero, por eso no tengo que quemar energías ideando planes para conseguirlo.

No hay nada peor que este silencio. Hasta hace pocos días, creía haber

encontrado un objetivo entre rejas una vez por semana. Se llamaba Paula. Paula no era como Elena. Me excitaba sólo con mirarla. El único plan a corto plazo era ella. El único estímulo entre estos muros era esa psicóloga que pierde su tiempo, una vez por semana, con los cuatro tarados que babeaban al compás de sus movimientos.

Pero Paula no ha sido sensible a mi reclamo. No ha querido sustituir los papeles de esa cartera, abultada con teorías inútiles del comecocos de turno, por un par de sábanas para un vis a vis. Por eso merece un castigo.

Boda en Los Jerónimos

Juan Pablo Ayala nunca logró engañar a Augusto Loarte. Ni siquiera al principio, cuando Elena, su sobrina, le hablaba sin parar de las cualidades de aquel abogado que en pocas semanas se fue convirtiendo en peón imprescindible de ese juego caprichoso de la vida, en el que de nada sirve la intuición, la experiencia o el entrenamiento, aunque, a decir verdad, Elena, a juicio de su tío, no andaba sobrada de tales atributos.

Así fue como Ayala pasó a ser la pieza magnética que se movía de forma imprevisible provocando la sorpresa, la admiración, y muy pronto la devoción de una Elena inocente, privada por un golpe del destino de los afectos familiares, a excepción del cariño leal, a veces cuadrulado, de un tío cuya preocupación mayor era conservar intacto el patrimonio de Emilio, su único hermano, para entregárselo incólume a su hija el día de su treinta cumpleaños, tal y como quedara rubricado por éste poco antes de su muerte.

Contra su voluntad y espoleando sus temores, pronto tuvo que ver tío Augusto cómo el nuevo peón vino a desbancar en el juego de la existencia de su sobrina a Jorge, un joven médico con quien Elena compartía, desde hacía poco más de un año, la consulta de traumatología, los sentimientos, y un proyecto común de matrimonio que empezó a desmoronarse una tarde lluviosa de noviembre en un despacho de la calle de Leganitos.

Jorge no era un Apolo como Juan Pablo, ni falta que le hacía. Elena tampoco tenía mucho que ver con Venus, aunque su cara albergara el atractivo de aquella mirada, enorme y gris, a la que la timidez no restaba encanto. Pero eso era lo de menos, concluyó Augusto para sí, y se recriminó sobre la marcha la debilidad de tan frívolos pensamientos impropios de un hombre recto como él, a quien sólo movían el deber y las evidencias objetivas, si era posible, cuantificables con una calculadora.

Sin duda, la noticia de la ruptura entre Jorge y Elena, a tan sólo dos meses de la boda, lo había desconcertado. Aunque no considerase al joven médico el mejor candidato para convertirse en su sobrino consorte, con todo lo que ello significaba, tenía que reconocer los méritos del muchacho, quien había obtenido el título de Medicina con su propio esfuerzo y su inteligencia.

El tesón, la constancia y el reconocimiento de su buen hacer en la profesión que había elegido de forma vocacional, datos que no le fue difícil obtener de la dirección del Hospital Gregorio Marañón donde trabajaba,

habían llevado a Augusto a la convicción de que Jorge podía desempeñar dignamente el papel de administrador de los bienes de Elena.

Por otro lado, esas mismas virtudes eran sin duda un aval a la hora de acatar la firma de un contrato matrimonial entre el traumatólogo y la muchacha. No obstante, la separación de bienes preservaría desde el primer momento el pingüe capital de su sobrina. Así se lo había dicho a ella y así habría de ser. En eso iba a ser tajante. Ya contrajera matrimonio con Jorge o con san Jorge. Lo tenía bien claro.

La primera señal de la ruptura fue la anulación por parte de Elena de la comida familiar, programada con tres semanas de antelación, que iba a celebrarse en casa de los Loarte aprovechando la fiesta de Reyes, a la que acudiría la familia del novio para concretar los detalles de la boda.

Fue después de comer. Las manos de Rosario, la sirvienta, apilaban ruidosamente platos y cubiertos; Carmen, la esposa de Augusto, se afanaba inútilmente en contar a su marido la carestía del mercado cuando se acercaba Navidad, y éste, en un instinto de protección inútil, se parapetaba detrás del periódico, como si el papel pudiera preservarlo del golpeteo de la loza y del aguacero verbal.

Al borde de sus fuerzas, y aturdido por el dispar dueto de platos y voces, Augusto dividía su atención entre la gráfica que mostraba la caída de los tipos de interés y el rostro familiar de Almudena Ariza, que en la pantalla se esforzaba en hacer llegar a sus oídos las noticias más destacadas de aquel 16 de diciembre del 97. El año no es que terminara con las mejores noticias económicas. Un 4,75 por ciento en los tipos de interés no era para tirar cohetes. Aunque Rodrigo Rato cacareara la bonanza de la economía española, no serían él ni su sobrina los beneficiados de semejante caída. Pero Augusto Loarte era hombre sensato y terminó admitiendo en su fuero interno, aunque le pesara, que Rodrigo Rato tenía razón; para la mayoría de los españoles era sin duda una buena noticia.

Al oír el timbre del teléfono, Augusto se alegró de que el inocente artilugio viniera a rescatarlo del caos hogareño. Sonrió al darse cuenta de que, a pesar de su cercanía (lo tenía a un movimiento de la mano en la mesita auxiliar) Carmen, su mujer, aun tirándose en picado como un águila sobre un conejo desde el otro lado del salón, no había logrado arrebatárselo. Pero se alegró más cuando la voz de Elena se introdujo temerosa en su oído, esbozando un saludo con esa timidez tan suya que le hacía temblar como si pidiera perdón.

—...Hola, tío Augusto... Soy Elena... Me gustaría decirte... bueno si estáis comiendo, lo dejo para más tarde... No... no quisiera molestaros... es que... yo...

—Tú no molestas nunca, sobrina. Te escucho.

Mientras intentaba seguir el hilo de las palabras de Elena, que entre circunloquios no terminaba de desenredarse, Augusto sonreía con cariño. Ya la conocía. Seguro que estaba nerviosa ante la proximidad de la comida y quería saber cómo iban los preparativos. Lo más probable es que llamase para insistir en su ofrecimiento de colaborar con Carmen en lo que fuere menester. Pero no iban a consentirlo. La hija de su hermano Emilio tendría en Carmen y en él, sobre todo en un acontecimiento tan importante como lo era el matrimonio y sus prolegómenos, a la familia que le había arrebatado aquella endemoniada curva diez años atrás, cuando sus progenitores regresaban un domingo por la noche del chalé de Somosaguas.

Al tiempo que escuchaba la voz vacilante de su sobrina, Augusto pensaba que esa timidez incorregible de la muchacha no tenía por menos que enmascarar su inteligencia ante aquéllos que no la conocieran, y eso no le convenía. Pero ya no tenía importancia. Jorge había sabido valorarla. Y en el hospital su sobrina hacía un gran papel. Seguro que el matrimonio la haría madurar.

Cortó sus juicios con la decisión de que lo mejor sería allanarle el camino, así que fue él quien tomó las riendas de una conversación que iba a cambiar los planes familiares y el destino de Elena.

—A ver qué pasa, sobrina. Te adelanto que tu tía ya tiene el programa de Reyes completo. Con regalos incluidos; ya la conoces. ¿Por qué crees que te estuvo interrogando el otro día sobre los gustos de tu futura familia política?

Elena se quedó callada unos momentos. Las palabras de su tío, sin que éste pudiera imaginar la causa, acababan de añadir nuevos escollos a una conversación que ya presuponía escabrosa.

—Tío Augusto... yo... tenemos que hablar, tío.

—Pues claro, hija. Pero tú no te preocupes, ¿eh? Todo va a salir a pedir de boca, ya lo verás. Tu tía está haciendo una lista descomunal donde lleva anotado hasta el número que calza Jorge.

Augusto esperó un esbozo de carcajada que no se produjo.

—De eso quería hablarte, tío. Mejor le dices a tía Carmen que lo deje. Que no haga nada hasta que... hasta que hablemos.

Le resultó extraño el tono inhabitual de Elena, demasiado seco y

resoluto.

—¿Algún contratiempo, sobrina? Porque si hay que adelantar la comida, por nosotros no hay problema.

—No es eso, tío, escucha...

—Escúchame tú. Sabes que tu prima Merce vuela desde Londres el veintidós, y tu primo Gonzalo, como está aquí en Madrid, el día que le digas *ven*, por su prima favorita *lo deja todo*.

Elena sintió un nudo en el estómago. Desde la muerte de sus padres, su tío Augusto era la palabra de apoyo, la mano fuerte que orientaba la confusión de sus días. Pero ahora lo tenía claro. Nunca, en sus treinta años de vida, había mirado al futuro con la seguridad que ahora la animaba. Por eso, tomo aire, se armó de valor y dijo sin titubeos.

—No me voy a casar con Jorge. Quiero que hablemos de Juan Pablo Ayala.

Era la primera vez que Augusto oía aquel nombre. Las inesperadas palabras de su sobrina lo desconcertaron. Y, sobre todo, la extraña seguridad con la que fueron pronunciadas le produjo un escalofrío premonitorio.

—Dónde estás.

—En casa.

—Espérame. En unos minutos estoy ahí.

Cerró el periódico y se puso en pie dispuesto a dejar a Carmen y a Almudena Ariza con la palabra en la boca. La una se había aproximado al teléfono y no dejaba de preguntarle sin hallar respuesta; la otra, desde la pequeña pantalla, seguía impertérrita reclamando su atención con noticias que en esos momentos le importaban un bledo.

Se dirigió al hall. Se enfundó en un abrigo beis y envolvió su cuello en una bufanda a cuadros verdes y marrones. Tomó las llaves de la casa y abrió la puerta.

No se dio cuenta de que Carmen lo había seguido sin resignarse al silencio. Con apremio, su mujer intentaba sujetarlo por un brazo reclamando una respuesta.

—Voy a ver a Elena —fue lo único que dijo por toda explicación.

El golpe de la puerta, seco y desproporcionado, cortó el interés nervioso de Carmen, al tiempo que hizo vibrar hasta el último rincón de la casa.

Moviendo la cabeza, la mujer buscó los oídos fieles y mudos de Rosario, que seguía cacharreando en la cocina.

En contra de sus costumbres, Augusto Loarte regresó a casa después de las diez. Dijo que se encontraba indispuesto y se refugió en la habitación de invitados, pero aquella noche del 16 de diciembre el sueño huyó de su cama.

Un nombre al que no podía poner rostro, Juan Pablo Ayala, se adueñó de su vigilia. Se preguntaba cuáles podrían ser las virtudes del joven abogado que había logrado quebrantar la sensatez de su sobrina. Decididamente, Elena era una ingenua. ¡Y pensar que él mismo en un principio había puesto reparos a su relación con Jorge! Jorge la quería bien. Los dos eran de esas personas que ponen por delante la solidaridad y los problemas de los otros a los suyos propios. Nunca entendió que Elena, después del luctuoso suceso que la desposeyera de los afectos paternos, abandonase la licenciatura de Económicas y optara por poner vendajes y quitar puntos en un hospital. Si al menos se hubiera licenciado en Medicina... Pero tenía prisa. Demasiada prisa. Tal vez pensara, no exenta de razón, que la vida podía truncarse de un zarpazo y había que vivirla sin perder tiempo.

De todas formas, esa consulta de traumatología en la que compartía con Jorge vocación y trabajo había terminado por parecerle aceptable. ¿Qué sucedería ahora? ¿Y qué tenía que ver su sobrina con un picapleitos de veintisiete años, atraído, a buen seguro, por su succulento patrimonio? ¡Mira que meterse en su guarida con el cuento de la separación de bienes! Con la de veces que él, Augusto Loarte, un as de las finanzas, que había velado no sólo por mantener intactos sus bienes, sino también por incrementar el capital mobiliario de su sobrina con más celo que si del propio se tratara, le había insistido en que ella no *debía* firmar jamás una sociedad de ganancias.

Al menos en eso había estado de acuerdo el tal Ayala, cuando la infeliz se metió en su bufete a pedirle consejo. A ver si ahora entendía de igual forma el asunto cuando la otra parte de la sociedad *dual*, como le dijera a su sobrina, era él mismo. Pero por ahí no iba a pasar. Eso fue lo primero que le dijo a Elena. La receta no era sólo para Jorge. Y si al picapleitos se le ocurriese utilizar dos varas de medir, ahí estaría él para pararle los pies. A la hija de su hermano Emilio nadie la iba a manipular aprovechándose de su ingenuidad para las finanzas. ¡Por encima de su cadáver!

Fue Juan Pablo Ayala quien sustituyó a Jorge en la mesa aquella Navidad. Augusto Loarte no tuvo más remedio que admitirlo en su casa a las pocas semanas como novio de Elena, y antes de cumplirse un año, atravesó la alfombra roja de la iglesia de Los Jerónimos del brazo de su sobrina, para

entregársela a quien desde ese día se convertiría en su sobrino consorte.

Muy pronto, en las inevitables ocasiones en las que hubieron de coincidir, tendría ocasión Augusto de verificar sus intuiciones sobre Juan Pablo Ayala. No le gustaba la desenvoltura casi insultante del muchacho, ni los aires de mundo que como un huracán envolvían a Elena; ni esa afición suya por cuantificar el valor económico de cada uno de sus bienes.

Y antes del primer aniversario, las confidencias de Elena, ésas que sólo a él se atrevería a revelar, vinieron a traerle muchos días de desasosiego, de confusión y rabia, seguidos de otras tantas noches de insomnio en las que Augusto Loarte siempre terminaba refugiándose en la habitación de invitados con el pecho oprimido y la cabeza a punto de estallar.

Confesiones de un padre

Te juro por tu vida, Camilita, que por si no lo sabes me importa más que la mía, que Alberto es como un hijo para mí, y que nada tiene que ver este afán por ayudarlo con aquella historia del Benja, que tanto daño les hizo en el pasado a la mamá y a vos.

Así que en la noche, que aquí parece no acabarse nunca, y uno se siente *hundío* por las culpas que lo trajeron a la celda, no hago más que hablar conmigo mismo de las cosas que en la vida no supe hacer bien, y me repito no más que Diosito me dé juicio para no *embarrarla* con Alberto ahora también.

Ya sé que algunas veces me enredo con los pensamientos y no llego a decir lo que quiero decir, y por eso luego se confunden las cosas. Tú, “*mijita*”, tienes que entender lo que voy a explicarte, que aunque ahora no estés aquí conmigo, pues voy a hablarte talmente como si lo estuvieras.

Es verdad que mi instinto natural me llevaba más a los hombres que a las mujeres, no voy a negártelo, y contra la naturaleza poco puede hacerse, pero es verdad también que tu mamá fue para mí la mejor de todas, y la única que me importó después de Diamela, mi mamá, la abuela que no pudiste conocer. Has de saber que le tuve cariño; un cariño grande con un premio grande también, que por si no has caído en cuenta, fuiste ni más ni menos que tú; mi única *guachita*.

Perdona a este viejo que te habla como si no hubiera pasado el tiempo; ya sé que eres una mujer y a estas alturas seguro que también eres madre, y por ser mujer sabrás de sobra lo que es el amor, ese sentimiento que te parte el alma y te deja ciego para todo lo que se queda fuera de ti y del otro, así que las dos cosas juntas me allanarán el camino para llegar a lo que quiero decirte.

Pues eso, que lo del Benja vino a quitarme la vida bella y tranquila que vivía con las dos en Conchalí, y me sacudió por dentro como un tifón. Yo también llegué a conocer la verdad de ese sentimiento que llaman amor, y que te amarra a la persona que amas con un nudo tan fuerte que no hay nadie que lo pueda desatar.

Cuando el Benja empezó a visitar el taller, desde el primer roce de su mano supe que era la persona a quien había estado esperando yo sin saberlo, y que de nada iba a servirme negar lo que sentía en la sangre cuando oía la

voz del Benja pidiendo a tu abuelo permiso para cruzar la puerta.

Pero luego te cuento lo del Benja, que quiero hablarte de Alberto.

Lo de Alberto no es lo mismo, “*mijita*”. Si me acerco a él y le doy plática es porque se pasa las horas dando vueltas a los malos recuerdos, y yo le entrego los oídos y la confianza para que vuelque sus penas, que al pobre chico no le caben en la cabeza ni en el pecho, y sólo es capaz de echarlas afuera cuando está conmigo.

Hasta he llegado a pensar que quiere ver en este viejo al padre que no tuvo. Porque a Alberto, “*mija*”, también la vida le quitó al suyo; lo mismo que a ti, pero con una diferencia: fue la plata y el ansia por amasarla lo que ocupó la cabeza de su viejo, y por eso no tuvo tiempo para él, que también se crió sin madre por la misma razón.

Esta noche, Camilita, que lo sepas bien, he querido traerte a la *chabola*, como dicen acá, para que seas mi conciencia, y así contarte lo que me pasa, a ver si tú, estando cerca, aunque sea en el pensamiento y nos separe un océano, me alumbras el entendimiento y soy capaz por esta vez de ver la luz de las cosas y así obrar con acierto.

Mira, hija, cuando veo la tristeza en los ojos de Alberto, si él no viene a mí, soy yo quien se acerca con una *palmetada* en el hombro, y a él parece que se le apartan las nubes de la pesadumbre, y empieza a hablarme de las cosas que le quitan el sueño por las noches y la calma por el día.

A lo primero, nadie ponía atención en estos encuentros. Ni en la puerta de la consulta, ni en el patio ni en parte ninguna. Pero desde hace un par de semanas, en cuanto nos ven juntos a él y a mí, ya empiezan a acompañar nuestra charla con chiflos, cuchicheos y risitas, que en los últimos días van subiendo de tono, y hasta hemos tenido que oír cosas muy feas... Como hoy, a la salida de la sesión con Paula... Bueno, no te he dicho que Paula es una psicóloga que se reúne los jueves en la mañana con un *huevonaje* de lo *pior*; un grupo de siete tarados entre el que se encuentra tu padre, para que echemos los demonios afuera, como ella dice. Pues eso, que hasta el Lucas se atrevió a bromear con el asunto diciendo que no nos escondiéramos, y que si nos apetecía darnos un achuchón, pues que a él le importaba un carajo.

El Lucas es peleón, y así se le conoce y se le acepta. Siempre dice cosas que ofenden, pero se le perdonan por encontrarse como se encuentra, que las drogas que consumió desde que era un *lolo* le han arrebatado la salud y le han

trastornado la cabeza, pero lo de ayer nos dejó al Alberto y a mí con las palabras en la boca y las penas adentro, que el muchacho tardó poco en despedirse y echar a correr para la celda. Cómo sería la cosa, que ni siquiera salió para acudir al comedor.

Pero yo no me voy a arrugar por las risas y los insultos de cuatro *carboneros*, que sólo quieren encender fuego donde no hay leña, tú ya me entiendes, que teniéndolo claro los dos, Alberto y yo, y ya con la conciencia tranquila después de haber hablado contigo, mañana mismo en cuanto me eche afuera de la celda, me pongo a buscarlo hasta dar con él, y le digo que no se *arratone* delante de tales *huevones*, que ninguno nos va a cagar la vida.

Ya te hablé de Alberto, Camila, y ahora toca que te cuente lo del Benja, que si no lo hago, esta noche el sueño pasará de largo por la celda.

La primera vez que Benjamín Silva entró en el taller fue allá por noviembre del 70; lo recuerdo como si fuera ayer. Cuando Allende había logrado salir de presidente en un país como el nuestro, que se rompía en *piazos* desde hacía tiempo.

El Benja, como a él le gustaba que lo nombráramos, siempre usaba de buenas maneras, aunque tu abuelo desde el primer día me dijo que me anduviera con ojo, que no le agradaba aquel tipo que se las daba de enterado, siempre hablando de Allende y de lo que iba a hacer y a deshacer en Chile. A ver si el *gallo* se iba a creer que, por *cacariar* más alto, en una semana iba a poner las cosas del revés; eso me decía tu abuelo.

Desde el primer día, el Benja dejó claras las intenciones que lo traían por los barrios, y así se paseaba de casa en casa y de taller en taller, con las manos llenas de papeles y hablando sin parar de los cambios que se avecinaban para los chilenos.

Tenías que haberlo escuchado, "*mija*". Al Benja se le llenaba la boca diciendo que ya estaba bien de que unos pocos amontonaran la mitad de las riquezas en Chile, mientras que tanta gente no tenía ni un trozo de pan con que callar la *guata*; y que si no sabíamos también que muchas mujeres parían sin médico como los animales y perdían a sus *chicocos*; y que a quién le daba igual que un millón de *lolos* no pudiera ir a la escuela a aprender las letras por culpa de la necesidad y la miseria.

Luego, cuando ya parecía que no había más que contar, iba y nos decía que lo que más le preocupaba era el millón de viviendas que hacían falta para que la gente pudiera vivir con decencia; y los fondos que había que expropiar

a los hacendados para que los campesinos chilenos fueran dueños de las tierras que trabajaban, que tenía que acabarse de una vez la explotación de la gente del campo.

¡Qué bien hablaba el Benja! Siempre remataba el discurso diciendo que para que las cosas pudieran cambiar, se necesitaban personas que llevaran las intenciones de Allende hasta el último rincón de las comunas y de las minas, a los campos y a las calles, que había mucha tarea por hacer y todas las manos eran pocas.

A tu abuelo, que ya te adelanto, Camila, que no era ningún *facho*, cada vez le gustaba menos la canción del Benja, y es que el hombre tenía miedo de que las cosas dieran un vuelco otra vez, y la gente honrada, como él y su familia, a la que ya habías llegado tú, su primera nieta hacía dos años, pudiera pagar las consecuencias de que su taller se estuviera convirtiendo en el sitio donde se juntaban alrededor del Benja los del comité del barrio, más la gente que acudía a escucharlo por curiosidad, por malicia o por las dos cosas.

Me acuerdo de que uno de esos días, cuando nos quedamos solos los tres, sacó tu abuelo un periódico que tenía escondido en un rincón entre las tablas, y le dijo al Benja que abriera las *pailas* y escuchara: *La derecha está derrotada, pero no muerta. Lo dice aquí, así que mucho ojo.*

Te diré también que cuando lo andaba leyendo tu abuelo le temblaba la voz, y hasta parecía que las palabras le quemaban en la lengua. Las pronunciaba el viejo tapándose la boca, como si las maderas pudieran enterarse. Y mira si tenían razón los del periódico y tu abuelo, que en mil días aquello se terminó de la *pior* manera.

Pues eso, para que se quedara tranquilo, pronto el Benja y yo nos tuvimos que ir con la música a otra parte, que no te he dicho que decidí ayudarlo con la prédica, aunque fuera para llevarle los papeles y prestarle apoyo, pues todo lo que decía me parecía de justicia.

Desde el día en que empecé a acompañar al Benja, tuve que sacar el trabajo deprisa, y hasta me quedaba por las noches en el taller para no dar ocasión a tu abuelo de enojarse conmigo por mis ausencias.

El Benja era *buena leche*, aunque luego pasara lo que pasó entre nosotros, que nada tienen que ver las inclinaciones de uno por los hombres o por las mujeres con ser o no persona de bien, pero tú, mi *guachita*, ni entonces que eras chica, ni luego cuando fuiste grande, podías entender que tu padre te

hubiera cambiado, con cinco años tan sólo, por un *maricón comunacho*, como un día me dijo tu abuelo cuando se enteró de lo que nos traíamos entre manos el Benja y yo.

Pensé muchas veces en contártelo, pero tú tenías pocos años para entender esas cosas de tu padre que a él mismo le costaba tener claras. No tenía el valor de decirte, hija, que tu madre me había *botao* de la casa y tu abuelo del trabajo porque mi cuerpo y mi corazón corrían tras un muchacho de pelo rubio y piel blanca y lustrosa, al que no le apuntaba la barba ni siquiera cuando se ponía mirando al sol.

Pero yo no te cambié por nadie, “*mijita*”. Tampoco culpo a tu abuelo ni a tu mamá de que me botaran; lo que no llegué a entender (bueno, sí lo entendí, pero me causó tanto dolor que no quería ni pensarlo) era que no me dejaran acercarme a ti, como si fuera un apestado, o un enfermo contagioso al que le separaban de su *cabrita* para librarla de la enfermedad.

Créame. Su papá, este viejo que le habla en la noche desde la celda, ni un solo día de su vida dejó de pensar en vos. Y la memoria de aquellos años me duele muy adentro. No deseo otra cosa que el tiempo pase volando por la cárcel, igual de deprisa que los pájaros pasan por el cielo del patio, y yo muy pronto pueda volar también rápido a Santiago, y buscarla para ver con estos ojos, ya viejos por los años, que el jodido terremoto ha respetado su vida; que sigue allá, con sus hijos (porque tendrá hijos y yo nietos), y que el recuerdo de este viejo, del que ni siquiera sabe que está preso en España desde hace tres años, y solo desde hace tanto tiempo que ya ni se acuerda, pase alguna vez por su cabeza y por su corazón.

No deseo vivir la última parte de la vida sin tu perdón, hija. Que yo tuve que haber insistido. Y no ser cobarde. Y saber encajar aquellas cosas que me decías cuando más te dolía mi falta. Pero no fue sólo por cobardía, que ya yo era un tipo señalado por la dictadura y no quise que ninguna de las dos tuviera que pagar por mí.

Quiero tener tu mano y tu perdón antes de irme de este mundo, Camila. Aunque no creas que eso va a ocurrir mañana. Pienso resistir hasta que estos brazos secos puedan apretarla con la fuerza de todos los abrazos que se han perdido. Lo mismo que a mis nietos.

De Antofagasta a Santiago

Sebastián Valdés se convirtió en la sombra de Benjamín Silva. En el taller y en su casa, cuando su suegro o su mujer le pedían explicaciones tras sus frecuentes y prolongadas ausencias, repetía incansable que era preciso aprovechar el triunfo de la Unidad Popular. Quizá nunca tuviera Chile otra oportunidad igual; por eso no había que dejársela arrebatar de las manos.

Con más convicción que elocuencia, trataba de hacerles entender que el Benja le había abierto los ojos. En los tiempos que corrían, era bueno que cada chileno conociera su papel. Ahora podrían mejorarse los salarios, y los obreros tendría ocasión de participar en las empresas; hasta en el gobierno, si le apuraban, que ésa era la intención de Allende. Además, había que hacer sin respiro el reparto de fundos, para que cada día fueran más los campesinos que trabajaran su propia tierra.

Alguien tenía que *orientar a los chilenos en el camino hacia la movilización*, como decía el Benja. Y no sólo eso, era preciso conocer de primera mano sus necesidades. Y para eso estaba el Comité de Unidad Popular. Para eso y para decirle al pueblo lo que quería hacer el gobierno, y al gobierno lo que quería el pueblo que hiciera.

Llegado el discurso a este punto, Amanda terminaba por admitir las razones de su marido, que, por otro lado, no dejaba también de compartir, y hasta llegaba a sentirse imbuida por una extraña sensación de complacencia y sorpresa ante la actitud inédita de un Sebastián nuevo, tan nuevo como el gobierno de Chile, que mostraba compromiso y arrojo a raudales en la empresa política recién estrenada.

Después de oír a su marido, una sonrisa cómplice distendía la preocupación de Amanda. Sin duda, a Sebastián le faltaba el empuje que le sobraba al Benja, y los frutos de su buena influencia no tardarían en hacerse presentes en otras parcelas de su vida en común, donde tenía que reconocer, aunque le doliera, que Sebastián andaba más bien falto de entusiasmo. Aunque, a decir verdad, pensaba Amanda, en la infancia de su marido se encontraba sin duda la justificación a su forma de ser.

Las duras experiencias familiares, sobradas de malos tratos por parte del *Carabinero*; la pérdida temprana de su madre, y la soledad obligada que lo arrastró a malvivir por las calles de Santiago durante tanto tiempo, podían

explicar ese carácter suyo, a veces retraído y taciturno; esa mirada huidiza del color de la miel que navegaba entre el miedo y la incertidumbre, pero que en ocasiones, como le sucedía ahora, como le sucediera aquella mañana cuando lo descubrió en el taller escondido detrás de los tablones polvorientos que se apilaban junto a la pared, era capaz de brillar con luces de sorpresa y esperanza.

Ése era el Sebastián al que ella amaba. Por el que fue capaz de hablar con el cura para que lo ayudara a hacerse un hombre de provecho, *que todas las personas necesitan una tabla donde agarrarse cuando se están ahogando*. Eso le dijo a don Matías que decía su abuela, y el *padresito* le abrió a aquel muchacho los brazos y las puertas de la iglesia.

Luego le tocó a Amanda convencer a su padre, quien tampoco pudo resistirse a los ruegos de don Matías, y entregó al joven Bastián su confianza, las llaves del taller y un sitio en la familia.

Muy a su pesar, tenía que admitir Amanda que no fue tarea fácil lograr el consentimiento de Joaquín Jara (el mejor padre, además del mejor carpintero de Conchalí y de todo Santiago), para que don Matías uniera en santo matrimonio a *su única hija con aquel vagabundo del que casi nada se sabía, que llegó a sus vidas como un perro sin dueño ni collar*. Pero su padre, que veía por sus ojos, se dejó engatusar por la muchacha, quien no cejó en su empeño hasta verse cogida de su brazo camino de la iglesia.

Claro que a Amanda no le pesaba; de eso estaba bien cierta. Nadie tenía un corazón tan grande como el de Bastián. Por eso se casó con él. Y volvería a hacerlo mil veces. Por eso también, en su ausencia, le hablaba a Camilita de que su papá iba a volver en la noche, cuando ella durmiera, y le dejaría muchos besos en la frente para que se los encontrara por la mañana sobre la almohada y los recogiera toditos. Uno a uno.

Joaquín Jara, sin embargo, no veía con tan buenos ojos el flamante compromiso de su yerno. *Un hombre que desatiende el negocio y la familia por asuntos de fuera, deja mucho que desear*. Pero no se atrevía a compartir con su hija tales pensamientos. De nada iba a servir ahondar en la herida; estaba seguro de que su hija, pese al empeño que ponía en la defensa a ultranza de su marido y de las andanzas políticas en las que se hallaba metido, era presa también de la misma preocupación; ésa podía ser la razón por la que hablaba sin cesar de sus cualidades como esposo y como padre.

Y Joaquín Jara le decía a su mujer, cuando en la noche se quedaban a solas en el dormitorio, que no acababa de ver con claridad aquel asunto, y

que ojalá fuera un desenfoque de los hechos provocado por el cariño que por las dos sentía, por Amanda y por Camilita, pero que a él, que siempre había demostrado su buen olfato para percatarse de lo que sucedía a su alrededor, aquella repentina pasión de su yerno por la política no le daba buena espina.

Ajenos a los recelos que provocaban, entre viajes y asambleas, propuestas y votaciones, comidas escasas y sobremesas abundantes, en las que fue haciéndose costumbre el inevitable postre de las confidencias, Benjamín Silva y Sebastián Valdés descubrieron que había entre los dos algo más que las ideas: un hilo que zurcía sus vidas, que parcheaba aquellos vacíos del alma que ambos habían silenciado durante años baldíos de amor; ese sentimiento que no puede fingirse ni suplantarse; ese afán que arrastra los cuerpos al abrazo de la carne sin reservas ni límites.

Fue una noche de invierno en la guagua que hacía el trayecto Antofagasta-Santiago. La reciente promulgación el 15 de julio de 1971 de la ley que aprobaba la nacionalización de la minería, los había llevado a visitar a los mineros para recoger su inquietud y aplacar sus dudas. Las informaciones contradictorias que recibían por parte de los directivos de las empresas estadounidenses Anaconda y Kennecott, propietarias absolutas hasta entonces de la explotación, hacían precisa una intervención urgente con los obreros. Era necesario hacerles llegar el mensaje claro de que no sólo iban a conservar su trabajo; con las medidas del gobierno, también se incrementarían sustancialmente los salarios.

Benja y Bastián, agotados por la excitación de las últimas horas, se enfrentaban a un viaje que iba a ser largo; a una jornada completa descendiendo latitudes, que serviría para colocar en su sitio los sentimientos. Los deseos que habían vagado hasta entonces entre la confusión y el deber.

El viejo autobús rugía dando tumbos en medio de la oscuridad. A medida que se alejaban de las minas, los obreros se iban quedando en las poblaciones cercanas, y en poco más de tres horas los asientos se vislumbraban vacíos.

No puede decirse que ambos no pusieran interés en mantener el centímetro de aire que separaba la pierna izquierda de uno de la derecha del otro, pero no fue la piel quien favoreció el contacto. Aprovechando la oscuridad, o las ráfagas de luz que al cruzar alguna población deshacían la negrura, la mirada melosa de Bastián anclaba en unos ojos, sorprendidos y brillantes, que se convertían en el único faro de aquella noche de invierno y

naufragios.

Ninguno de los dos necesitó hablar para darse cuenta de lo que estaba sucediendo en aquel autobús; los ojos explicaron, mejor que lo hubieran hecho las palabras, lo que desde hacía meses venían intuyendo sin atreverse a admitirlo. Era noche de rendiciones. No importaba ahogar el aire que separaba el deseo; ni el recuerdo de la niña que al final del camino esperaba un puñado de besos; ni la convicción firme de que no era razonable ni conveniente mezclar el compromiso político con *aquello* que, como un ciclón, venía a remover los cimientos de sus vidas.

—No tengas miedo —le dijo el Benja casi rozando su oreja con el pelo.

—Cuando me desposé con Amanda le hice una promesa...

—*Esto* se lleva dentro, camarada. No me vayas a decir que entonces, cuando te decidiste a ser su marido, no sabías hacia dónde se inclinaban tus afanes.

—Pues claro que lo sabía. Lo supe cuando era un *cabro*, en el barrio de La Legua. Me lo enseñaron *el Chunchu* y *el Guanaco*, en una casa hecha de cartones.

—Si no hubieran sido ellos, te habrías dado cuenta tú mismo, como me pasó a mí. Primero te cuesta reconocer que no eres como espera tu familia que seas; luego ves que tampoco respondes a las llamadas de las hembras del barrio, cuando empiezan a esperar de ti las palabras que cualquier tipo en tu lugar se daría prisa en decir... Y al final, acabas admitiendo tu condición... Hasta que llega un día en que respiras hondo y te alegras de haberlo aceptado.

Aprovechando el baqueteo de las ruedas, que sorteaban los baches del firme a capricho de un conductor sin demasiada pericia, los cuerpos de los dos hombres estrechaban el contacto en una caricia que terminó deshaciendo la soledad y el frío. Su unión era tan estrecha, que ambos sentían a través de la ropa el abrazo de la piel. Eran dos siameses que querían permanecer irremediabilmente unidos. Dos voluntades doblegadas entre el amargor de la culpa de Sebastián, y la alegría que provocaba en ambos la victoria de los cuerpos sobre los ancestrales temores.

Sebastián Valdés alargó una mano asustada que terminó aprisionando con desesperación la de Benjamín Silva.

—Mi padre nos descubrió un día a los tres, cuando andábamos en la caseta. No me puedo olvidar de sus insultos. Me *golpió* duro. Ahora mismo, si cierro los ojos, puedo sentir los golpes de la carabina en las costillas. Me dijo los *piores* insultos. *Antes muerto que maricón*, repetía sin parar cuando

me encerró en la casa, y mi mamá sentía que las palabras le rompían el corazón. Ella murió al poco tiempo. Yo fui el culpable de su muerte.

La mano que Benjamín tenía libre buscó a tientas las lágrimas en la cara de Sebastián.

—No hables de culpa, camarada. La culpa está en una sociedad podrida que castiga las diferencias entre las personas. Da igual que éstas sean por la plata, la piel, las creencias o la inclinación sexual. Pero eso se acabó, ¿me oyes? Chile es libre. La lucha nos devolverá la libertad a los chilenos. La de las ideas y la de los sentimientos. Somos jóvenes y tenemos que vivir nuestra vida como la sentimos. Eso es lo único que debe importarnos.

Por toda respuesta, Sebastián Valdés pronunció tres palabras.

—Quiero vivir, camarada.

El negro de la noche atravesaba los cristales. Todo era oscuridad en aquel espacio que albergaba su incipiente compromiso.

Los labios seguros de Benjamín buscaron la boca de Sebastián. A sus veinticuatro años, el marido de Amanda Jara respondió al amor por primera vez en su vida con la verdad de un beso.

El cerco se estrecha

Lo sabes. No hay más que ver la cara con la que nos miras. Es como si quisieras descubrir lo que cada uno de nosotros está pensando. Por eso nos disparas a los ojos con esa mirada ambarina que empieza a darme un poco igual. O mucho me equivoco, o *el Madrileño* va ocupar por entero la sesión de hoy.

Lucas ha cumplido y tú sin enterarte. En cuanto le lancé el globo sonda del affaire entre Valdés y Alberto, le faltó tiempo para soltarlo en el patio. Puedes creerme; por mucho que lo mires no te lo va a contar. Lucas está chiflado, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que en estos momentos no le conviene hablar.

Luego estuve observando la reacción que provocaba entre la escoria con la que se codea, hasta que el rumor se convirtió en noticia. No tardó ni diez minutos en llegar a oídos de curiosos y maricones; unos, de nacimiento, los otros, obligados conversos. Si, Paula, he dicho *conversos*. ¿No me digas que no sabes quienes forman parte de tan insigne equipo? Claro, mujer, me refiero a los que se han pasado a las filas gays para calmar la hambruna carcelaria. Cuando uno se siente acuciado por la necesidad, cualquier agujero es bueno.

No te extrañe que alguno de los receptores del mensaje, homosexual o no, pero eso sí, con vocación de heraldo y pésima ortografía (a las pruebas me remito), se haya atrevido a colgar en la puerta de la consulta una invitación tan ingeniosa. Y sobre todo, tan oportuna como el sitio elegido. De sobra conoces que es ahí donde cada mañana se reúnen las especies más interesantes en busca del alpiste diario para parchear las miserias corporales. Lo siento por ti y por tu *protegido*, pero cuando llegó la doctora Rivas y arrancó el cartelito de la puerta, el daño ya estaba hecho.

Me sé el edicto de memoria; si quisieras podría recitarlo para ti.

Solopabujarrones

UnNuebo “julapa” andacachondo enlos “tigres” conuna maricavieja. Sele conoze porel Madrileño iseyama Alberto. Sialguno leban lasllagas tiernas quesevaya aporel.

No tiene desperdicio. Yo diría que el autor es un cachondo mental con ganas de divertirse. Pero a ti no te ha hecho ninguna gracia; lo llevas escrito en esas dos rayas de la frente que desmerecen tu preciosa nariz.

Apenas has empezado a hablar y la voz te pesa (¡mira!, no me había percatado de que tienes ojeras; ya ves que no me fijo en ti como antes). Además, hablas más bajo que de costumbre y las palabras no te salen con la misma firmeza.

Más fuerte, Paula. ¿Es que no te das cuenta de que sube el murmullo general? Estás dedicando demasiado tiempo a los prolegómenos. Deja de una vez las vaguedades, no enredes más con el bolso ni cambies los papeles de sitio. No puedes disimular que estás nerviosa, y éstos enseguida empiezan a perder la paciencia.

¡Mírame! Aquí me tienes, guapa. ¿Qué tal controla una psicóloga como tú eso de la telepatía? A ver si eres capaz de leer el desafío en mis ojos.

Contigo no hay manera. Desisto. Tienes la virtud de sacarme de quicio. Como siempre, me reservas la mirada más breve. Ni tres segundos de reloj, Paula. Hoy, además, me has mirado con desconfianza. Me atrevería a decir que hasta con desprecio. ¿Por qué no me preguntas directamente? Vamos, atrévete. Es lo único que te falta. El responsable soy yo. ¡Y qué! Pero tú me has provocado. No eres cauta, Paula. No, no, no... La terapia se te está yendo al carajo, lo mismo que *el Madrileño*. Eso no era lo que buscabas cuando empezaste con el genial invento de que echáramos fuera los jodidos demonios.

Quid pro quo. Yo tampoco buscaba tu desdén cuando decidí soportar la compañía de estos imbéciles. Sólo quería verte cada jueves.

Desde que cruzaste el patio y supe quién eras, y a qué venías, no me lo pensé dos veces. ¿Alguna vez creíste que necesitaba de tus cuentos chinos para sobrevivir a los cerrojos? Que lo sepas: he resistido hasta hoy como un guerrero por el movimiento de tus tetas. Y una mirada de las tuyas, lo reconozco, *me pondría* igual que si te desnudaras. ¡Pero estoy hasta los huevos de ver tus ojos pasar de largo!

Intentas aparentar normalidad. Fuerzas la voz y tratas de deshacer la sospecha.

(..) ¿Qué sentido pueden tener para nadie una frase torpe, vertida con la

clara intención de hacer daño? Ninguno. A mí me parece una broma grosera de alguien que no sabe medir el alcance de sus palabras. Sé que todos estáis dispuestos a borrarlas. Alberto y Sebastián, los primeros...

Claro que tiene sentido. Sigues sin enterarte de nada. Sólo te preocupa ese cabrón. No eres hábil; así te va conmigo. Si hubieras sido más lista, no habrías despertado en mí este deseo de enredarte en el contubernio que no ha hecho más que empezar. Todo marcha sin prisa por la senda correcta; la *frase torpe*, si me permites utilizar tu propio eufemismo, no es más que el sainete. Para montar el teatro, no ha sido necesario ser explícito en la distribución de papeles. Cada uno de los actores está desempeñando el suyo de forma más que solvente. Valdés, Alberto, Lucas, el *Cervantes* del anónimo... Hasta tú misma, Paula.

Te adelanto que pronto habrá sorpresas en el escenario. Me gusta dejar libertad a los actores. Que me impresionen con la introducción de succulentas *morcillas* (aclaro que no va con retranca ninguna de las dos palabras, aunque teniendo en cuenta el tema que nos ocupa, pueda parecer una metáfora cargada de intención).

Hoy no soporto tus palabras. Me agujerean la cabeza. Pero tú sigues con el mismo tesón intentando resultar convincente.

(...) Lo que ha ocurrido no tiene importancia. Un juicio malintencionado y falso no debe influir para nada en el camino hacia la normalización de vuestras vidas. Hacia esa visión positiva del día a día, que estamos obligados a descubrir y a construir, si queremos que nuestros minutos y nuestras horas sean mejores...

Por fin te has decidido a abandonar tu parapeto. Eso es. Acércate al *Madrialeño* y redondea la faena. Me apuesto el éxito del plan a que no eres capaz de sacarle una palabra. Eso es lo que yo quiero; que siga callado y que los demás hablen por él. Y sobre todo, de él. Que lo busquen y que lo encuentren con las mismas ansias que tú le buscas la mirada. Lástima que desde aquí no pueda ver la vergüenza en sus ojos.

Llevas más de un minuto a un palmo del *gilipollas*. ¿No te parece que estás demasiado cerca? Para qué vas a cortarte en un día como hoy, ¿verdad? Eres una imprudente, Paula. Cualquiera que observara la escena, se daría

cuenta de que Alberto no es para ti uno de nosotros. Cuidado con las manos. No vayas a perder el control y se te escapen hacia lugares comprometidos; podrías tener problemas con la cúpula carcelaria y quedarte sin el puesto.

Vamos, Paula, deja en paz a ese imbécil y acaba el discurso de una puta vez. Y sin interrupciones, joder. ¿Es que no te das cuenta de que nos estás ignorando?

Me revienta tu balbuceo encima de ese baboso. ¿Qué le estás diciendo? No te oigo, Paula. ¡Habla más fuerte, coño! Está claro que le estás dando vaselina; si Alberto asiente con la cabeza, es fácil adivinar por dónde van los tiros. Los dos te dan la razón a dúo: Alberto y Valdés. El *Llagatierna* y la *Maricavieja*. Hay que joderse. No se despegan el uno del otro desde que salen de la celda. Si supieran hasta qué punto me resulta rentable su tierna unión.

No me gusta nada tu cara. Te veo apagada. Mustia. Será la conmoción que te ha producido la brillante prosa sin firma del espontáneo. Seguro que Ángela Rivas ha hablado contigo esta mañana, ¿a que no me equivoco? A ver cómo te las arreglas para sacar a flote la situación. Hasta ahora sólo has dicho cuatro vaguedades.

Te adelanto que no me vas a sorprender con palabras estudiadas. Me consta que a los comecocos os entrenan para eso en la universidad, pero hoy no estás a la altura; te cuesta mantener la pose de seguridad a la que nos tienes acostumbrados; la compostura que exige tu sitio detrás de la mesa, aunque a ti te guste más atravesar la línea de fuego y prefieras el riesgo excitante del cuerpo a cuerpo.

Vamos. Impresióname si puedes. Quiero disfrutar viendo como sigues nadando contra corriente con el agua hasta el cuello. Pero te aviso de que no pienso bajar la guardia, no vaya a ser que, in extremis, seas capaz de convencer a estos cretinos de que la verdad termina venciendo a la impostura. Si eso sucediera, no dudaría en desmontarte, en un par de movimientos de ficha, un postulado tan contrario a mis principios y tan nefasto para el éxito del plan.

Te lo dije el primer día y te lo repito ahora: mentir me interesa. La mentira me encumbra sobre vosotros. Sobre las personas como tú. Seres mediocres. Débiles. Sujetos a la esclavitud de los convencionalismos; de las verdades pactadas y pacatas que encarcelan vuestras vidas con cerrojos más fuertes que los de la celda.

Doce ojos observan tu culo mientras huyes de nuevo a la trinchera. *El Madrileño* no te mira. Si volvieras la cabeza, te darías cuenta de que resulta patético. Pobre diablo. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

Hasta en la manera de sentarte se adivina tu cansancio, Paula. Pero sé que la arenga no ha terminado. Seguirás con tu verborrea y echarás el resto por la causa. Adelante.

Mirad, de eso se trata. Mientras estemos vivos, los seres humanos tenemos una fuerza valiosa, que se llama voluntad, con la que podemos cambiar lo que no nos gusta de nosotros. En la calle y en la cárcel.

Y aquí, cada uno de vosotros, yo misma, tenemos la responsabilidad de sacar adelante este proyecto en el que estamos metidos desde hace varias semanas. Para lograrlo, cada uno de nosotros necesita que los demás crean en él; en su esfuerzo, en las posibilidades que tiene como persona. Que lo apoyen en los momentos bajos. Que lo defiendan. Frente a sí mismo, cuando las fuerzas lo abandonen, y frente a los que están fuera del grupo, cuando, como en el caso que hoy nos ocupa, con sus ataques intenten derribar lo que con tanto esfuerzo estamos levantando.

Pasemos página. Todos. Y a quien se haya atrevido a verter un juicio lleno de falsedad, no le demos el gusto de dejarnos influir por sus palabras cobardes.

Tú, bla, bla, bla, sigues a lo tuyo, aunque a mí me resultes cada día más inaguantable. Una vez más siento deseos de dejarte con la palabra en la boca; no sé hasta cuándo voy a soportarte. Pero hoy no me queda otro remedio que seguir quitándome el blindaje, y dejar que tu voz penetre en mi cabeza. Por si tengo que corregir el guión.

Alberto ha salido de su encierro voluntario. Es bueno que comparta lo que le abruma por dentro. Las sombras del pasado (todos las tenemos) y los planes de futuro.

Os habréis dado cuenta de que siempre hemos respetado sus silencios. Pero habréis observado también que en las sesiones de terapia ha encontrado un amigo: Sebastián Valdés. Todos necesitamos unos oídos que nos escuchen. Unas palabras de ánimo en el momento justo. Un buen amigo puede aliviarnos el peso de la soledad. De la distancia. De la difícil espera

que sueña con la libertad...

¡Venga ya! Relájate, respira y no te pongas melodramática, preciosa. No entiendes nada. ¿Todavía no te has dado cuenta de que a estos pobres diablos se la suda tu discurso?

Estaréis de acuerdo conmigo en que el anónimo encierra una acusación tan carente de sentido, tan lejos de la verdad, que no merece ni un minuto más de nuestro tiempo.

Déjate de gaitas; me aburres. Eres tan ingenua que quieres borrar la mancha del aceite derramado, cuando sabes de sobra que eso no va a ser posible.

Si alguien quiere expresar públicamente su opinión, estoy dispuesta a escucharlo y me imagino que vosotros también.

El silencio por respuesta. Era de esperar. No insistas, Paula. ¿Acaso no sabes por qué ninguno te responde? Alberto y Valdés, por vergüenza. *El Nene* y *el Gitano* porque la cabeza no les da para reflexiones. Adolfo no lo ve claro (eso me beneficia), y a Lucas le toca callar.

En cuanto a mí, qué quieres que te diga... Soy paciente, y sé que un día no lejano te recibiré con la sonrisa de los vencedores, y te diré: *¡Bienvenida al club! Ya eres una más del grupo de fracasados al que venías a salvar.*

Y cuando ese día llegue, celebraré cómo miras a tu alrededor y compruebas el desastre de tus naves hundidas; el naufragio de los cuatro tarados que buscaban su redención en tus sesiones de mierda, rendidos al reclamo de tus encantos.

Ese día me despediré de ti con mirada triunfante. Cantaré el himno de la victoria, y hasta me atreveré a escupirte a la cara alguna frase que ponga el broche de oro al engañancios de los jueves:

Te has lucido, Paula. Cambia de oficio. Aquí no sirven tus teorías de mierda.

Con la luna en la ventana

No hubo retorno en el camino hacia los cuerpos. Desde aquella noche de finales de julio, cuando sus labios chocaron en la guagua fría y destartada que hacía el recorrido Antofagasta-Santiago, Benjamín Silva y Sebastián Valdés se descubrieron y se conquistaron. Como espeleólogos ciegos, aprovechaban la oscuridad para explorarse, hasta encontrar a tientas las emociones escondidas en cada centímetro de su geografía.

Tras agotadoras reuniones, donde los miembros del Comité de Unidad Popular establecían las estrategias de acción, retornaban el uno al otro enajenados, y vertían su deseo en el camastro de un cuarto cualquiera prestado por algún camarada; entre las maderas del taller de Joaquín Jara, cuando la pasión acallaba la prudencia, o a campo abierto contra la corteza de algún árbol añoso, en aquellos periplos interminables cuya finalidad era el reparto de tierras a favor de los campesinos.

La pericia de Benjamín Silva para frenar los primeros conatos de violencia, que empezaban a surgir entre éstos y los hacendados, era conocida y valorada por la Corporación de la Reforma Agraria encargada de la expropiación de fundos. Por esta razón, en los últimos meses del 71, y en la medida en que crecían los enfrentamientos, a Benjamín y a Sebastián les crecía el deseo, los viajes y los encuentros.

Las palabras, el pan y la piel alimentaban aquellas duras jornadas, y era precisamente en el placer de la entrega donde los dos jóvenes reconstruían sus fuerzas, rotas cada día en la férrea lucha por las libertades.

Al principio, cuando Sebastián Valdés volvía a casa, casi siempre a deshora, y a veces después de alguna noche de ausencia, sentía la necesidad de lavar su cara antes de pasar por el cuarto de su hija; no quería dejar el olor a cigarros mentolados del Benja en la frente de la niña. Su paso por el lavabo era para él una purificación; un rito obligado que borraba cualquier atisbo de culpa.

Luego, se dirigía a la habitación con pasos de puma, se acercaba a la cama y rozaba la frente de Camila con un beso etéreo, que casi moría sin haber rozado su pelo.

Ocurría en ocasiones, aun cuando ponía todo su empeño en evitarlo, que el contacto de su barba quebraba el sueño de Camilita. La niña abría los ojos, lo miraba sin verlo, articulaba sonidos ininteligibles y se daba media vuelta

gruñendo como un cachorrillo. Entonces, Sebastián Valdés sentía que el estómago se le anudaba hasta producirle dolor, al tiempo que un regusto amargo y espeso le subía hasta la boca.

No es que se juzgara a sí mismo culpable por el sentimiento que lo arrojaba en brazos de Benjamín Silva, pero sí tenía la sensación de estarle usurpando a su hija un tiempo que le pertenecía; la figura cercana y protectora de un padre que vigilara sus juegos; una mano firme que guiara sus pasos en el aprendizaje de la vida.

Al fin y al cabo, su infancia y la de su hija tenían en común la ausencia de la figura paterna. Lo mismo que *el Carabinero*, aunque por razones distintas, él tampoco estaba ejerciendo su papel de padre como Dios mandaba. Menos mal que eran muchos en la casa para regalinear a la *chicoca* en su ausencia.

Estas ideas, y otras parecidas, se centrifugaban con los remordimientos en la cabeza de Sebastián Valdés, quien, mirando a su hija, juraba una y mil veces por la memoria de su madre que cuando la situación en Chile comenzara a normalizarse, la compensaría con creces por los días robados.

Luego, calmada su zozobra, con el mismo sigilo se dirigía al dormitorio conyugal.

Ninguna noche podía evitar que a su paso las luces se encendieran en el cuarto de Joaquín Jara; ni que la voz de su suegro, ronca y recelosa, volcara sus sospechas sobre los oídos de su mujer.

—Fernanda... ¿vos oís lo mismo que yo? El *agilao* éste me está *cabriando*. Si salto del catre me lo agarro del cogote.

—Déjalo estar, hombre. No seas *carbonero*, que ya el fuego está *encendió*. Si no lo *hacís* por él, al menos por esa *cabrita* que duerme como un ángel en su cama.

Los muelles del catre volvían a crujir y las palabras del amo de la casa, más duras y más roncadas, se ahogaban entre maldiciones.

Ya en la alcoba, Sebastián encontraba el cuerpo de Amanda alumbrado por el haz de luz que se colaba por el ventanuco. En las noches de luna, un rayo blanco hacía relucir su trenza oscura sobre la almohada. Se quitaba la ropa y, casi sin respirar, se metía en la cama con buen cuidado de evitar el contacto entre su cuerpo y el de ella.

Pero Amanda siempre terminaba abriendo los ojos en la oscuridad y buscando el reloj despertador en la mesilla de noche.

—Es tarde, Bastián... ¿Qué pasó?

Argüía las razones de siempre. Le contaba a media voz que era preciso

poner freno a la violencia. Allende quería levantar el país sin usar la fuerza, pero no todos los que militaban en la Unidad Popular eran de la misma opinión. Muy al contrario, algunos camaradas estaban convencidos de que, tal como andaba la situación, una revolución pacífica era poco menos que imposible.

Así las cosas, los mandos del Comité necesitaban gente como Benjamín para evitar, en la medida de lo posible, los enfrentamientos internos entre radicales y moderados, y esto les había llevado, como cada día, a discusiones interminables de asamblea en asamblea; de ahí la tardanza.

Además, estaba la expropiación de fundos. Había que garantizar que el proceso culminara con éxito. Nadie podía olvidar la muerte a balazos de Rolando Matus mientras defendía su pequeña heredad en el sur, así que había que evitar como fuese cualquier confrontación.

Terminada la arenga, réplica exacta de la escuchada al Benja tantas veces, y por otra parte a su juicio sobrada de fundamento, besaba a su mujer en la frente y huía del abrazo.

Y siempre, antes de dormirse, pensaba que Amanda era una santa. Un ángel que no se merecía el marido que le había tocado en suerte. Sebastián era consciente de que a ella también le estaba arrebatando lo que en derecho le correspondía. A sus veinticinco años escasos, su carne trémula se le abría insinuante en aquellas madrugadas, entre caricias que querían ser procaces sin conseguirlo.

Los pechos de Amanda eran de bronce, y el musgo de su pubis tan negro como la trenza que relucía con el rayo de luna. Cualquiera hombre la habría tomado hasta el éxtasis. Una vez. Otra. Y otra... Cualquiera menos él, que con la delicadeza de que era capaz, doblaba las rodillas sobre sí mismo, evitando así que ella pudiera percibir la flacidez de un miembro agotado por las batallas de la carne.

Nunca imaginó que podría ocurrir. El verano se sentía con rigor aquella madrugada de diciembre. Cuando entró en la habitación encontró a Amanda desnuda sobre la cama. La luna llena irrumpía en el pequeño cuarto y tallaba sin pudor las líneas de su cuerpo.

Parecía dormir plácidamente, pero al sentir el chirrido del somier se volvió hacia él retorciéndose mimosa en actitud de entrega.

Poco a poco se le fue aproximando, hasta que Bastián sintió en la espalda, también desnuda, la turgencia de unos pezones que reclamaban sus dedos y

sus labios. Pero los labios y los dedos de Sebastián ya tenían dueño, por eso decidió que la mejor respuesta era permanecer inmóvil y acompañar la respiración. Tenía que ganar tiempo. Si lo creía dormido, ella pegaría la vuelta y replegaría sus armas de mujer; ésas que para él eran en realidad tan inocuas como invisibles.

Pronto comprendió que se había equivocado. La mano de su mujer crecía hasta su bajo vientre buscándole el sexo.

Ante la falta de respuesta, tomó la iniciativa y se encaramó a horcajadas sobre su marido. Los pezones de Amanda le caían en la boca como uvas maduras, mientras que con sus caricias se afanaba en lograr la dureza precisa que le permitiera sentir la virilidad de él en lo hondo de sus entrañas.

El instinto de Sebastián no lo llevaba a complacer a su mujer, pero sin la ofuscación que provoca el deseo, su mente se permitía pensar con claridad: podía llegar tarde a casa, huir de la piel de Amanda en el lecho, argumentar cansancio, culpar al Comité de su falta de bríos, pero no era propio de un hombre de bien envainar la espada cuando ella, su mujer ante Dios y los hombres, aunque en momentos tan comprometidos como éste llegara a pesarle, de una forma tan manifiesta le instaba a un cuerpo a cuerpo.

Sebastián nunca había visto a su mujer en semejante actitud. Con rotundidad y sin pudor, le reclamaba lo que era suyo con roces cada vez más insistentes.

La quería. La había querido desde que ella descubriera sus ojos asustados detrás de los tablones, aquella mañana en el taller de su padre. Era cierto que no podía amarla como un hombre ama a una mujer, pero esa noche tampoco podía rechazarla sin herir sus sentimientos.

Fue en ese instante cuando la casualidad y la urgencia obraron el milagro. La habitación se obscureció de pronto; tal vez fuera una nube cómplice que con oportunidad ocultó la luna. O quizás, la ceguera acomodaticia de un Sebastián atribulado, pero lo cierto es que allí, cabalgando en el corcel del deseo, el Benja se le entregaba por entero. Entonces sintió que su miembro crecía hasta él.

En un impulso incontrolado Sebastián Valdés invirtió los papeles. Volteó hacia abajo el cuerpo húmedo que buscaba el suyo y se apresuró a poseerlo con ansia.

El desacostumbrado ardor de su marido le producía a Amanda una enajenación placentera que le hacía gemir. Sebastián susurraba entre resuellos, mientras su pensamiento no cesaba de repetir, como si de una

letanía carnal se tratase, reclamos eróticos necesarios en aquellos momentos, para espolear su imaginación.

De haber sido audibles, y por razones bien distintas, hubieran hecho gritar a Amanda aún más fuerte que el placer.

Pero ella, con las pupilas dilatadas, la cabeza sobre la almohada, y las rodillas y los codos clavados en el lecho, buscaba la estabilidad precisa para recibir los envites de un Sebastián desconocido.

Enardecida por aquel vaivén que le hacía sentir espasmos en las entrañas, entre flujos, jadeos y gemidos, se dejó llevar sin oponer resistencia, hasta que la sincronía de un orgasmo de vértigo, tantas veces por ella deseado, transportó los dos cuerpos a las cimas del gozo.

Amanda y Sebastián por vez primera gritaron juntos, y su clamor descontrolado atravesó sin dificultad las paredes de la casa y el sueño de sus moradores.

Joaquín Jara hizo crujir los muelles del catre mientras se volvía hacia su mujer y le daba pequeños toques en la espalda.

—¿Oís lo mismo que yo? Tendrá pinta de *chabón* el Benja, pero vaya *cacha* que se está pegando esta noche.

—Nunca *estái* conforme, marido. Quiera Diosito que el río vaya encontrando su sitio.

—El río no lo sé, pero el *pico* de tu yerno ya ha *aprendío* por dónde le entra el gusto a nuestra Amandita.

—¡Mira que *vos erís* animal! Mejor *pegái* la vuelta y seguís con el sueño, que aún no salió el cara de gallo.

Perfume a menta

Pasaron muchos rayos de luna por las ventanas de la casa de Joaquín Jara, pero no volvieron a arrancarlo del sueño los resuellos del amor. Amanda aguardó despierta cada madrugada, perfumó su cuerpo, deshizo su trenza negra, intentó hasta el agotamiento tomar las riendas de un acercamiento sin pudores, con la esperanza de que su carne volviera a estremecerse al galope de la locura... Inútil quimera.

El tiempo se encargaría de sembrar en su ánimo la duda razonable de que aquella *bendita noche*, como le gustaba nombrarla cuando la revivía en soledad mientras esperaba a un marido cada vez más ausente, no había sido otra cosa que un espejismo; una alucinación producida por sus ansias de amar.

Quizá a ella le hubiera ocurrido lo mismo que a esos caminantes perdidos en el desierto de Atacama. Su piel reseca, sin agua ni alimento, había recreado un paisaje de plantas verdes en la aridez de su vida; había soñado los deleites del agua fresca, caudal poderoso de azúcar y miel que anegó las grietas de su cuerpo y desbordó sus manantiales.

Y comprendió al fin que, ya fuera fantasía o realidad, jamás conocería otra noche como aquella noche.

Lo que Amanda Jara nunca pudo imaginar, es que a su marido le costaba más cada día contemplarla en el lecho a sabiendas de que jamás sería capaz de aplacar su sed; de amarla por *ella* y como *ella* merecía ser amada.

Por eso, Sebastián Valdés deseó que aquella noche no hubiera existido. El hambre era más llevadera para quienes no sabían de banquetes. Pero la mesa no la puso para ella. Benjamín Silva fue el invitado de honor, también aquella madrugada de luna y deseo, y esta certeza no dejaba de agujonear su conciencia.

¿Qué pensaría Amanda si conociera la vileza de su traición? No tenía perdón. Se consideraba el más ruin de los mortales por haberse atrevido a engañar a su mujer en su propia casa y en su cama.

Se preguntaba cómo había podido traicionar a Amandita, que lo sacó de la calle y le tendió la mano sin dudarle un instante; que se atrevió a dar la cara por él, no sólo ante su padre, sino también ante don Matías, el cura, cuando era un *guacho* sin casa, harto de vagar como un *quiltro* por las comunas de Santiago en busca de pan y cobijo.

En los últimos meses veía a su mujer cada vez más ausente. Las pocas veces que se atrevía a mirarla de frente, las chispas verdes de sus ojos se apagaban de súbito, y se le hundían las pupilas en un pozo de pensamientos negros, que oscurecían su presente y borraban cualquier esperanza de futuro al lado de quien se decía su marido, aunque siempre relegara el débito que como tal le correspondía.

La causa de las tribulaciones de Amanda era precisamente la certeza amarga de que Sebastián Valdés no la quería, aunque ella no fuese capaz de entender los motivos. Una vez admitido como incuestionable semejante juicio, su mente se perdía en elucubraciones cada vez más confusas, sin ninguna posibilidad de llegar a la verdad recóndita que se le escapaba por impensable.

Pero Sebastián había decidido callar. El Benja y él tenían que ser cautos. No podían permitirse fallo alguno que permitiera descubrir lo que ambos compartían. Nadie debía conocer el secreto que agrandaría la pena de su mujer, levantaría las iras de sus suegros y, lo peor de todo, podría arrebatarle la presencia y el cariño de Camilita.

A su ya nada fácil situación familiar, había que añadir la complejidad del escenario político. Tras el primer año de gobierno, la Unidad Popular había tenido que hacer frente al déficit público, a un mercado negro que multiplicaba los precios; a la huelga de transportes financiada por la CIA, sin contar la virulencia que se respiraba en el aire, contaminado por los enfrentamientos constantes entre los grupos extremistas, que dirimían sus diferencias en las calles y en los campos de Chile.

Así las cosas, a Benjamín Silva se le iba estrechando el círculo de acción y, sobre todo, la fe en las posibilidades de construir, por la vía pacífica, una sociedad igualitaria y democrática, tal como Allende propugnara desde su llegada al poder.

—No quiero verte inquieto —le dijo Sebastián mientras acariciaba con su mano, encallecida por la garlopa, las mejillas barbilampiñas del Benja, curtidas ahora por el sol de tantos días devorando latitudes, aunque la oscuridad de la noche le impidiera contemplarlas.

—Esto no era lo que buscábamos, camarada. Van casi dos años, y lo que levantamos con tanto empeño se viene abajo.

—Se han hecho cosas; no nos engañemos. Las minas son de Chile al fin, y los capitalistas yanquis se fueron a su casa.

—Pero el cabrón de Nixon nos está cagando. Ya se ocupa de *boicotiar* las

ventas de cobre fuera de Chile. Y de que no entre plata acá. Allende esperaba más de esto... Y los chilenos que lo votaron... Yo también esperaba más.

—¿Y qué me dices de los campesinos? Las tierras ya son tuyas y pueden...

Benjamín Silva cortó con voz seca las palabras bienintencionadas de Sebastián.

—Sabes como yo que la derecha quiso joder también con leyes lo de las expropiaciones.

—Pero Allende no se arrugó. Le echó un par de *huevas* y paró la intentona. ¿O no es verdad? —dijo Sebastián levantando la voz.

Con un siseo cauteloso, Benjamín procuró que el tono de la conversación se atemperara y respondió casi en un susurro:

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? No hay más que encontronazos. La guerra está en la calle, *cabro*; no me digas que esto va arreglarse. Y lo *pior* es que algunos revolucionarios la están *embarrando*. Ellos mismos no más van a acabar con la revolución.

—No, compadre. No *vayái* a perder ahorita las ganas de *peliar*. Vos *podís* cambiar las cosas con las palabras. Como siempre. ¿Os *acordái*? Vos lo dijiste el primer día. *Hay que orientar a los chilenos en el camino hacia la movilización*.

Aquél pensamiento cargado de intenciones surgió de la memoria y del corazón de Sebastián Valdés, y lo mismo que entonces chocó contra las maderas del taller. El escenario no había cambiado. Sin embargo, había pasado el tiempo y estaban solos.

—No Bastián —concluyó el Benja—. El Comité se está arrugando también, y muchos de los que antes *cacariaban*, o se han ido con los violentos, o desde hace mucho mantienen bien cerrada la boca. Créeme. Un día de estos, los militares se echan a la calle y toman La Moneda.

Se abrazaron. La luna, lo mismo que Sebastián Valdés aquella primera noche, en la que tuvo el acuerdo de elegir como dormitorio el taller de Joaquín Jara, entró por el ventanuco y desvistió las maderas y los temores.

A dos cuadras de allí, en esa misma madrugada, las horas pasaban por el dormitorio de Amanda con lentitud exasperante.

Un año había transcurrido desde *aquella noche única*, y ella seguía sin saber la razón cierta que arrancaba a Bastián de su cama y de su cuerpo. Pero estaba dispuesta a descubrirlo.

Temía conocer la verdad de sus escapadas nocturnas, pero también temía por él; por su marido. Las calles empezaban a no ser seguras, y las comadres no se cansaban de meterle el miedo en el cuerpo, hablándole de enconos y venganzas entre partidos que a veces se saldaban con víctimas inocentes.

En un principio admitió como buena la idea de sincerarse con el Benja y decidió preguntarle (triste ironía) si era cierto que las ausencias de Sebastián se debían a las eternas reuniones del Comité.

Sobre todo, quería saber de su boca si esas reuniones se prolongaban hasta casi el amanecer, como le decía su marido, o si se trataba de una excusa argüida por Bastián para ocultarle otras verdades que no podían confesarse.

Nunca se atrevió a preguntar; ahora se alegraba.

Al recordarlo, Amanda no sabía si le dolían más las dudas pasadas o la sospecha presente. Cuando le habló a su mamá de sus recelos acerca de las ausencias de su marido, ésta le aconsejó que tuviese los ojos bien abiertos; que observara con atención las ropas de Bastián después de sus salidas con el Benja. Y que se fijara en los olores. Y en las manchas de la camisa y de la ropa interior; las malas mujeres siempre dejaban huella. *Aunque si quieres que te diga la verdad, mijita, añadía Fernanda con intención, más lo veo yo... "otras cosas" que mujeriego... No sé si me entendís...*

Pero Amandita no entendió el mensaje velado que encerraban las palabras de su madre.

Quizá no lo quiso entender.

Pese a ello, la semilla que dejaran en su subconsciente haría germinar en su cabeza una duda vaga, alimentada por las horas de insomnio y abandono. Sin embargo, no acababa de ver claro hacia dónde debía dirigir sus pasos para descubrir lo que estaba pasando.

Lo que sí hizo fue seguir sus consejos. No había restos de carmín en las camisas; ni de perfumes baratos que delataran encuentros clandestinos. Lo único que sus sentidos pudieron percibir fue un olor espeso a menta que se entretejía con los hilos de la ropa de su marido, sin que el agua y el jabón llegaran a borrarlo por completo.

Pero Amanda tampoco quiso ver nada en este indicio.

Fue una mañana en el taller donde se hizo por fin la luz en su cerebro, voluntariamente adormecido para obviar la evidencia. Las tres generaciones de mujeres de la familia habían ido a visitar a sus hombres para llevarles el almuerzo.

Como tantas veces, el Benja franqueó la puerta del taller; venía a participar a Bastián de una nueva reunión del Comité. Camilita corrió hacia él. Las atenciones que siempre tenía con la niña le habían hecho ganarse su cariño.

—Un caramelo para mi *cabrita*, pero primero, a volar —dijo alzándola hasta el techo.

Después de darle varias vueltas, la puso en el suelo. Luego buscó en sus bolsillos.

—El último, Camilita —añadió mientras ponía en la mano de la niña la esperada golosina.

La pequeña le quitó el papel que lo envolvía y se lo llevó a la boca.

—Éste no me gusta. Es malo.

—Tómalo, *mijita*. Benjamín lo ha traído para vos.

Camilita levantó la mano buscando la nariz de su madre.

—Mira, mamá, huele a cigarro de Benja.

Para Amanda Jara las palabras de su hija fueron como una campanilla que alertara sus sentidos. El caramelo llevaba impregnado el mismo olor que desprendían las ropas de Sebastián.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? Hasta la niña se había dado cuenta antes que ella. Tenía la verdad delante de los ojos y se había negado a aceptarla. Las camisas, los pantalones, la ropa interior de su marido olían como el caramelo pegajoso que ahora apretaba entre sus dedos sin dejar de mirar a Camilita.

El Benja y Bastián olían a lo mismo. Y si olían a lo mismo es porque sus cuerpos estaban juntos. Porque eran uno solo. No, no, no.... No podía ser cierto. ¿Cómo se le había ocurrido pensar semejante atrocidad? Algo tan grave no podía admitirlo si no lo comprobaba con sus propios ojos.

Amanda sintió un fuerte vahído que por unos instantes le nubló la visión, y tuvo que buscar apoyo en las tablas polvorientas apiladas contra la pared. La palidez de su cara no pasó desapercibida para Fernanda, su madre, quien, sin perder un instante, esbozó una excusa convincente para salir del taller sin levantar sospechas.

—Bueno, si *querís* comer mañana, estas mujeres se van *pa* la casa, que vienen los del reparto de comida por el barrio y nos pillan afuera.

De camino, Fernanda tan sólo pronunció una frase.

—Sólo vos *podís* buscar la verdad, *mija*.

Buscar la verdad, repitió Amanda mirando la claridad de la madrugada,

que empezaba a dibujar en la pared el rectángulo azul del ventanuco.

Se levantó a tientas y se vistió. Luego, descolgó las llaves del taller y se dirigió muy despacio hacia la puerta.

Cuando atravesó el pasillo, alguien que no dormía la dejó marchar, y le pidió a Diosito que alumbrara sus pasos y la ayudara a encontrar el camino.

Apretando las llaves del taller hasta sentir dolor en la palma de su mano, Amanda caminaba deprisa, sin mirar siquiera a los pocos rezagados, tal vez madrugadores, que como ella transitaban las calles. Sentía el corazón en las venas con más fuerza que sus propios pisadas.

Cuando se detuvo ante la puerta, la sangre le golpeaba en la cabeza. Si su sospecha era cierta, sólo había un lugar donde Bastián y el Benja podían esconderse. No en su casa; *él* también tenía familia. Vivía con su madre y cuatro hermanos en la comuna de San Miguel. Tampoco en una pensión; ninguno de los dos tenía plata para gastarla en alquileres.

Estaban allí; en el taller de su padre.

Antes de introducir la llave, Amanda miró por la cerradura. Era pronto para que las luces azules del amanecer definieran los contornos de lo que guardaban aquellas paredes.

Luego pegó el oído a la puerta. En el silencio de la madrugada, creyó percibir un traqueteo acompasado de maderas en perfecta sincronía con las quejas inequívocas del placer. Escuchó sin apenas respirar, hasta que distinguió con claridad los gemidos crecientes de su marido.

Hizo girar con rabia la llave en la cerradura y la puerta cedió con desesperada impaciencia.

Dos cuerpos desnudos saltaron entre los sacos de virutas, al tiempo que la conciencia de Amanda Jara se hundía en una especie de vértigo salvador, antes de que su frágil hechura corporal se desplomara contra el suelo.

Las otras condenas

La cosa es que desde el jueves no veía la manera de platicar con Alberto, hasta que hoy en la mañana supe que andaba ocupado con la visita de sus papás, y aguardé un buen rato a la puerta por donde yo ya sabía que iba a pegar la vuelta.

Iba el pobre *lolo* con la cabeza gacha, y tan metido en lo suyo que si no me voy a él y le palmoteo la espalda pasa de largo sin verme siquiera. Con sólo echarle el ojo, me doy cuenta de que el *malparido* del papelito le ha hecho más daño de lo que imaginaba, así que sin pararme a pensarlo voy y le digo *ni vos ni yo nos vamos a arratonar por culpa del huevón que colgó en la pared una mentira como ésa*.

Él me mira y se calla, y yo le veo en los ojos más miedo que rabia, así que le sigo diciendo *si alguno desea cagar nuestra amistad, por mí ya puede llenar el patio de papeles y de malas intenciones. Y los “huevoes”, si miran, o cacarean, peor para ellos, que este “gallo” nunca gustó de peleas y vos, “mijito”, por lo que hasta ahora tengo visto, bien creo que tampoco*.

Vuelve a mirarme el *lolo* como si no acabara de creerse lo que le estoy diciendo, pero dice que sí con la cabeza y se queda parado. Entiendo por el gesto que tiene cosas dentro y necesita echarlas afuera, de manera que le allano el camino, y aprovechando que la mitad del personal anda *sobando* en la *chabola*, como dicen acá, y la otra mitad *arranaos* por el patio después de haberse metido el chute de los fines de semana, lo tomo por un brazo y me lo llevo al rincón de siempre, donde la experiencia me dice que las confesiones se le hacen más fáciles, aunque sea por la costumbre no más. Luego le pregunto que cómo le fue la visita con la familia, y le busco en los ojos el escondite de las penas.

Recién empieza a contarme, voy descubriendo las otras condenas que lleva *pegaítas* al corazón. Las visitas de los viejos se le hacen cada vez más largas, y los abrazos, dice que los siente en el cuerpo como si estuvieran huecos de cariño. Ya él se mira al reloj igual que ellos, y las pláticas con los dos sólo hacen que demostrar lo lejos que están de saber cómo es su vida en la cárcel. Eso sí, el papá y la mamá saben bien cómo hacer para que le crezcan por dentro los remordimientos y la vergüenza.

El infeliz relata que, cada día, lo primero van y le preguntan por la salud, como si fuera un saludo obligatorio, y cuando les cuenta que tira *pa'lante* sin

la metadona, lo único que se les ocurre a los viejos es sermonearlo con lo de siempre: que tenga buen cuidado de no caer de nuevas en el pozo, y que no olvide que la droga les trajo a todos la desgracia.

Me lo está diciendo y yo pienso: *para qué les da Diosito inteligencia a algunos, si no más saben hacer con ella que llenar la bolsa de plata*, y casi no me aguanto las ganas de decírselo al pobre muchacho, pero soy prudente y me callo; ya yo sé que en estas situaciones, como le gustaba decir a la mamá de Amanda, de nada vale hacer de *carbonero*.

Alberto también se queda callado un rato. Luego me dice que le hubiera gustado tener cerca los oídos de Dolores, la mujer a la que le sonaban los besos igual que los de mi madre; la que nunca tuvo ni reloj ni prisa. Le contaría lo del cartel, que ella sí sabría escucharlo y le daría una opinión que seguro iba a ayudarlo a salir del bajón en el que anda metido. A sus padres, no. De sobra sabe él que iban a acabar con la canción de que tuviera buen cuidado con las malas compañías.

Aquí me descubre la tristeza en los ojos, y se apura a aclararme que no vaya a torcer el sentido de las palabras, y añade luego que para él soy la familia que siempre le faltó, y que ojalá ellos, su papá y su mamá, tuvieran los oídos abiertos como los tengo yo, y palabras de apoyo siempre dispuestas para aclarar los días negros.

Según él me hablaba, los ojos se me iban nublando hasta que terminó diciendo *ojalá mi padre fuera como tú, Bastián*.

Entonces le digo yo, *no “mijo”, no. Claro que me llegan hondo las palabras que me dices, ¿o no ves cómo me sube el sentir a los ojos?, pero no quiero que me pongas en el sitio donde no merezco estar. No soy un “malandra”, pero tampoco un santo*.

Entonces comprendo que ha llegado el momento de contarle la historia de Amanda y Camilita y me la saco del alma con dolor; como se saca una espina de entre las uñas y la carne.

Recién termino, me doy cuenta de que a Alberto también le brillan los ojos, y *ahorita* es él quien me palmorea el hombro y me dice que hay una diferencia importante entre su vida y la mía. Cuando le pregunto que cuál, me responde que yo perdí a mi familia por ser fiel a un sentimiento que tenía adentro desde siempre, mientras que él perdió a la suya por buscar experiencias nuevas que se compraban con el maldito dinero y hacían daño. *No, no, Alberto*, le digo yo; *no te confundas. Yo me dejé sacar de la calle y*

me metí en un matrimonio a sabiendas de que no iba cumplir como un hombre. Y no era un perro, “mijito”, que trueca la libertad de la calle por una caricia y un trozo de pan. Y no “digái” tampoco que no tenía edad para saber lo que me hacía, que era ya un “hombresito” con los veinte cumplidos.

Me mira Alberto y yo veo en su cara que le están calando adentro las cosas que le digo, por eso aprovecho y le sigo hablando sin darme respiro.

“Debís” saber que yo amaba a Amandita, pero igual que hubiera amado a la hermana que el cielo no me dio. Amanda tenía en mi corazón el mismo sitio que Arantxa tiene en el suyo.

No más salen de mi boca tales palabras, por la cara que pone Alberto entiendo que he vuelto a *embarrarla*. Hoy quería hablar con mi hermana, me dice bajito, como con pena, y luego sigue diciendo que Arantxa quizá hubiera entendido por qué se encuentra así desde el jueves. Por eso siente que hoy no haya venido a verlo. Al preguntar por su ausencia, ellos le han dicho que anda de viaje por Europa. *El viaje de su vida*, le dice la mamá... Y para acabar de *cagarla*, dice el papá *hizo un buen curso y merece un buen premio*. Y claro, Alberto me cuenta, aguantándose las lágrimas, que en ese instante fue como si oyera lo que estaban los dos pensando: *Tú obraste mal y tienes aquí tu castigo*. Y luego se deja caer unas palabras que hacen daño sólo de escucharlas: *Sí, Bastián. Es lo justo. Cada uno lo que se merece.*

Me quedo rumiando lo dicho no más, pero enseguida le busco la vuelta.

No es bueno que uno se golpee la propia mejilla, compañero. El tiempo vuela. Antes de lo que “imaginái”, estos años serán un mal recuerdo. Te lo dice este viejo, que ya recorrió mucha vida.

Alberto vuelve a mirarme largo, y luego, ya más tranquilo, empieza a explicarse. Me dice que lo del papel no le duele por lo que lleva escrito, sino por las intenciones. Que está confundido, y tiene miedo de lo que pueda haber más allá del asunto; y más, al no saber quién puede andar detrás. Y que cuando entra en los servicios o rodea una columna, no puede evitar el pensamiento de que en la sombra hay alguien que quiere hacerle daño; lo mismo que a mí, y no entiende cuáles pueden ser las razones.

Le digo yo que no hay que buscar razones en este sitio, que ésas no están en la cárcel. Luego me paro a pensar lo que voy a decirle, y hago intención en hilvanar con acierto las palabras, que lo que más deseo es que las entienda y que le sirvan:

“Escucháme”, “cabro”: *aquí, entre los años de espera se muere hasta la cordura. Para que “entendái”, “pa” mí la cárcel es como un campo grande,*

donde terminan secándose las semillas buenas. ¿"Sabís" por qué, "mijo"? Eso es no más porque son muchos los años que hay que esperar a que salgan de la tierra, y uno acaba por perder memoria de lo que sembró. Pero hay otras semillas malas que en este campo grandote crecen rápido, y de ahí salen las malas hierbas que luego nos enredan los pies. ¿Me "entendís"? Es no más para que demos trompicones y terminemos con las narices en el suelo, que aquí es fácil caerse cien veces. Lo que quiero decirte, es que la "custión" del cartel es el fruto malo de las semillas malas...

Me paro a respirar y pienso que no sé si lo que digo encuentra o no su sitio en el corazón de Alberto, de modo que sigo golpiando el clavo en la madera. Vos y yo tenemos que arrancar los yerbajos del camino, y por las noches, no más hay que hacer que pensar en lo bueno que nos aguarda.

Aquí corta el discurso y dice ¿dónde está lo bueno, Bastián? Le contesto yo, afuera en la calle, el día mismito que seamos libres. A ver, dime cuántos años te "quean" de prisión.

Una vez más se le pierden los ojos y lo veo ahogarse por dentro. Luego la voz parece un chiflo cuando por fin responde a mi pregunta. Entré a los dieciocho, la edad de Arantxa cuando empezó su carrera en la Universidad, y saldré con más de treinta. Pero te diré algo que no le he dicho a nadie: no me veo en la calle, viejo. No imagino mi vida cargando con la vergüenza propia y la de la familia. ¿Cómo crees que me miraría mi padre? ¿Qué trabajo me tendría preparado para guardar las apariencias? Cuando me mirase a la cara, yo bajaría la cabeza porque sentiría su desprecio y su vergüenza. ¿Y qué les diría mi madre a las visitas cuando volviera a presentarles a su hijo el preso?

Mientras lo escucho, voy pensando que eso mismo es lo que tendría que echar afuera en las reuniones de los jueves con la doctora, de modo que me atrevo a darle un consejo: Siento mucho no tener respuestas para tantas preguntas, le digo, pero la "doctorsita" sí las tiene. Cuando llegue el jueves, "hablale" lo mismo que a mí. Paula sabe la manera para que "salgái" del problema. Y las palabras tuyas "recordalas" siempre. El mismo jueves, nos decía que con voluntad podemos cambiar las cosas que no nos gustan. "Recordalo" también, "mijito"; en la cárcel, y cuando salgamos afuera.

Y él me dice no puedo hablar allí; cuando entro y ella me mira, no me salen las palabras, ¿sabes? Unas veces se me seca la boca, otras parece que

la sangre se me para. Y si me pregunta, el corazón empieza a latirme tan deprisa que tengo miedo a que pueda oírlo ella... Yo creo que es la vergüenza. Sí... La vergüenza y los remordimientos.

Al decirlo, se encienden candelas en los ojos negros de Alberto. Y yo me queo pensando en sus palabras unos instantes y no puedo por menos que acordarme de aquel primer viaje en la guagua con el Benja.

Nos damos cuenta Alberto y yo de que el patio empieza a moverse. Ya veo algunas alimañas al acecho y empiezan a oírse cuchicheos y risitas. *¿Sabís que Paula le tiene a vos un cariño “especial”?* No esperaba la pregunta y se calla, pero yo sigo leyendo en su cara, que por momentos va subiendo de color. *Por eso me avergüenzo más, dice. No quiero que ella conozca los detalles... ya sabes. Daría la libertad por que nunca hubiera ocurrido lo que ocurrió...*

Viendo que sube también el calor en el patio, entiendo que debemos terminar la conversación. Así que le digo: *Paula conoce bien los rincones que tenemos en la cabeza las personas. Y los cuartos oscuros que escondemos por adentro. Pero nos hace bien limpiarlos, y pasar la garlopa por el corazón cuando está áspero. Te lo dice uno que sabe cómo se le quita a la madera lo que le estorba.*

Entonces me fijo en que es la primera vez que pillo una sonrisa en la cara de Alberto. *Gracias, Bastián. Esta noche pensaré en lo que me has dicho. Encontraré las buenas semillas. Te doy mi palabra.*

Y ya abrimos camino cada cual para su *chabola*, y aunque a mis años tengo las orejas duras, me empiezan a *golpiar* muchas veces, como martillos que ahondaran los clavos en el corazón, las mismas palabras del jodido cartel, ahora en boca del *huevo*naje: *¡Marica! Maricavieja! ¿Está suave el Llagatierna? Hoy le has dao, ¿eh? ¡Reparte, mamón! ¿O es que lo quieres “pa” ti solo?*

Veo a Alberto caminar deprisa y me doy cuenta de que por culpa de cuatro *hijosdeputa*, como dicen acá, otra vez le han hecho bajar la cabeza. No me importan los insultos del *huevo*naje, lo que sí me jode es que a Alberto le hayan *arruinado* la sonrisa.

Y más todavía, que esta noche no encuentre las semillas que iba a buscar.

Un buen rechazazo

Disfruto tachando los días así, con fuerza. Hasta agujerear la pared. Lo peor es que todavía me quedan más de tres calendarios y tú tuviste mucha culpa, Elena.

No quiero olvidar. Necesito reconstruir los hechos que me han arrebatado los mejores años; sólo así me libraré de repetir los errores cometidos.

Augusto Loarte me jodió la vida. El muy cabrón puede presumir de ser la única persona a quien no conseguí engañar, y no será por no haberlo intentado con ganas. Corrijo. Quizá sea más exacto *podía presumir*; se ajusta más a la verdad. Intuyo que la psicóloga, para su desgracia y la de otros, parece que se empeña en arrebatarle la exclusiva.

Era un zorro, el tal Loarte. Y lo seguirá siendo, pese a sus muchos años. Una calculadora con patas que no dejó de buscarme el error desde la primera noche. Mira que me jode admitir que un hombre menos inteligente que yo fuera capaz de robarme de un plumazo un futuro brillante y doce años de libertad. Lo tendré bien presente cuando salga a la calle. Juro que no volverán a repetirse los errores que me trajeron hasta aquí.

Reconozco que a Loarte le sentara como una patada en los cojones hacer de anfitrión conmigo aquella noche de Reyes. El invitado era el matasanos; no yo. Pero tú, Elena, tenías prisa. Más si cabe por otorgar oficialidad a nuestra *enternecedora* relación que por disfrutar de mis encantos viriles en la cama.

Aunque el diseño fuera de mi invención, tú fuiste la responsable de que, in extremis, los Loarte tuvierais que cambiar de convidado, de conversación en la mesa y de presentes. No me extraña que la señora de Loarte, anfitriona consorte, anduviera al borde de un ataque de nervios cuando se enteró de la noticia. No sé qué le sentaría peor a una dama de su alcurnia, si el hecho para ella impensable de que su sobrina cambiara de pareja, o un aspecto tan baladí como tener que cambiar de regalos.

Resultó patética la velada. Lo único brillante de la noche fueron los peces de cristal, redondos y grises, que saltaban de emoción en tu cara insustancial, Elena. Nueva corrección: en honor a la verdad, tus ojos brillaban menos que la cubertería de plata, y la cubertería de plata, menos que la vajilla de cristal de murano.

No sé si todo aquello lo teníais preparado para el medicucho (imagino que sí), pero tengo que admitir que me crecieron las ganas de ejercer de cazador ante piezas tan atractivas, y no lo digo precisamente por la vajilla.

Se me acumulaba el trabajo aquella noche. Por un lado, tenía que responder a tus incesantes reclamos amorios, y por otro, dirigir mis flechas hacia el resto de los miembros de la familia.

La primera que sucumbió a mis encantos fue tu prima Merce. Tenía algunos años menos que tú y unos cuantos centímetros más de estatura, pero lo que de verdad me *ponía* eran sus curvas. Resultaban tan excitantes, que no me hubiera importado conducir de noche por los precipicios de su cuerpo. Una lástima, encanto. De no haber sido hija de quien era, allí mismo hago la operación de trueque; al fin y al cabo todo se habría quedado en casa.

Gonzalo fue el segundo que me entregó sus armas. Era el más joven de la familia. Entonces, un tipo sin hechura, sin personalidad definida y algo tímido en los lances sociales. No pudo resistirse a la desenvoltura y aplomo que aquella noche me propuse derrochar a manos llenas.

Y qué me dices de tu tía Carmen, la señora de la casa; tampoco es que tardara mucho en rendirme sus armas. No creo que meterla en el bote me llevara más allá de los postres.

El capullo de Loarte siempre fue un hueso duro de roer. Me concedió una tregua hasta el segundo plato, lo recuerdo bien. Hombre cuadrulado y metódico, estoy seguro de que la demora en el ataque no fue casual. Cuando terminó con el asado, el estratega se limpió la grasa del bigote y comenzó a medir fuerzas.

—Vaya, vaya... Dice mi sobrina que tienes un bufete en Leganitos. Eres joven; eso indica que sabes moverte.

—No tan joven. Ya he cumplido los veintisiete —contesté como si este hecho temporal bastara por sí solo para explicar mi brillante posición.

—Entiendo que si has conseguido tu propio bufete es por algo más que por tu juventud, muchacho —añadió después de apurar su copa con aires de catador avezado.

—Su observación, señor Loarte, me halaga —dije yo—, pero es algo que tendrían que corroborar mis clientes —añadí con sonrisa estudiada, más amable que pretenciosa.

—Cierto. Aunque si todos son de la opinión de mi sobrina, no dudo de que respondes con creces a sus expectativas.

Te miré y reías nerviosa. Mientras removía los restos del rioja, dudé entre

aceptar una aseveración inconsistente, que para más inri percibí como puntillosa, o hacer alarde de mis dotes para la oratoria. Me incliné por lo segundo. No podía perder la ocasión que se me ofrecía en bandeja.

—Usted, señor Loarte, como buen conocedor de los ejes que mueven los intereses de personas y sociedades, sabrá que los actos jurídicos no siempre resultan tan satisfactorios como quisiéramos. El trabajo del abogado es plural y complejo, en la misma medida en que lo son las relaciones entre las personas, ya sean contractuales, laborales o económicas. Como tal, la alternancia error-acierto es de lo más habitual; también en esta profesión.

Tus ojos, Elena, brillaban de entusiasmo.

—Veo que conoces el terreno que pisas, muchacho. Hablas como si acumularas una larga experiencia.

Ese juicio esperaba una respuesta y yo no tardé en satisfacer su curiosidad.

—Me licencié a los veintitrés, y antes de un año abrí el bufete. En la carrera de leyes, lo mejor es aplicar cuanto antes lo aprendido; además del sentido común, claro.

A estas alturas de la conversación, yo ya intuía que podía moverme sin peligro. ¿Qué conocía Loarte de mí? Aparte de hacerme responsable de tu locura repentina, nada. No tenía ningún dato acerca de mi persona. Y menos aún, de mis *habilidades* más sutiles. Tú tampoco.

Todavía recuerdo con deleite las miradas de los comensales. Todos seguíaís aquel primer set con expectación. Yo me descojonaba de risa por dentro, viendo diez ojos, incluidos los de la sirvienta, saltar de un jugador a otro como si se tratara de un partido de tenis.

De pronto, la raqueta viperina de Loarte, sin pretenderlo logró un buen derecho; sólo con el tiempo llegaríamos a saberlo.

—¿Y cuál fue, si no es indiscreción, la universidad que logró unir en binomio perfecto conocimientos y estilo?

—Birmingham —contesté sin pensarlo dos veces, tal vez con la intención de evitar peligrosas aproximaciones.

—¡Oh, Birmingham! Una ciudad preciosa —dijo Merce con afectado acento sajón—. Yo estoy a una hora escasa de distancia. No sé si te he dicho que estudio Dirección de empresas en Derby.

—No, no lo sabía. ¡Qué coincidencia! —dije poniéndome en guardia, no fuera a ser que se le ocurriese hacer un recorrido nostálgico por monumentos y lugares de ambiente o, peor aún, practicar el inglés adquirido con la tarjeta

bancaria de su progenitor.

Pero recordarás que Loarte empuñó de nuevo la raqueta, sin ninguna intención de aceptar el juego *a dobles*.

—Buen sitio para aprender, Birmingham. No me extraña la rentabilidad de sus saberes; la llaman *la ciudad de los mil negocios*, supongo que lo habrás oído alguna vez.

Me pareció captar un tono irónico en sus palabras. Sin duda estaba pensando en el *negocio* que con la cena estábamos a punto de cerrar: mi compromiso contigo; uno de los más rentables (así lo creía entonces yo también) de mi corta y fulgurante carrera.

Sentí deseos de aflojarme la corbata, pero no lo hice. El dominio del lenguaje gestual fue una de las primeras reglas que aprendí a poner en práctica con los clientes. Y decidí que en ocasiones semejantes sólo me estaba permitido sonreír de forma cortés y asentir con la cabeza.

Fue la señora de Loarte quien salvó la situación haciendo valer su sensatez.

—Los postres y el champán están esperando. Y Rosario también.

—Pues no se hable más —concluyó el anfitrión.

Augusto Loarte aceptó la tregua, pero el tiempo terminaría demostrándome que el hijo de la gran puta nunca guardó sus armas.

Nadie me libró de la boda. Desde el principio sabía que era tan necesaria como obligada, si quería lograr mis objetivos. Muchas veces me pregunto qué pasaría por la cabeza de Augusto Loarte cuando a los pocos meses de aquel primer encuentro se vio caminando por la alfombra roja de Los Jerónimos con su adorable sobrina apoyada en su brazo, mientras el cuarteto de cuerda deleitaba los oídos de los invitados, los tuyos, y los de alguna solterona romántica con el canon de Pachelbel.

Tengo que reconocer que de aquella pomposa ceremonia, el recuerdo más claro que conservo es la falta de ilusión con la que recibí tu presencia en la iglesia. ¡Menuda mierda, Elena! Ni el vestido de novia de seda natural en el que te envolvieron fue capaz de sugerirme ninguna emoción. Tampoco, fantasía erótica alguna. Y lo que vino después, peor aún. Mi matrimonio de hielo tuvo también un gélido viaje de novios: eras un glaciar en asuntos de cama, y el marco tampoco es que acompañara demasiado. Se te ocurrió que el paraíso para nuestra luna de miel estaba en la Antártida, así que nos perdimos en Ushuaia, después de saltar en el tiempo desde un verano madrileño con

termómetros por encima de los 35°, a un insufrible invierno austral donde se congelaban el aliento y los besos.

Eso sí; tenía claro mi papel y cumplí cada día como el más fogoso de los amantes; no vayas a negarlo. Pero en el guión había más papeles que representar, preciosa, y en ello puse la misma intención y esmero, así que en el vuelo de Buenos Aires a Madrid, terminé de perfilar mi personaje.

Todavía soy capaz, después de casi trece años, de reproducir entera aquella conversación tan substanciosa para mis planes.

—Hay algo que no te he contado —te dije con la seriedad que la ocasión requería.

Fue un disparo certero, tengo que admitirlo. Y premeditado. El tono y el gesto me ayudaron a dar en la diana. Quería asustarte. Que el miedo a una confesión oscura convirtiera después mis falsas confianzas en inocentes palabras.

En la penumbra del avión, tus ojos grises parecían dos globos de agua a punto de explotar, mientras la insulsez de tu cara componía la más genuina expresión de dolorosa.

—Quiero que sepas que en los próximos meses deberé trabajar sin descanso.

—Bueno... claro. Supongo que... que ha sido demasiado tiempo sin aparecer por el bufete y el trabajo... Pero no te preocupes...

Me divertían tus inocentes titubeos, así que esperé a que finalizaras el florido discurso.

—No es sólo el bufete, cariño. Hace poco más de un año, me asocié con un amigo catalán. Un lince para los negocios, o eso creía yo. Empezamos a construir bungalós en la costa. Tenemos dos empresas funcionando, ¿sabes? Una al sur de Portugal y la otra en Girona. Somos socios capitalistas al cincuenta por ciento.

Hice una pausa y te miré de frente. El poco interés que siempre mostraste por la economía había borrado de un plumazo las dos arrugas de tu entrecejo. Respiraste aliviada, pobre infeliz; lo que *no te había contado* carecía para ti de importancia. Se trataba de un mero asunto de negocios y dinero, y a ti te importaba un carajo. Reías con nerviosismo, y sólo fuiste capaz de expresar tu alivio con una pregunta.

—¿Y ése era tu gran secreto?

—No, cielo —te decía yo intentando moverme con solvencia por un registro lingüístico tan ajeno que me provocaba náuseas, pero convencido de

que tales ternezas formaban parte del guión—. Unos días antes de la boda me llamó por teléfono. Parece que las cosas no van tan bien como los dos quisiéramos. Las inversiones fueron fuertes y los beneficios se hacen esperar.

Ay Elena, Elena... Mordiste el anzuelo como tantas otras veces sin el menor atisbo de sospecha.

—Puedes contar con mi ayuda... ya sabes... mis cuentas... Bueno, si necesitas dinero... yo podría...

—No, Elena. Nuestro contrato matrimonial establece como fórmula económica la separación de bienes. Te lo dije el primer día en el bufete, ¿recuerdas? Tus bienes son tuyos, como tuya es también la administración de los mismos, su disfrute y su libre disposición. Estoy convencido de que es lo mejor para ambos. No hay que mezclar el amor con el dinero. Es mejor así.

Fueron tan transparentes tus pensamientos que la intención se te escapó por los ojos antes de que la convirtieras en palabras.

—Libre disposición... tú lo has dicho... Eso significa que podemos... que yo puedo ayudarte si lo necesitas.

—Lo sé, mi vida, pero no voy a necesitarlo. La construcción vive su mejor momento. En unos meses saldremos adelante, ya lo verás. Si te he contado esto es para que sepas que es un asunto al que debo dedicar más tiempo del que desearía; nada más. Lo que más me fastidia es que ese tiempo tenga que robártelo a ti. A nosotros.

Bordé el papel, joder. Hasta yo mismo estuve a punto de crearme lo que te estaba diciendo. Y tú también estuviste sembrada. Dijiste justamente lo que tenías que decir.

—Ahora soy yo... soy yo quien va a tener un problema. Si tú no dispones de tiempo, ¿quién va a ocuparse de la administración de la herencia? Siempre pensé que tú... quiero decir... que tío Augusto te pasaría el testigo después de la boda... Él se ha hecho cargo de todo hasta ahora. A mí... ya sabes que yo no sé nada de finanzas.

Tus palabras no me sorprendieron, Elena; te conocía demasiado bien, y me di cuenta de que a esas alturas de la película sólo quedaba poner el broche de oro por mi parte.

—Mal abogado sería si no fuera capaz de defender los intereses de mi mujer.

Unos cuantos arrumacos en lugar de la rúbrica, y a las pocas semanas se me abrieron las puertas de tus cuentas corrientes al tiempo que se le cerraron a Loarte. Lo tenía todo: escrituras de propiedad, códigos secretos, poderes

para realizar en tu nombre cualquier tipo transacción, ya fuera comercial o especulativa. La riqueza de tus bienes muebles e inmuebles al alcance de mi mano, Elena. Pero tenía que moverme con cautela. Primero, ganarme la confianza de Augusto, después, demostrar que era merecedor de ella.

Durante un año ejercí como administrador fiel. Compré acciones, invertí en valores, y aproveché cualquier ocasión (casi siempre coincidente con las reuniones familiares) para sacar a colación los beneficios obtenidos gracias a mis sabios movimientos. Fue un placer oír tus elogios sobre mi pericia como administrador. Con mi sagacidad y tus aplausos, casi estuve a punto de engañar al sabueso de Loarte.

Pero, ¿sabes Elena? Pronto empezó a aburrirme aquel derroche de honradez. Sus exiguas ventajas no eran comparables con las que me reportaba el engaño. Necesitaba experimentar en orgasmos múltiples el vivo placer de la estafa. Empecé detrayendo beneficios a cuentas propias creadas *ad hoc*, cargando en tus cuentas facturas falsas de mis falsas empresas; falsificando tu firma, usando tus tarjetas de crédito. La pulcritud de mis jugadas me llenaba de orgullo. Así era la naturaleza; sólo los mejor dotados podían ocupar lo más alto de la pirámide.

En algún momento, lo confieso, se me pasó por la cabeza abandonar el filón y perderme en cualquier rincón de América. Disfrutar a solas del cuantioso capital *levantado* con toques maestros de perspicacia y suerte; la suerte que yo me busqué y la que tú te dejaste arrebatar.

Y no me hubiera ido solo. Hasta sin dinero, sabía que chasqueando los dedos me habría llevado conmigo a quien me hubiera salido de las pelotas. Tú, Elena, en tu burbuja de simplicidad, creías que me bastaba con la ofrenda de tu amor burgués. Con tu pasión descafeinada de sábados y domingos. Pero no era así. Que lo sepas, mil veces follé entre piernas calientes que me resarcieron con creces de las tuyas.

Tampoco pospuse mi fuga por ambición, lo juro. Pesaban más en mi ánimo los nuevos retos a los que me enfrentaba cada día que las ganancias obtenidas. Me gustaba rozar el límite. Tocar el peligro con los dedos. ¡Cuántas veces vacié tu cuenta ajustando el tiempo hasta el abismo! Hasta el puto día en que se te ocurrió salir de compras con tu señora tía. Si *la marquesa* no se hubiera pasado de la raya, tú no le habrías prestado tu tarjeta. Hay que joderse; no había fondos. Tú, confiada y cándida, ni siquiera lo comentaste en la mesa. Ella, vieja y lagarta, abonó con su malicia las dudas

de Loarte.

A partir de ese momento empezaron a calentarte la cabeza.

Yo, desconocedor entonces de los hechos, me abandoné sin reservas a la pasión que me dominaba. Fueron tiempos de locura: dividendos, intereses a plazo, venta de acciones, pagarés. Tus cuentas corrientes perdían brillo mientras que las mías se enlucían en la misma medida.

Un día quise arriesgarme con los bienes inmuebles, intocables hasta entonces. Cuando te hablé de vender uno de los pisos del Paseo del Prado para ampliar a Estoril las empresas de construcción, te quedaste callada.

Supe después que te faltó tiempo para consultarlo con Augusto Loarte, y a éste, para pedirte un poder que le permitiera meter de nuevo sus narices en las cuentas bancarias. ¿Cómo se te ocurrió semejante dislate, Elena?

Lo demás vino rodado. Escasamente me disteis tiempo para hacer la operación.

Dos meses más tarde, cuando volví de Estoril, recibí en el bufete una denuncia por falsificación de firmas, usurpación de capital ajeno, estafa, venta de inmuebles sin consentimiento del propietario y falsificación de documentos: facturas, poderes, talones... ¡hasta el título con el que ejercía como abogado!

El cabrón de tu tío no se anduvo con gaitas. El dinero todo lo allana, ¿verdad? Viajó a Birmingham para indagar sobre las virtudes académicas y humanas de un estudiante español que se había licenciado en la facultad de Derecho en *la ciudad de los negocios*. Allí le aseguraron que jamás había pasado por la Universidad alguien con mi nombre y apellidos.

Volvió tu tío del Reino Unido y siguió machacándote la cabeza, ¿a que estoy en lo cierto? Me sorprendiste, Elena. Por una vez en tu vida, tengo que reconocer que fuiste valiente. Nunca te hubiera creído capaz de aprovechar mi viaje a Portugal para entregarle a Augusto Loarte las llaves del bufete (aquí me complace recordarte que en lugar de visitar andamios, me *tiré* sin parar al ligue de turno en el *Palácio Estoril Hotel*).

Tan pronto como cayó en sus garras mi falso título, supuestamente expedido por la Complutense, el hijo de la gran puta reiteró las oportunas averiguaciones, ya ensayadas en Birmingham, y averiguó que mi paso por la facultad había sido estéril. De ahí a interponer la denuncia, fue cuestión de horas.

Os odio a los dos. No puedo olvidarme de la mirada de triunfo del viejo zorro cuando nos encontramos en los juzgados. Ni de tus globos grises goteando remordimientos. Si fuera un asesino como Adolfo, diseñaría la manera de acabar con vosotros, pero sería demasiado estúpido salir a la calle con el tiempo justo para perpetrar mi venganza. Ni siquiera por el placer de vuestro exterminio me arriesgaría a que mi vida se pudriera entre rejas con otra condena.

Tres calendarios todavía, Elena. No quiero verte jamás. Si alguna vez te cruzas en mi camino, mis pies se alejarán de ti tan deprisa como si corrieran sobre fuego, y mis uñas se clavarán en las palmas de mis manos, hasta hacerme sangre, para evitar la tentación de hundirlas en tu cuello hasta arrancarte el aliento.

El último discurso

Después del recuento el silencio vuelve al corredor. Pese a la aparente calma, Sebastián Valdés sigue escuchando los insultos mordaces lanzados en el patio esa misma mañana contra Alberto y contra él; sigue sintiendo pegadas a la piel las miradas de navaja, más hirientes aún que las palabras.

No sabe por qué, pero tiene miedo. Un temor inexplicable y premonitorio que trata de ahuyentar buscando en el recuerdo alguna sensación placentera. No logra encontrarla.

En su lugar, sin embargo, y aunque haya transcurrido casi una vida, aparece otra vez esa amargura vieja que lo traslada sin que pueda evitarlo hasta aquel 11 de septiembre de 1973. También entonces esperaba en la oscuridad con el miedo estrangulándole el aliento.

Los primeros rumores llegaron de madrugada a la humilde vivienda que Benjamín Silva ocupaba con su madre y sus hermanos en la comuna de San Miguel. Como si fuera uno más de la familia, Sebastián compartía con ellos techo y comida desde que Amandita lo botara de su cama, y Joaquín Jara del taller y de la casa.

Allí, en el cuchitril sin ventana que entonces cobijaba el descanso, las confidencias, y los abrazos de los dos jóvenes, a oscuras y en silencio, sin atreverse a respirar apenas, ambos esperaban pegados al radioreceptor alguna noticia que desarrugara sus temores.

Desde las 8 de la mañana, hora en que Salvador Allende se había dirigido al país por las ondas de radio Corporación, con el propósito de serenar los ánimos de cuantos esperaban sus palabras, el Benja movía a izquierda y derecha el dial sin poder controlar su nerviosismo.

A intervalos más o menos regulares la voz de Allende emergía entre voces extrañas, mensajes ásperos que se desprendían de las proclamas militares, y el miedo de los dos, que anegaba los huecos de la esperanzadora incertidumbre. Sus palabras venían a confirmar la temida situación.

Después de treinta y siete años, Sebastián Valdés vuelve a sentir en su cabeza, más vivas que nunca, aquellas primeras palabras que una mañana de septiembre pedían a los chilenos serenidad, apelaban al profesionalismo de las Fuerzas Armadas, hablaban de órdenes dadas a las tropas leales para sofocar el intento golpista en Valparaíso.

Inútil quimera. Enseguida las palabras, envueltas en un tono de desencanto y amargura, se vieron obligadas a admitir la gravedad de un levantamiento que, en contra de las primeras impresiones, parecía involucrar a la mayoría de los militares.

Era cierto que los rumores venían hablando de actitudes rebeldes entre las tropas, admite Sebastián recordando las confidencias de su amigo en aquellos días que precedieron al golpe. El Comité tenía al corriente a Benjamín Silva de que en breve podría producirse un alzamiento del ejército, pero aquel amanecer los acontecimientos se precipitaron por las calles como una torrencera, no por esperada menos turbulenta.

Los minutos se iban espesando, y la confianza en que aquel levantamiento no pasara de un intento fallido se les escapaba por los resquicios de la imperiosa evidencia.

Poco después de las nueve la voz del presidente se hizo un último espacio en el aire y pronunció desde radio Magallanes el que iba a ser su postrero discurso.

Benjamín Silva y Sebastián Valdés compartieron desde su refugio la decepción confesada por su líder, y se bebieron el resquicio de esperanza que desprendían su voz y sus palabras. Con ellas, las últimas, el Presidente Allende intentó sacudir la conciencia de los militares que habían traicionado su juramento; quiso dejar clara su intención de resistir hasta el final y, sobre todo, sembrar confianza en el pueblo de Chile.

A Valdés todavía le tiembla la memoria cuando revive el adiós de Allende. No sería capaz de poner número a las veces que ha recreado aquella despedida en la que el presidente prometió pagar con su vida la lealtad del pueblo, y aseguró que la semilla entregada a la conciencia de miles y miles los chilenos, no podría ser *segada definitivamente*.

Antes de terminar, entre ruidos y explosiones, sonaron los vítores emocionados de Allende a Chile, al pueblo y a los trabajadores. Y los dos, el Benja y él, tan jóvenes entonces, se anudaron en un abrazo impotente y lloraron por el presente roto.

Con los ojos hundidos en la negrura de la celda, la mano seca de Sebastián Valdés desvía una lágrima que se despeña del recuerdo. No tiene cerca los dedos largos y suaves del Benja para borrarla; ni los labios que entonces se bebieron el dolor húmedo de su cara. Hace demasiados años que se lo arrebató la dictadura. Sólo le queda un recuerdo que duele para

arrancárselo al tiempo; para rescatar su voz amada entre los escombros de aquellos días en los que se respiraba en las calles el aire asfixiante de la pólvora; el humo de las hogueras que convertían en ceniza los libros condenados por el nuevo gobierno.

En su memoria puede recrear aquellos días en los que se encerraron en su confusión, mientras el helicóptero de la Caravana de la Muerte sobrevolaba el cielo, y las familias ocultaban el terror y el luto entre las paredes de las casas.

—Esto no va a durar siempre —le dijo el Benja una mañana—. *La historia es nuestra y la hacen los pueblos*. Las palabras de Allende son la herencia que nos dejó antes de morir. Tenemos que escribirlas en nuestra conciencia. Los obreros, las mujeres, los jóvenes como nosotros... Todos los que creemos en un Chile libre y justo, compañero.

Sebastián se atrevió a formular una pregunta que evidenciaba su desconcierto.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—De momento guardar en la cabeza el mensaje del camarada presidente; nos va a hacer falta en los días que se acercan. *El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse*. Pase lo que pase, *acordate* siempre.

Tantas veces repitió el Benja aquellas palabras, que le quedaron grabadas en la memoria antes de que su amigo desapareciera para siempre.

En la opacidad muda de la celda Sebastián asiente con la cabeza. No llegó entonces a entender con justeza el mensaje que encerraban, pero los días y los años que siguieron a aquella terrible jornada en la que fueron pronunciadas, con saña y sin prisa le fueron mostrando su significado más cruel.

Una noche, la del 20 de septiembre, la intención de Benjamín Silva sonó rotunda y decidida:

—Esta madriguera es una tumba y nosotros todavía no estamos muertos. ¡Mañana mismo salimos a la calle!

Salieron varias veces antes del toque de queda. Benjamín quería conocer la suerte que habían corrido los demás compañeros del Comité. Buscar a los que siguieran resistiendo libres. Hablar con ellos. Organizarse. Tantear posibilidades.

Su búsqueda por las calles de Santiago no duró mucho. Al cuarto día fueron detenidos y trasladados al Estadio Nacional. Allí compartieron las gradas con miles de hombres y mujeres, traídos de cualquier punto del país, sin más delito que la sospecha de ser disidentes.

Sentados, dejaban pasar las horas del día y esperaban el consuelo de la noche para hacinarse en el suelo de los camarines o en el salón de la Torre, a la espera de que un sueño intermitente borrara por unos minutos aquella pesadilla.

En esta noche consagrada a la memoria, más que cualquier recuerdo, a Sebastián le duele aquella mañana del primero de octubre. Recuerda que se estremeció al paso de aquel encapuchado. A la sombra de la inmunidad que la incipiente dictadura le confería, éste se ocupaba en buscar entre las gradas su presa. No tenía rostro, pero a través de su máscara podía adivinarse la mirada delatora de unos ojos cobardes, capaces de absolver o condenar en su paseo siniestro.

Custodiado por los militares que hacían la ronda entre las gradas, metralleta en mano, se detenía ante uno cualquiera, como si lo hiciera a capricho, y lo señalaba con el dedo. Entre los detenidos se rumoreaba que los marcados eran militantes de izquierdas, a los que separaban del resto para conducirlos hacia a un *destino desconocido*.

Al verlo detenerse frente a los dos, los latidos del corazón de Sebastián casi se hacían visibles a través de su camisa. Hasta el sol le pareció que quisiera desandar el camino recorrido desde el alba. Sintió que el estadio se oscurecía, que el mundo se volvía negro cuando el pelele, oculto en su mezquino anonimato, se detuvo delante de Benjamín Silva y lo señaló sin temblarle la mano. A punto de enmudecer por el terror, Sebastián se atrevió a preguntar por qué se lo llevaban. Al instante sintió el cañón de la metralleta bajo las costillas, y una voz impasible que lo conminaba a cerrar la boca si no quería correr la misma suerte que su compañero.

Sebastián hunde las uñas en las sienes hasta sentir dolor. Quiere que el daño físico atenúe la tortura moral vivificada por el recuerdo de aquellos momentos.

Ni siquiera pudieron despedirse; el Benja no quiso comprometerlo. Lo miró unos segundos antes de que lo arrancaran con violencia de las gradas, y en sus pupilas Sebastián fue capaz de presentir un adiós que dolía como una cuchillada. La ausencia de palabras no le impidió imaginar el mensaje de aquella última mirada: *Nos encontraremos. Podrán separarnos, pero tenemos la semilla, y de ella saldrá el fruto de un Chile libre.*

Y aquel día, desafiando los rayos del sol, los ojos de Valdés no se

apartaron un segundo de la puerta por donde se lo habían llevado.

No volvió a verlo nunca más.

Durante dos semanas lo mantuvieron en el Estadio. Allí se vio obligado a presenciar y sufrir simulacros de fusilamientos, interrogatorios constantes y vejaciones. Después comenzó su periplo por varios centros secretos de detención y tortura, adonde era conducido con los ojos vendados como el resto de detenidos. Ésta fue la razón por la que nunca llegó a saber cuáles habían sido las paredes secretas que guardaron el vacío de la ausencia; las lágrimas inútiles que no apaciguaban la incertidumbre; la sombra de la culpa, que crecía como yedra por su conciencia, en las dilatadas horas de insomnio y rabia.

¿Por qué no se marchó con Benjamín Silva? Habían luchado juntos y tenían que compartir la misma suerte. Morir juntos por Chile si era necesario. No se perdonaría jamás su ceguera el día en que se lo llevaron. ¿Qué le impidió pedir a gritos que se lo llevaran con él? Fue un necio al creer que se trataba de un interrogatorio rutinario, que la puerta que le robó a su amigo se lo devolvería salvo sin tardanza.

Por desgracia tuvo mucho tiempo para pensar, y ahora sabe que no fue ésa la causa. El Benja no quiso que hablara; se lo transmitió con los ojos. Sabía que su silencio le salvaría la vida, y él no pudo hacer otra cosa que concederle lo que le estaba pidiendo.

Si calló, fue por aquella última mirada imperativa que le anuló la voluntad. La misma mirada que le atravesó las pupilas y la vida una mañana en el taller de Joaquín Jara, trocándole para siempre su destino.

Los dedos secos de Sebastián vuelven a tropezar con las lágrimas, pero esta vez no son capaces de detener las emociones, que se precipitan sin control por las hendiduras profundas de su cara. Tampoco puede detener el pensamiento. Ni poner diques a los recuerdos, que se empujan en su cabeza devastando aún más su gastada resistencia.

En junio del 74 lo trasladaron al Campamento de Detenidos de Tres Álamos en la calle Canadá, situada en el Paradero 5 de Santiago. Allí fue encerrado en una celda grande junto a otros cuarenta detenidos.

Por primera vez pasó a engrosar la lista oficial de prisioneros del Régimen Militar. Desde ese momento le estaba permitido recibir visitas, pero en Santiago sólo había una persona que podría visitarlo, y esa persona en el

mejor de los casos se encontraría privada de libertad lo mismo que él; Dios sabía dónde y hasta cuándo.

En cuanto a su familia, su madre descansaba en la tumba, desde aquel día en que cerró los ojos y se fue tranquila, tras arrancarle en su último aliento una promesa que no pudo cumplir; Gabriel *el Carabinero* ya no era su padre, desde que lo golpeó con la carabina entre los montones de tierra de La Legua, y le obligó a pasear desnudo la humillación con la tierra pegada al pánico que le corría por las piernas. Y Amanda viviría oculta en la vergüenza, desde el día en que descubrió su secreto entre los sacos de virutas del taller de su padre.

Le quedaba Camila. Su *guachita*. Pero era demasiado pequeña para comprender la situación. Para entenderlo. Para buscarlo. Sin duda echaría de menos el roce de su barba en la noche. Y sus besos que olían a menta...

También los besos se los habían robado; ya no tenía a quien besar.

Aquellos pensamientos oscuros ocupaban los espacios de su mente en las noches pobladas de lamentos mudos; de lágrimas cautivas que llenaban las horas de su reloj, los días sin libertad, la insoportable espera.

Una mañana, apenas el sol se había asomado al cielo, dos carabineros se acercaron a la celda y pronunciaron su nombre. Se levantó. La luz era escasa y lo enfocaron con una linterna.

—¿Tú eres Sebastián Valdés?

—Sí...—respondió cubriéndose los ojos con los puños para evitar que las ráfagas lo deslumbraran.

—Las manos atrás y la cabeza baja —gritó uno de los dos hombres apuntándolo con la carabina —que al sargento no le gustan los *gallos* que levantan la cresta.

Por un instante creyó que retrocedía a su infancia. El uniforme, la aspereza en la voz, el tono y los ademanes le recordaron a Gabriel *el Carabinero*, cuando en los días de su niñez llegaba a la casa casi siempre enojado y a su madre y a él les robaba la paz que disfrutaban en su ausencia.

Abrieron la puerta y lo sacaron a empujones. Con un gesto le indicaron el camino mientras lo escoltaban carabina en mano.

Por un momento, Sebastián Valdés decidió que no quería prolongar aquella soledad sin horizonte, y deseó con todas sus fuerzas que aquel paseo fuera el último. No tenía miedo a la muerte. No se iba a humillar. Entregaría su vida con orgullo, su cuerpo caería sobre la tierra y se convertiría en la semilla de un Chile libre.

En su ensimismamiento, no pudo percatarse de que habían abandonado el patio y se internaban en las dependencias administrativas donde se ubicaban los mandos.

—Éste es su hombre, mi sargento.

Sebastián Valdés sintió que se le venían encima las paredes y el suelo, en una danza vertiginosa que le obligó a apoyar una mano en la puerta de acceso al habitáculo para mantener el equilibrio corporal. Allí, detrás de la mesa, con una lista en la mano, había un hombre vestido de uniforme que lo miraba como si quisiera fulminarlo con los ojos. Era Gabriel Valdés. En un instante la vida volvía a castigarlo con la recreación del horror de su niñez.

—Retírense y cierren la puerta —dijo el sargento Valdés con voz que pretendía mostrar serenidad.

Pero a él no lo engañaba. Recordaba muy bien el tono que precedía a las explosiones de violencia de su carácter. Sebastián lo miró unos instantes. Los años no parecían haber añadido un ápice de debilidad a su pose. Como en sus mejores tiempos se mostraba erguido y retador.

El sargento Valdés se miró al reloj varias veces mientras leía el papel que sujetaba con la mano derecha. De pronto lo soltó visiblemente alterado, se acercó a Sebastián y lo zarandeó con rabia.

—Te pasaste mis normas por las pelotas. A tu madre y a mí nos llenaste de vergüenza. La vieja murió por tu culpa, *desgraciao*.

—A mi mamá déjela en paz. Si me ha traído para hablar de culpas, ahorita mismo haga memoria, que usted también tuvo las suyas.

Sin poder contenerse Gabriel Valdés echó mano a su pistola.

—¡Máteme de una vez! —gritó Sebastián deseando que acabara aquella pesadilla.

Enfurecido, el sargento Valdés soltó la pistola en la mesa y enarboló con furia el papel que antes había dejado.

—Te liaste con un *comunacho* de mierda y por él estás aquí —aseveró mostrándole la lista—. ¿Crees que no lo sabía?

Todo dejó de importarle a Sebastián excepto las últimas palabras.

—¿Dónde está Benjamín Silva? El Benja. Mi camarada —preguntó sin poder contenerse.

—Tu *camarada*. Es lo único que te importa, ¿verdad? *Culiar* con un maricón revolucionario. Aunque lo supiera, jamás te lo diría, huevón de mierda.

Antes de que ninguno de los dos pudiera añadir una palabra más, alguien

abrió la puerta sin llamar. Era el oficial de Gendarmería que ejercía la jefatura del centro. Después de un saludo gestual que dejaba clara la superioridad del recién llegado, el sargento Valdés habló.

—Éste es mi *castigo* —dijo señalando a Sebastián.

—Pues si es tuyo, tú decides. No me voy a oponer.

—Es un maricón inofensivo. Un *botado* de la vida y de la suerte con menos cabeza que *huevas*, que ya es decir. Hasta su ejecución por sus ideas extraviadas sería para él un honor que no merece.

—Pues no se hable más. Dime dónde hay que firmar.

El hombre firmó y abandonó el despacho. No hubo más palabras entre su padre y él. Los dos carabineros que lo habían escoltado hacía unos minutos entraron a por Sebastián y lo condujeron hasta puerta de salida.

Fuera se encontró con una libertad estéril. Encadenada a la soledad más absoluta.

Nunca entendió Sebastián aquel gesto postrero de su padre. Ni siquiera experimentó la necesidad de agradecersele. Trece meses más tarde, alguien le dijo que había caído una noche acribillado a balazos en un enfrentamiento con grupos extremistas. Sebastián recuerda que al escucharlo sintió una punzada entre el corazón y el estómago.

Tampoco supo si fue por él o por su padre muerto.

Como guanaco herido

La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce; ya lo dijo Rousseau. Has descubierto la silla de Alberto vacía y te ha cambiado la cara. Ahora no dejas de mirar tu reloj mientras te coges una mano con la otra sin saber qué hacer con ellas. No eres capaz de controlar tu inquietud. Los nervios empiezan a traicionarte y eso no es bueno, Paula.

Observando tus movimientos, cualquiera diría que conoces la noticia. Pero yo sé que no tienes ni idea. Los funcionarios son los últimos que se enteran, y a Alberto, después de lo de ayer por la tarde, no le han quedado ganas de pasar hoy por la consulta (lo he comprobado) en busca de algún bálsamo para los desgarros, así que es imposible que ellos o la Rivas te hayan puesto al corriente de los hechos.

Pero la prueba evidente (ya ves, no se necesita una licenciatura en psicología para darse cuenta) es tu actitud ante el grupo. Te conozco de sobra, preciosa. De haberlo sabido, no habrías buscado con los ojos la silla vacía. Ni habrías consultado ocho veces tu reloj (que sepas que las estoy contando). Simplemente te habrías parapetado muy digna detrás de la mesa con cara de circunstancias y, después de lanzarnos la prédica de rigor, habrías tratado de que alguno te contara con pelos y señales lo ocurrido con tu doncel.

Pero tu ignorancia no me crea ningún problema; en cuestión de minutos conocerás los pormenores de tan nefasto suceso. Sólo hay que esperar con calma y a alguno se le soltará la lengua, ya lo verás. Por eso me siento el preso más feliz del penal celebrando de antemano el golpe certero que vas a recibir.

De momento, disfruto de la silla vacía y de tu creciente desconcierto. Luego, una vez descubierto el pastel, tendré el privilegio de asistir en primera fila a tu fracaso. Más tarde, podré también festejar tu indignación.

No vas a ser capaz de aguantar la pose sin lanzar la pregunta que te baila en la cabeza; me apuesto...

—¿Dónde está Alberto?

Bingo, Paula. No me has sorprendido en absoluto. Te iba a decir que me apostaba mi propia cabeza, pero tu pregunta ha atropellado mis acertados juicios. Ya ves, los papeles se truecan y ahora el psicólogo soy yo.

No me digas que no podías haber introducido con mano izquierda el

asunto de tu interés. *Qué pasa hoy, chicos. Parece que el grupo no está completo. Es el primer día que se produce una ausencia.* Cualquier frase banal de esas que utilizas tan a menudo podría servirte, mujer. Te conduciría al resultado que buscas. Pero no. Has tenido que soltar la pregunta a bocajarro. Incisiva en el tono y directa en el mensaje. Como si nosotros, unos infelices presos a quienes les está vedada la información de lo que ocurre de cerrojos para adentro, tuviéramos que darte cuentas de ausencias y fugas, asumiendo las tareas del funcionario de turno.

A ninguno le entusiasma responderte; puedes comprobarlo. ¿No te extraña este silencio? Fíjate, Paula. La pregunta rebota lo mismo que un globo de una cabeza a otra y todos la vamos dejando pasar. Los miras uno a uno y todos se callan como putas. Y los más ilusos ni siquiera se atreven a levantar la cabeza. Yo sí. Y lo hago de frente, como lo he hecho siempre. Aquí me tienes. Si te atrevieras a mirarme descubrirías las ráfagas de triunfo que te lanzo con los ojos.

Al fin puedo resarcirme de tu jodido desdén.

¿No te resulta sospechosa la actitud del grupo? Sé que no vas a rendirte. Eres pertinaz. Volverás a insistir, no tengo ninguna duda. Eso sí, tendrás que ser más sutil y persuasiva. Una idea: tal vez no estaría de más que adornaras el mensaje con esa sonrisa que tan bien te sale cuando te mueves segura en medio de la morralla.

Vamos, deja de cogerte la barbilla y habla de una maldita vez. Hay que estar ciego para no darse cuenta de que esta gentuza está midiendo el terreno, y de momento prefiere mantener la boca cerrada...

—No sé por qué pero... Bueno, creo que se respira tensión en el grupo. Es algo que nunca pasa desapercibido. Lo que os quiero decir es que si hay algo que en vuestra opinión deba saber, me gustaría que alguien me lo contase. El grupo somos todos; vosotros y yo... Y lo que pase es cosa de todos también...

Perfecto. Me gusta verte así. Doblegada a la *troupe*. Es un placer comprobar la forma en que nos entregas blandamente tu liderazgo. ¿Sabes? Me pone cachondo tu voz menguada, por primera vez vacilante, que con perspicacia se olvida del requerimiento incisivo de hace un minuto y lo transforma en velada súplica. ¡Quién podría ser inmune a la seducción de tus palabras de terciopelo!

Ahí tienes al primer espontáneo, el pobre diablo de Valdés, sin salirse un

ápice del papel asignado. Podría haber sido más cuidadoso al levantarse; no soporto el chirrido de las sillas sobre las baldosas. Además de con el silencio, ha acabado con mi disfrute mental.

Míralo bien, Paula. Es incapaz de disimular su tortura. Está temblando, el pobre viejo. Me temo que no nos libra ni dios de su perorata insufrible. Y fíjate en sus ojos. Los especímenes de su condición lo arreglan todo con lloriqueos. No me digas que no te inspira lástima.

Qué precavido, *el Abuelo*. Antes de abrir la boca está pidiendo la venia a Adolfo. Es lo más prudente. Por viejo más que por listo, sabe que con estas cosas no se juega.

Ahí va el jefe. A ver por dónde sale. Si se rasca la cabeza es que tampoco lo ve claro.

—Tienes permiso *p* hablar, Valdés. Pero lo que aquí se diga esta mañana, aquí se queda. ¿M'habéis *entendío tos*? Ni a los *barandas* ni a los *boqueras*, que las cosas pueden ponerse más feas de lo que están, y hay quien anda afilando la chaira por si hace falta echar mano *d'ella*. Y *usté*, con *tos* mis respetos, que no quiero ofenderla ni mucho menos, si mira por el bien de Alberto y de los presentes, haga lo mismo; se lo dice Adolfo.

Que ya es decir... Bravo por el *kie*. No hubiera elegido yo mejor preludeo.

Aquí se masca un silencio de plomo para digerir el mensaje. Vaya cara que estás poniendo, Paula. Te aconsejaría que reservaras tus fuerzas; esto no ha hecho más que empezar, guapa.

Vamos Valdés, que a tu *doctorsita* se le va a parar la sangre si no empiezas ya, cojones.

—Usted perdone, doctora, y que Alberto me perdone también. Todavía me pregunto cómo puedo estar hoy acá con ustedes, después de que estos ojos tuvieran que ver lo que ayer por la tarde hicieron con el *lolo*. Cosas tan feas, que me retuercen las tripas de rabia y me pinchan adentro como el peor dolor... Le he dado muchas vueltas a la cabeza esta noche, y si he venido, es con la intención no más de decir la verdad para que hoy la conozcan todos, y así poder ayudar a Alberto, y tratar de sacarlo de la desgracia que le acarrearón esos malnacidos. Lo ha dicho usted muy clarito, doctora: lo que le pase a uno es cosa de todos, y entre todos tenemos que arreglarlo...

Aprovecho la pausa para mirarte. Te veo descompuesta, inquieta y con cara de muerta. Tranquilízate, por favor. Y aguanta la tempestad sin perder la

compostura. Qué coño, ¿eres o no la capitana del barco?

—Tenía usted razón, abogado. Le hice caso cuando me dijo que me acercara a Alberto y...

Eso sobra, gilipollas. ¿Quién te manda salirte del guión?

—... Sí... Al *lolo* le hizo bien mi compañía todo este tiempo. Eso pensaba yo hasta ayer no más; hoy no estoy tan seguro. Andaba siempre *achacao* por la culpa y no se atrevía a echar afuera los pensamientos si no era conmigo. Y “*hundío*” por los malos recuerdos, que ni en la *chabola* en la noche lo dejan en paz. Yo anduve siempre con las orejas bien abiertas cuando me hablaba de la familia, y del agujero donde tuvo la mala suerte de buscar cobijo cuando fue creciendo y se le echó encima la vida. Usted, doctora, más de una vez intentó que hablara, lo sabemos todos, pero a Alberto le podía la vergüenza. Recién me dijo que desde que estaba acá en la cárcel, no había vuelto a mirar a los ojos ni al papá ni a la mamá, por mucho que vinieran a visitarlo todos los meses sin dejar uno. Sí... a mí me tiene confianza, el muchacho. No vayan a reírse si les digo que quise ser en la prisión el padre que no tuvo. Bueno, no quiero *tupirme*. Lo que quiero decirles es que yo procuraba darle lo que mi padre no me dio a mí... Y lo que yo no supe darle a mi hija, por esas *custiones* de la vida que a uno se le escapan de las manos...

Y lo otro que cuentan sobre nosotros son grandes mentiras no más, que nadie vaya a creerse los rumores que corren como el aire desde que colgaron aquella *cagada* en la puerta de la consulta, y perdone usted por la palabra. Yo soy un *chabón*, un bujarrón como ustedes dicen desde que vine al mundo, y lo digo si se presenta la ocasión porque es la verdad, pero Alberto Aguirre nunca ha sido *pata de chancho*, como se nos llama allá en mi tierra a los de mi condición, por más que tenga un corazón grande y mucha falta de cariño, y por desgracia bien cara que ha pagado la confusión. Los hijos de puta le han *cagao* la vida, ahorita que estaba saliendo del agujero...

No me jodas. Lo que faltaba en el acto final eran tus lágrimas. Ahí tienes a Paula. Desencajada, pero con fuerzas para dejar la trinchera y acudir a consolarte. No soporto tus jodidos circunloquios, viejo, y menos aún tu llanto de maricón. Al grano, infeliz. Háblale de la navaja en el cuello de Alberto, del pánico que le corrió por las piernas hasta las baldosas del *tigre*; de las embestidas contra la pared. Haz que esta imbécil se tape los oídos para no oír

que los *fluidos* goteaban hasta el suelo entre su propia sangre. Cuéntale que no salió un solo quejido de su boca porque una mano sarmentosa le cerraba la respiración, y el filo convincente de una navaja le acariciaba con suavidad el cuello mientras se lo cepillaban. Dile, marica de mierda, que esperaste llorando a la puerta hasta que te lo echaron encima como un cristo y te convirtieron en su dolorosa...

No te atreves ¿verdad? Nadie de los presentes tiene cojones para atreverse, y a mí no me corresponde. Yo soy el director. El que hoy recoge el premio tras la ejecución de la obra perfecta.

Enternecedor, Paula, ese gesto tuyo de prestarle el pañuelo.

—Valdés... Valdés, por favor... Si no puedes hablar... Necesito saber. Para poder ayudar a Alberto, tengo que saber lo que... ¡conocer lo que ha pasado! ¿Es que nadie me lo va a decir?

Sigue insistiendo, hasta que te des cuenta de que a nadie le interesa abrir la boca. ¿Todavía no lo has captado? Todos te miran, callan y esperan a que *el Chileno* vuelva a arrancarse; es el papel más cómodo. Tendrás que tener paciencia. Como la he tenido yo durante tanto tiempo, preciosa.

—Abusaron de él por la fuerza... Cinco bestias le rompieron el cuerpo, y yo vi cómo le corría la sangre, doctora. Sepa usted que me tocó ponerle la ropa mientras aquellos *desalmaos* me amenazaban con cuchillos en el cogote. *Una palabra y te rebano el pescuezo, julandrón*, me decían. *Si a alguno de los dos se le ocurre “dar el cante” a los boqueras, ya puede ir haciendo testamento.* Y se reían y volvían a amenazarnos, hasta que a Alberto se le fue la voz y ya ni se quejaba. Recién acabaron de marchar, Alberto cayó al piso del *wáter* dando tiritones, que ya yo pensaba que venía la muerte para llevárselo al otro mundo. Mucho rato anduvimos encerrados esperando que el reloj corriera, y así llegara pronto la hora de subir a la celda. Yo marchaba por los pasillos pegado a él, no fuera a caerse, y luego lo vi encerrarse en su *chabola* sin decir una palabra. Antes de cerrar la puerta, me miró como un *guanaco* herido, y yo sentí entonces que Alberto estaba muerto por dentro. Como si con los ojos me estuviera diciendo *ya es hora, Bastián, de que me ponga el traje de madera.* No he vuelto a verlo desde entonces.

Sublime Valdés. Has bordado la caída de telón. ¿Por qué cierras los ojos, Paula? ¿No oyes mis aplausos? Te corresponde hacer la crítica. Vamos.

Límpiate las lágrimas y habla. ¿Qué piensas hacer con los despojos de tu pelele? En la cárcel, encanto, todavía es más cruda la selección natural. Y Alberto era y sigue siendo carne de cañón; no me vayas a decir a estas alturas que no te habías percatado. ¿Qué podías esperar de un sujeto pusilánime, débil y confiado como él?

¿Y qué me dices de tu querido Valdés? Con ese verbo criollo ha sabido ganarse su confianza y, sin sospecharlo, lo ha conducido hasta el abismo por los vericuetos que yo marcaba desde la sombra. La mosca inocente ha caído entre los hilos de una trampa sutil, tejida durante muchas noches sin sueño.

Es tu castigo. Desde el primer día menospreciaste mis capacidades y mi valía. Hoy, simplemente recoges lo que has sembrado.

Yo también.

¿Qué haces con la cartera, Paula? Y deja ya de frotarte los ojos, coño. Dinos lo que pasa por tu linda cabecita; por ese corazón tuyo que también se ha dejado enredar con sentimientos inconvenientes. ¿Creías que ibas a salvarlo, ilusa? ¿Que saldría de aquí redimido para meterse en tu cama? No te imaginas el esfuerzo que tengo que hacer para que estos pensamientos no se transformen en palabras. Algún día... Quizá cuando esté en la calle, y tú hayas recapacitado sobre los hechos, te busque para decirte muchas cosas.

—Perdonadme... casi no puedo hablar. Es horrible... Una atrocidad, lo que acabo de oír. Ninguna especie animal es capaz de perpetrar con sus congéneres actos tan salvajes y crueles...

Cuida el lenguaje, si quieres que te entiendan, ¿o es que no sabes dónde estás?

—... Ningún ser humano merece semejante vejación. Y Alberto menos que nadie. Todos lo conocéis bien. No es capaz de ofender ni con la palabra. ¿Quién ha podido ensañarse con él de esa manera tan inhumana? ¿Dónde se esconden esos desgraciados? ¡Decídmelo! ¡Necesito saberlo!

No grites, Paula. Cálmate. Te estás adentrando en arenas movedizas y alguien tendrá que cogerte por el cuello.

—Ya se lo dije antes; por la seguridad de Alberto y de los presentes, no queda otra *qu'achantar la muy*. Ellos irían al *tubo*, a las celdas de castigo, *pa* que me entienda, pero alguno de los que me están oyendo podría acabar en la tumba, que es peor *entoavía*, así que lo mejor será que piense bien lo que va a hacer.

Ya lo has oído. Adolfo sabe lo que dice; no eches en el olvido sus sabias palabras y obra en consecuencia.

—Me voy... No puedo seguir... Disculpadme. Tengo que irme...

¿Y ahora qué? Eres patética. Me decepcionas. Ni siquiera sabes estar a la altura del puesto que ocupas. Te vas sin decir nada y aquí nos dejas a los seis con el regalo postrero de una mirada lacrimosa. Observando perplejos cómo abandonas la mesa y te diriges a la puerta, mientras arrastras tu fracaso envuelto en tu bella envoltura corporal.

Qué pena, Paula. Te has quedado muda. Igual que a un móvil viejo, sólo te queda el brillo de la carcasa de colores.

Viaje sin retorno

Mientras se rompen los hilos que todavía lo atan a la vida, los fantasmas se resisten a abandonar su cabeza. Los veintiséis años de Alberto se vierten sobre el suelo de la celda en forma de gotas rojas. Su cuerpo es ya un viaje sin retorno a la oscuridad. A esa negrura en la que se hundirá por siempre su memoria; las imágenes que asaltan su cabeza cada noche cuando, tras el recuento general y el relevo de funcionarios, el silencio se convierte en la pantalla cruel donde los remordimientos proyectan la película de los hechos que lo condujeron a la cárcel.

Pero esta noche será la última. Cuando la luz del día se filtre por las juntas de la puerta de hierro hasta el silencio de la celda, comenzará a perfilarse su cuerpo inerte, y alguien descubrirá la mirada de unos ojos ausentes que delatarán el horror de las últimas horas. El espanto que le ha obligado a abandonar la vida.

Hace más frío que nunca en la celda; sus miembros ya no son capaces de contraerse para poner un poco de tibieza en sus minutos finales. La muerte sería más llevadera si lo arrojara la mano de su madre, como lo hacía en sus primeros años. Su recuerdo apenas mueve los labios de Alberto en una mueca que intenta parecerse a una sonrisa.

La necesita con él. Ahora más que nunca. No sabe morir solo. Qué largos los minutos. Qué larga la espera del sueño liberador. Todavía más larga que aquéllas vísperas de Reyes de su infancia, en las que el sueño llegaba de madrugada tras esperarlo hasta el agotamiento. Había que dormirse para recibir los regalos. Con las primeras luces, su hermana Arantxa y él deshacían de dos en dos los peldaños de la escalera de mármol que separaba los dormitorios del salón. Y allí, alrededor de la chimenea todavía caliente, la ilusión tomaba forma. Coches con motor, Barbies en lujosos carruajes, bicicletas, juegos interactivos para desarrollar la inteligencia, videoconsolas...

Pero las imágenes indulgentes de la niñez se le escapan del recuerdo como la sangre de su cuerpo, sin que sus escasas fuerzas puedan hacer nada por retenerlas.

Los dedos de Alberto, pegajosos por el flujo incesante de sus venas, ya no

le sirven para mover el mando de su existencia. *Ven conmigo*, le susurra la anciana con los ojos y la cabeza encendidos por la sangre... Paula acaba de entrar en la celda. *Qué has hecho, Alberto... Esto no era lo pactado. Cuatro años más, y la libertad*. La voz de Paula le transmite paz. Sus palabras estiran los latidos que todavía le quedan. Quiere responderle pero no puede. Explicarle que sólo le queda una puerta para borrar las huellas de la monstruosa realidad con la que se niega a sobrevivir. Pero se le escapan sus ojos claros que siempre lo han mirado de frente. Y la pierde despacio; lo mismo que la vida. *¿Por qué lo hiciste, "lolo", si tenías la amistad de este viejo?* Sebastián... La única persona, además de Dolores, que tenía todo el tiempo para él sin mirarse al reloj...

Ya no siente dolor. Ni las arterias lo aprietan abrazando la sangre. Los ojos se muestran abiertos con desmesura a la muerte, y el cuerpo, sin fuerzas para responder a un cerebro que huye.

Se derrumban los castillos en el aire que su padre levantó para él; se diluye el tacto suave de los dedos de su madre en su primera infancia; la aspereza tierna de las manos de Dolores en su frente las noches de fiebre; la mirada incrédula de su hermana Arantxa, en aquellas visitas a la cárcel los primeros sábados de mes en la comunicación familiar. Y las palabras poco creíbles de su padre en la última visita. *La psicóloga nos ha dicho que lo estás consiguiendo. Cuatro años pasan pronto. Cuando salgas, sabes que los tres te esperamos. Todo volverá a ser como antes. Qué digo, mucho mejor que antes. El "problema" que te arrastró hasta aquí, aquí se queda. Y los ojos de su madre, caricias ya inútiles, que intentan envolver la duda. Sí, hijo. El tiempo pasa volando. Cuando quieras darte cuenta estarás en tu habitación. No hemos tocado nada. Tus pósters siguen en las paredes y los trofeos del Colegio en las estanterías...*

La voz de su madre terminaba naufragando entre lágrimas, y su padre no dejaba de mirarse al reloj. Casi nunca consumían las tres horas estipuladas por el régimen carcelario. Las palabras se gastaban antes que el tiempo.

Ya no siente escozor en las muñecas. Ni es capaz de controlar el vértigo del cerebro en sus estertores. Las imágenes de su vida comienzan a girar sin control, tal vez en un intento de compensar la ralentización de las funciones vitales de su cuerpo: su madre, cuando sonreía y acariciaba; su padre el primer día de colegio, con más palabras que mimos; las carreras por el bordillo de la piscina persiguiendo a Arantxa, el patio de recreo, los amigos,

las noches de fiebre con un caballo en las sienes, los besos sonoros de Dolores, los primeros labios que despertaron los suyos... Y el otro *caballo* desbocado por la locura que lo conduce a la muerte.

¡Cuánto cuesta morir solo! Si pudiera controlar su cerebro le ordenaría que cesara aquella atracción maldita, pero su cabeza sigue desbocándose lo mismo que el *caballo* y las imágenes también: las notas de 1º de bachillerato, las felicitaciones, la invitación de Ernesto a aquel pub, las entrevistas de su padre con el director del instituto, las promesas, las lágrimas, los *viajes* de los fines de semana que terminaron haciéndose diarios, los temblores, aquella llave, último recurso para comprarse el galope hacia la locura...

Los postreros resquicios de conciencia se resisten a abandonarlo.

Frío, oscuridad y un miedo negro en el que se congelan las últimas imágenes.

Antes de que lo abandone la conciencia, la palabra *madre* se le enreda entre el último suspiro.

Detrás de una puerta de hierro, alguien que no ha podido dormir consume con los ojos abiertos los minutos de oscuridad que acabarán con la noche. Se levanta de pronto; ha oído voces confusas, acompañadas de pasos apresurados en el corredor. Pega el oído a la puerta. Desde donde se encuentra no puede entender lo que dicen, aunque por el tono y la contundencia de los pasos, que terminan convirtiéndose en carreras, tiene la certeza de que algo inhabitual ha puesto en movimiento antes de tiempo la máquina carcelaria. Recoge la habitación, mira su reloj y espera el toque de diana de las siete.

Sale fuera. No sabe si se trata de intuición o deseo, pero presiente el aleteo de la muerte en la frialdad del largo pasillo. *¡El Madrileño s'ha "cortao" las venas! He visto la sangre por bajo la puerta.*

Ya no importa si estaba o no en el guión, aunque admite haber acariciado alguna vez la idea de incluirlo. De no ser así, no hubiera pasado la noche conteniendo la respiración con los ojos fijos en el marco de la puerta de hierro; preso de la misma ansiedad vieja de la infancia, cuando esperaba la reacción de su madre tras la última travesura que inculpaba a alguno de sus hermanos.

Y Juan Pablo Ayala siente la satisfacción que le produce el haber culminado un proyecto en el que ha consumido muchas hojas del calendario y muchas noches de insomnio.

Nadie va a impedirle que disfrute de su merecido presente.

La copa de la venganza

Eres una desertora, Paula. Tu fuga pueril te coloca en una posición nada respetable. Nos has ninguneado. Te creías la capitana del barco y a la primera tormenta huyes en tu globo de presunta dignidad. Tu ausencia de hoy es una afrenta y un desprecio que no voy a perdonarte jamás.

Cinco minutos faltaban para las diez cuando uno de los funcionarios abrió la puerta como cada jueves, pero a diferencia del resto, entró en el aula indicándonos que hiciéramos lo mismo.

Soy observador y me di cuenta de que llevaba un sobre sepia en la mano. Lo primero que pensé fue en otro jodido interrogatorio. Después del soberbio *desenlace* de tu *protegido*, al más puro estilo decimonónico y con gruesos tintes de romanticismo trasnochado (no vayas a decirme que no tengo razón), andan tocando los cojones a ver si algún iluso cuenta lo que quieren saber.

Lo seguimos con ojos expectantes mientras se dirigía a la mesa. TU MESA. El escaparate donde cada semana te exhibías como una muñeca intocable; inmune a los torcidos instintos de un grupo de proscritos que se conformaban con mirarte y olerte, como lobos hambrientos.

El funcionario se sentó en tu silla, y nos *sugirió* con ademán seco e imperativo que ocupáramos las nuestras.

Los seis esperábamos inquietos a que el heraldo comenzara a explicarse, cada quien por sus razones. La mía no era otra que oírle decir que te habías retrasado (la causa a esas alturas me importaba un bledo), y que en unos minutos estarías con nosotros.

Yo aguardaría el momento mismo de tu entrada para convertir mi asiento en el podio de los vencedores y, desde allí, con mi corona de laurel en la cabeza, te ofrecería la mirada inequívoca del ganador. Luego, cuando comenzaras a vaciar tu duelo entre lloros y lamentos, también desde allí, asistiría jubiloso a tu naufragio de sirena.

Pero el cabrón del funcionario no me dio tiempo para seguir alimentando tan gratas imágenes. Sin más preámbulos, nos soltó a bocajarro que no ibas a volver; que las sesiones de terapia se interrumpían indefinidamente, y alegó en tu nombre un escueto *motivos personales*, además de trasladar al grupo tus mejores deseos, muy en su papel, y siempre haciendo gala de la seriedad que el mensaje requería.

Puedo presumir de ser el único que ha entendido tus *motivos personales*

(llevaba aguardando este momento demasiado tiempo), pero lo que no puedo tolerar es la actitud cobarde con la que has encajado tu derrota.

Que sepas, Paula, que después de los desafortunados acontecimientos en los que el grupo se ha visto involucrado (admite al menos que utilizo adecuadamente los eufemismos), de los seis, sólo uno se atrevió a reclamar tu presencia: el imbécil de Sebastián Valdés. Una pena que no pudieras degustar sus esperpénticas manifestaciones.

Pero hay que pasar por alto los tintes tragicómicos de su actuación. Hasta yo mismo, enfocando los hechos desde la perspectiva de director escénico, tengo que reconocer que se ha visto obligado a representar el papel más jodido del reparto. Claro que, con tales mimbres, estarás de acuerdo conmigo en que no me quedaban muchas opciones para *armar el cesto*.

Te perdiste su cara, lo mismo que yo me he perdido la tuya. El pobre viejo no vive desde que se ha quedado sin pareja. Plañía como una damisela. Tendrías que haber visto cómo se resistía a ponerte la etiqueta de fugitiva. El muy ingenuo quería justificar los motivos de tu ausencia. Repetía sin parar que estaba allí por ti, que necesitaba más que nunca tus palabras (que sepas que también necesitó tus *clínex*, y tuvo que echar mano más de una vez de las mangas del jersey para limpiarse la nariz); que teníamos que *platicar* de lo que había pasado con Alberto...

Absolutamente previsible, ¿verdad? Tal vez por eso, concedora de los movimientos emocionales de tu querido peón, se te ocurriera la genial idea de prepararle al viejo una misiva *ad hoc*. Lo supe después; cuando el funcionario le entregó el sobre sepia.

A los demás nos has ignorado como a gusanos inmundos. Los conocías de sobra (a mí no), y de sobra sabías que estaban ahí como podrían haber estado pelando cables en el taller de electricidad, montando el Belén en el salón de actos, que es lo que toca por estas fechas, o haciendo maquetas con Abigail. Pero tú eras más guapa que la pintora; por eso te eligieron a ti. Yo también te elegí por eso. Lo sabías desde el principio ¿verdad?

Si te parece, hagamos un breve repaso de las perspectivas de futuro más inmediatas de tus *discípulos* tras la pérdida de su insigne *maestra*: *el Nene* sobrevivirá con sus chifladuras envueltas en pastillas, *el Gitano*, mañana, y todos los días, seguirá cantándole los remordimientos a las paredes del patio si fuera preciso; a Adolfo no van a faltarle otros foros para seguir demostrando quién manda, y Lucas, su adlátere más fiel, se pegará a él como un piojo dondequiera que vaya mientras el SIDA siga perdonándole el

pellejo.

Ésas y no otras son las razones por las que todos, menos Valdés, mantuvieron el pico cerrado, Paula. Tus sesiones les importaban un carajo (a mí, menos aún).

¿De verdad creías que tu aburrida verborrea iba a mover un ápice su jodida existencia?

Pobre Valdés. Cuando se convenció de que el funcionario decía la verdad, no sabía el infeliz si seguir llorando o *apretar cachete*, como él mismo diría.

Adolfo no se anduvo con chiquitas; ya lo conoces. Sin esperar un minuto, se puso en pie, hilvanó un discreto saludo gestual, dio un taconazo en el suelo y abandonó la sala. Casi al unísono, los tres lo siguieron. No es necesario precisar nombres. De sobra sabes a quiénes me refiero.

Fue entonces cuando el funcionario se acercó a Valdés con el sobre sepia en la mano.

—Es para ti, Valdés. Paula me pidió que te lo entregara.

El pobre diablo lo aprisionó con su mano descarnada, lo dobló un par de veces y se lo guardó en el bolsillo. ¡Qué maricón! Salió de estampida, como si intuyera que dentro del sobre sepia estaban bien guardadas las palabras que había ido a buscar. Como sería la cosa, que con la emoción se le olvidó el saludo de despedida.

Pero yo seguía allí, Paula. Rebelándome contra la evidencia. Resistiéndome a aceptar que me habías negado el disfrute de mi recompensa; esa copa llamada venganza que se sirve fría y que guardaba para ti.

El funcionario hizo tintinear las llaves, señal inequívoca de que tenía que cerrar.

Y yo dirigí los ojos por última vez a tu silla vacía. *Eres una hija de puta, Paula. Has tenido las santas narices de robarme el momento sublime*, te dije entre dientes tragándome mi dosis de cólera y despecho.

—¿Decías algo? —gruñó el funcionario.

—Nada —respondí mientras salía por la puerta.

Escuché la llave girar en la cerradura y busqué con los ojos a Valdés. Había desaparecido. Y yo me quedé, no sé por cuánto tiempo, como un gilipollas junto a la puerta cerrada intentando digerir tu desprecio.

Si te hubieras atrevido a dar la cara, si hubieras tenido el coraje de admitir públicamente tu fracaso, quizá no me hubiera importado hablar contigo a

solas del *desenlace*; desmenuzar los pormenores de ése magnífico broche de oro que no tuve el valor de incluir en el guión de forma explícita. Te confieso que, después de un final tan redondo, he llegado a arrepentirme más de una vez de no haberlo hecho.

Una cosa tengo clara, Paula: tu condición de prófuga sólo te confiere la tregua de los cobardes. Y no te lo digo de forma gratuita; conozco el contenido de la carta. Valdés, una vez más, ha sido vulnerable a mis sugerencias, y no conforme con narrarme profusamente los detalles (ya sabes, con ese estilo tan peculiar que lo caracteriza), ha tenido la deferencia de ponerla en mis manos.

Aquí la tengo, y la voy a releer para regodearme en los detalles, aunque no necesitaría hacerlo para repetir al pie de la letra su contenido:

Para ti, Sebastián, por la pérdida de un amigo.

No sé si mis palabras van a hacer más honda la pena que sentirás en estos momentos. Si hay alguien a quien pueda dolerle lo ocurrido, no tengo dudas de que ése eres tú; por eso he decidido enviarte esta carta.

Fue atroz lo que hicieron con Alberto. Ningún ser humano merece sufrir en su carne un acto que sólo puede calificarse de perverso y cobarde. Cuando en la última sesión hablabas de los hechos, tuve la impresión de que te dolían las palabras lo mismo que duele la herida infectada al tirar del vendaje que la cubre. Te confieso, Sebastián, que esa misma sensación sentía yo al escucharte.

Sé que apreciabas a Alberto; yo también. Hubiera querido tener el valor suficiente para salir corriendo del aula y denunciar a gritos aquel acto cruel y monstruoso que se lo ha llevado a la tumba; los dos sabemos que fue el detonante que lo abocó a tan nefasto final.

Alberto vivía atormentado. Su mirada era la de un ciervo perseguido. Eso es lo que mostraban sus ojos, aunque yo nunca fuera capaz de transmitirle la confianza suficiente para que hablara de sus miedos. Ojalá lo hubiera hecho.

Pero no pude. No pude o no supe ayudarlo.

De sentimientos nobles (la bondad se le escapaba también por la mirada), siempre pensé que detrás de los silencios de Alberto se escondía un espíritu sensible, necesitado de afectos, a quien las circunstancias de la vida lo habían empujado de la adolescencia a la cárcel, sin darle tiempo a entender lo que le estaba pasando mientras se ahogaba entre el temor y los

remordimientos.

En las sesiones de terapia siempre bajaba la cabeza y callaba. Eso es lo primero que recuerdo de él: sus ojos huidizos y su silencio. Tan sólo un día me miró de frente y pronunció tres palabras. ¿Recuerdas? “¿Cómo te sientes aquí y ahora”?, pregunté yo, y él, por toda respuesta, dijo: “Avergonzado... avergonzado siempre”.

Y yo no supe buscar los motivos de aquellas tres palabras, Sebastián.

Quiero que sepas que si me negué a seguir insistiendo, fue porque quería ganarme día a día su confianza; dejarle libertad para hablar o callar, no ahondar en sus rincones oscuros, si él no quería mostrármelos. Pero se me acabó el tiempo y no pude lograr mi propósito. Como él tampoco pudo, o no supo (me consta que lo intentó) salir a flote entre las corrientes de la vida que se empeñaron en arrastrarlo.

Sé que en ti encontré un amigo; un gran amigo. Seguro que tú, Sebastián, fuiste más hábil que yo para encontrarle los escondites de las penas.

Me gustaría preguntarte muchas cosas, pero es pronto para volver a la cárcel. Aun cuando tenga claro que lo mejor es el silencio, me temo que no sería capaz de seguir callada. Quiero que lo entiendas, Sebastián: si hablo traiciono al grupo, y si callo me convierto en cómplice; por eso no puedo volver...

Algunas veces pienso que Alberto Aguirre no sólo fue víctima de esos depravados; tal vez lo enredaron y nos enredaron (a ti y a mí también) en una red que no supimos descubrir a tiempo y que acabó con su vida.

Si te digo estas cosas no es para que te atormentes con lo que ya no tiene remedio. Tampoco te culpes por haberte acercado a Alberto; quiero que sepas que estoy segura de la nobleza de tu amistad hacia él. Nunca calaron en mi ánimo los comentarios malintencionados, cuyo fin ahora veo más claro.

Jamás he dudado de las buenas intenciones que te movían a ofrecerle tu compañía. A ti también, Sebastián, te asomaba a la cara la grandeza de tus sentimientos.

Y, por favor, no olvides las palabras de Adolfo. Tenía razón cuando dijo que lo ocurrido no debía salir del grupo. Por tu seguridad y la de otros, no hables con nadie de los horrores que te hicieron presenciar. Las cosas podrían ponerse aún más difíciles para ti, y a Alberto, por desgracia, ya no podemos ayudarlo, aunque los dos siempre guardemos su recuerdo y nos duela su ausencia.

No quiero terminar esta carta sin advertirte de que hay una persona, entre los que formaban el grupo, a la que deberías evitar. Estoy segura de que necesita atención médica especializada para encauzar sus conductas erróneas. No puedo decirte más. Piensa en mis palabras, observa y no bajas la guardia; podría seguir haciéndote daño.

Y cuando las penas te opriman el alma, piensa que pronto conseguirás la condicional, y en menos tiempo del que imaginas, estarás en Santiago de Chile.

Termino con un pensamiento positivo que puede ayudarnos a vencer el dolor:

A Alberto Aguirre nadie puede hacerle daño.

Ya descansa en paz.

Paula

Pura falacia; no se me ocurre mejor comentario. Dejando a un lado las blandenguerías que dedicas al viejo cuando eximes de sospecha y culpa sus intenciones con el suicida, y el insufrible panegírico hacia el susodicho que rezuman tus expresiones de duelo, no me convencen tus inconsistentes razones. *Si hablo traiciono al grupo, si callo me convierto en cómplice; por eso no puedo volver...* Muy en tu estilo. Una decisión fácil arrojada en una frase lapidaria para enmascarar la única verdad: que eres incapaz de soportar su silla vacía; que te pesa tu ineptitud, por no haber sabido descubrir la trampa que se tejía alrededor de él; que te sientes culpable del desastre de un proyecto, paradójicamente salvador en sus fines, que ha terminado con resultado de muerte.

Este papel que tengo en la mano es una copia de la carta escrita de mi puño y letra. Sí, Paula, he copiado el texto íntegro. Sé que algún día tendré que discutir contigo cada uno de sus puntos.

Hay una idea, ambigua y arriesgada, que ha suscitado especialmente mi interés.

¿Quién es la persona del grupo a la que Sebastián Valdés debería evitar?
¿Y quién de nosotros, según tu inestimable tasación pericial, requeriría de una atención médica especializada para encauzar sus *conductas erróneas*?

Tres calendarios, Paula. Emulando a las arañas, soportaré los días enfrascado en el diseño de nuevas redes que me ayudarán a soportar la lentitud del reloj.

Y cuando se consuma el último segundo y salga a la calle, iré a buscarte con la carta en la mano, lo juro.

Me debes una explicación.

Table of Contents

LA CALMA DE LAS ARAÑAS

Una mentira blanca

Cumpleaños en la cárcel

Infancia en La Legua

Por distintos caminos

Pastores y ovejas

El primer asalto

Un millón de pesos

Tejiendo en la sombra

De violines y ratas

Aquí y Ahora

La casa de cartón y hojalata

Con las rodillas en la tierra

El mejor filamento de la urdimbre

Sombras del recuerdo

En el amor y en la guerra

El anzuelo

Boda en Los Jerónimos

Confesiones de un padre

De Antofagasta a Santiago

El cerco se estrecha

Con la luna en la ventana

Perfume a menta

Las otras condenas

Un buen rechazazo

El último discurso

Como guanaco herido

Viaje sin retorno

La copa de la venganza